

MAMEN SÁNCHEZ

El año que Margarita se fue a París

ESPASA

Índice

Portada
Portadilla
Cita
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
Agradecimientos
Créditos

MAMEN SÁNCHEZ

EL AÑO QUE MARGARITA SE FUE A PARÍS

ESPASA

Lo contrario al amor es el miedo.

JIDDU KRISHNAMURTI

1

Caminamos las cuatro, con el sol de frente y el viento en contra, hacia la puerta principal del aeropuerto. Margarita tira de una maleta grande y sus hermanas la ayudan con el resto del equipaje. Gabriela carga a pulso una bolsa de mano muy pesada, llena, probablemente, de libros, y Valentina se ha colgado a la espalda la mochila que contiene todo lo importante; el dinero, el pasaporte, las llaves del apartamento y el teléfono. Yo tengo suficiente con el peso de mi alma, porque la llevo a rastras por el suelo de alquitrán ardiendo. Tengo ganas de llorar, o de vomitar, o de volverme a la cama, a la casa de la playa, a la última tarde sentada en la arena viendo la puesta de sol. Las niñas, en cambio, parecen revolotear como gorriones, las tres robándose la palabra del pico, indiferentes al efecto que provocan en las personas con las que se cruzan. Son tres bellezas, mis niñas, a los veintitrés años. Casi idénticas, morenas de pelo y blancas de piel, largas de piernas y estrechas de cintura. Han crecido las tres juntas en mi vientre, y han nacido con pocos minutos, gramos y centímetros de diferencia, el 27 de junio de 2001; exactamente el día de mi vigésimo quinto cumpleaños.

Yo avanzo unos metros detrás de ellas, de su charla alborotada, sus saltos y tropezones, amarrada a sus cuerpos por una soga invisible, la balsa de remos que podría salvarlas del naufragio, si no fuera por los desconchones y los agujeros, y porque hace agua por todas partes.

Pero ellas no viajan en barco, sino en globo aerostático, en cohete, en fórmula uno. Me dejan atrás, se olvidan de mí y me

quedo al margen de sus secretos, su lenguaje inventado y sus bromas privadas.

De vez en cuando, como si de repente sintieran que les falta algo, se detienen un momento, me buscan con la mirada, y me encuentran lejísimos, allí atrás, en el fondo de un catalejo del revés, pequeñita e insignificante comparada con su fabulosa vitalidad multiplicada por tres. «¡Vamos, mamá! ¿Por qué vas tan despacio?».

Y ahora soy yo la que se agarra a la soga, aterrada ante la idea de que cualquiera de las tres desate el nudo que nos une, y yo, no ellas, me quede flotando a la deriva, en medio del océano inmenso.

Esta marcha de Margarita a París es la primera señal de advertencia. No se va para siempre. Solo vivirá fuera de casa durante doce meses eternos, en los que trabajará como becaria para una firma de moda con sede en la avenue Montaigne. Unas prácticas remuneradas con las que reunir los créditos necesarios para obtener su título académico. Es decir, un sueño hecho realidad para ella, pero no para mí. Me pregunto a menudo: ¿entonces qué, quieres que tus hijas vivan contigo para siempre, encerradas en casa? Y me acuerdo de Dios y del libre albedrío, e imagino su sufrimiento, igual que el mío, pero exponencial. ¿No nos preferiría Dios a todos quietecitos y a salvo en el paraíso?

Solo está permitido acompañar a los viajeros hasta el control de pasaportes, un lugar siniestro si eres el que se queda, y luminoso si eres el que se va. Margarita, que está a punto de desplegar las alas y alzar el vuelo, siente un poco de vértigo al asomarse al abismo, y en un impulso sin precedentes, se vuelve hacia nosotras, traga saliva, se encoge de hombros, suelta el aire que le queda en los pulmones y nos abraza temblando, al manojo de emociones que somos. Cuando por fin se deshace el ovillo, nos da la espalda y la engulle una multitud amenazante, un mar negro de brazos y piernas y voces y ruidos que tiene que vadear ella sola, mientras nosotras agitamos las manos, como tres payasos tristes a los que se les han escapado los globos de colores.

Y ahí Gabriela se viene abajo. En cuanto su hermana desaparece de su vista, se le rompen los hilos de la marioneta, se le doblan las rodillas, se tambalea. Llora sin márgenes, se le desbordan las orillas, se anega.

Valentina y yo tratamos de consolarla fingiendo una fortaleza que no sentimos y, al final, nos ahogamos las tres. Decimos frases lapidarias: que me duele más que si me arrancaran un brazo, que a quién le voy a contar ahora mis penas, que ella es la mejor de todas, el cemento que nos une, el agua que nos alimenta, que ahora nos marchitaremos como flores muertas. Y nos vamos contagiando las unas a las otras esta gripe insoportable de lágrimas y mocos que acabamos utilizando como excusa para desatender todas nuestras obligaciones, porque necesitamos exprimir juntas nuestro dolor, regodearnos en él, revolcarnos en el barro, abrirnos las venas, patalear, tirarnos del pelo, gritar con toda la rabia de nuestras gargantas.

Es decir, nos vamos a pasar el resto del día al Retiro. Nos tumbamos en un trozo de hierba verde, frente al Palacio de Cristal, con las cabezas juntas y las manos entrelazadas, y dejamos que el sol nos queme la piel. Permanecemos varias horas en silencio, respirando lo mínimo, cicatrizando. Y mientras tanto, Margarita aterriza en París.

La imagino, a mi niña, arrastrando el equipaje por las calles, fingiendo una entereza que, en realidad, nunca ha sentido, ni siquiera el día en el que nos reunió alrededor de la mesa para darnos la gran noticia: «¡Me voy a París!», y consiguió hacernos creer que había tomado su decisión sin tenernos en cuenta, la hermana ávida de aventuras, la que solo piensa en sí misma, la que cuando logra lo que desea, lo mastica, lo devora, lo engulle, mientras nosotras, las domésticas, las conformistas, permanecemos inmóviles viéndola alejarse de nuestro lado, disimulando la pena.

Avanza cabizbaja contando los adoquines de la calzada, consultando de vez en cuando su teléfono para localizar el ático que encontró en internet. Y Margarita, que ha vivido siempre rodeada de

espacio, se va a instalar en cuarenta metros cuadrados y le van a sobrar veinte. Porque estará sola, dormirá sola, despertará sola y vivirá sola, al menos los primeros días, y sentirá una comezón indescifrable para ella, que todavía no conoce, cuando se dé cuenta de que nada es como lo había imaginado. Se preguntará qué le pasa, por qué no es feliz, y en ese momento se habrá convertido en una mujer adulta, insatisfecha y confusa, como todas.

Ha alquilado una buhardilla diminuta en la rue du Temple. Dos ventanitas encima de dos macetas de geranios; dos ojos con bigotes.

Sube cincuenta mil peldaños polvorientos cargando con las maletas, sin mucha luz y nada de ayuda. Nota que alguien le aplasta los pulmones y se da cuenta de que somos nosotras tres, que la estrujamos desde el trocito de hierba del Retiro. Sobre todo, yo, la de la soga de esparto, incapaz de soltarla a pesar de haberla dejado ir. Entiende que su libertad termina donde empezamos nosotras. Abre la puerta del pequeño ático, le salen al encuentro nuestras voces que no están y el desorden de nuestros días, que tampoco. Lo primero que hace es acercarse a la ventana. Tira de la manija, se asoma a la calle y ve a tres mujeres caminando juntas, entre los geranios, por la acera estrecha en dirección opuesta, hacia la luz.

Suenan los tres teléfonos a la vez.

—Yo lo cojo —digo.

—¡Pero conecta la cámara! —protestan las niñas.

Margarita nos sonríe con fondo parisino. Parece contenta.

—¡Ya he llegado! —anuncia.

Da comienzo su parloteo animoso. Nos cuenta lo acogedor que es el apartamento, con sus vigas de madera y sus suelos de tablas. Nos habla del sofá en el que se refugiará las tardes de lluvia, la cocina donde freirá miles de huevos y sorberá litros y litros de café, la cama ancha, los ventanucos con vistas al tejado, la ciudad a sus pies.

Nos hace un *tour* virtual con la cámara del móvil, que dura cuarenta minutos porque va abriendo cajón tras cajón, colocando las

sábanas, deshaciendo las maletas, preparando agua para el té, bebiendo a tragos el amargo brebaje, soltando y cerrando el grifo de la ducha para comprobar el caudal que sube hasta el piso, preguntándonos cómo se usan una lavadora, un horno y un termostato. La acompañamos mientras guarda su ropa en el armario, coloca los libros en los estantes, los botes de champú en el armarito y las toallas en el cesto.

—¿Qué vais a hacer ahora? —nos pregunta cuando ve que nos levantamos del suelo.

—Vamos a ver la puesta de sol desde las escaleras del estanque.

—Ah —suspira—. No colguéis, ¿vale?

El sol se pone al otro lado de su edificio. Desde su ventana la noche cae sin rubores rojizos. La sombra de su tejado engulle al de enfrente y eso es todo. Tampoco se ven las estrellas en el cielo de París porque hay nubes.

Al final terminamos la conversación como novios indecisos; cuelga tú, no, colgad vosotras. El cuadradito que es Margarita, y que será durante los próximos meses, se apaga. Guardo con mucho cuidado el teléfono en el bolso y me vienen a la memoria las veces que llevé en brazos a las niñas a la cuna. Su indefensión y mi protección. El peso y el calor de sus pequeños cuerpos dormidos, el pelo enmarañado, el beso de buenas noches.

Gabriela dice: «No se imagina cuánto la vamos a echar de menos».

Nos incluye a las tres en su pensamiento, y Valentina y yo no la contradecimos, aunque sabemos que la más desamparada es ella, su compañera de cuarto.

—¿Queréis que vayamos a cenar a algún sitio rico? —les propongo.

—Mejor nos vamos a casita —responde Valentina por las dos.

Cuando apagamos el móvil, Margarita siente que una ola la revuelca y le clava la cabeza en la arena. La boca le sabe a sal. Durante unos minutos de silencio, permanece inmóvil y pensativa,

hasta que, sin darse cuenta, su cuerpo se confunde con las sombras de la buhardilla. Entonces, una gata callejera, negra y flaca se cuela por la ventana abierta. Entra en la buhardilla como una invitada muy digna, disimulando su circunstancia precaria, haciéndose la interesante. Se pasea por allí olisqueando los rincones, por si encuentra algo que llevarse a la boca. Se instala en una esquina junto a la cocina, y no permite que Margarita se le acerque hasta que empieza a hacer frío en la calle y no tiene más remedio que confesar su condición de mendiga.

Margarita no le pone nombre, ni esa noche ni nunca, porque al principio piensa que es un espíritu libre, y aunque luego resulta ser la más hogareña de las criaturas salvajes, entiende que el apelativo más apropiado para ella es el genérico «gata». En eso se parecen mi hija y su huésped, en la falsa apariencia de independencia: los ojos sin anillo blanco y sin parpadeo, las uñas afiladas, el súbito bufido. Y al mismo tiempo, la madeja en el sofá, el ronroneo amoroso, el lametazo tierno. Hacen buena pareja, la gata francesa y la recién llegada.

2

Llevo un buen rato alelada delante del ordenador, sin leer ni escribir nada. Es viernes. Son las once. Estoy en un despacho muy acogedor que decoré yo misma hace mucho tiempo, cuando volví a trabajar después de los tres años en los que me dediqué por completo a cuidar de mis niñas.

Me sentía tan afortunada por poder retomar mi carrera profesional que compré con mis ahorros unas sillas tapizadas y un pequeño sofá a juego, una alfombra elegante, y una mesa de madera que es ante la que estoy sentada ahora, con los ojos vidriosos y el cerebro en blanco.

Qué ilusa. En cuanto tomé asiento ante mi flamante escritorio, se me vino encima la despiadada culpa, que convierte a casi todas las madres de hijos en edad preescolar en las únicas idiotas del mundo que se sienten fatal por ir a trabajar.

Me pasé aquel primer día, y algunos de los que vinieron después, martirizándome con la idea de que había abandonado a mis tres criaturas indefensas en una institución fría y desalmada, lejos de mi protección y mis cuidados. El hecho de que mis hijas fueran contentísimas a la guardería, adoraran a sus profesoras e hicieran muchísimos amigos no sofocó mi agonía. Cada mañana, después de dejarlas en clase, sola en el coche con los tres asientos vacíos en la parte de atrás, sentía un cosquilleo insoportable que, al final, me anegaba los ojos. Ellas no lloraban. Yo sí. Un poquito.

A veces, incluso ahora, después de tantos años, me pregunto si mi labor como asesora fiscal, en este despacho de renombre,

merecía semejante sacrificio. No es que no me guste lo que hago, es que lo detesto. ¿A qué espíritu idealista como el mío se le ocurrió emprender este árido camino? ¿Al que temió quedarse estancado en un remanso del río que nos lleva?

No era este el futuro que imaginaba cuando comencé la carrera de Derecho, encarnando el cliché de niña de buena familia que decide dedicarse a defender causas perdidas, reivindicar a los oprimidos, luchar contra la injusticia y arreglar el mundo. Lo que pasa es que siempre es mejor capear el temporal que enfrentarse a las olas —lo pone en mi manual de navegación—, y, ante la tormenta de mi embarazo triple, lo más sensato, en aquel momento, fue agarrarse al primer salvavidas que encontré flotando en medio del océano: un puesto fijo en la asesoría jurídica de un gran amigo de mi padre, donde comencé mi carrera profesional como becaria y donde, si Dios no lo remedia, la terminaré dentro de cinco años, cuando cumpla cincuenta y tres y mis hijas ya sean madres culpables de otras hijas en edad preescolar.

Se abre la puerta y entra Pichu, invasora, flaca, fumadora de voz ronca. Me dice: «¿Nos tomamos un café?».

Y despierto de mi ensimismamiento como si llevara varios días muerta y me costara volver a la vida. Asiento. La sigo por el pasillo hasta la cocina donde está la máquina de café y me fijo en que el pantalón le queda ancho en la zona del *derrière* porque ha vuelto a adelgazar, porque ha vuelto a fumar, porque se ha vuelto a desengañar de los hombres, ¿por qué va a ser?

Somos amigas desde hace veinte años. Su despacho está a diez metros del mío, en el mismo pasillo, y su ventana se asoma a la misma calle bulliciosa. A veces nos llamamos por teléfono y nos interrumpe la misma sirena de policía. A las dos nos abandonaron nuestros maridos cuando nuestros hijos eran pequeños, ambas encontramos un honrado medio de vida gracias al arte de esquivar impuestos. Las dos preferiríamos haber sido astronautas o detectives, o haber nacido en el siglo XVIII y haber aprendido a bordar y a tocar el piano.

—Oye, Pichu —le digo mientras se enciende un cigarrillo—. ¿A ti no te asusta el síndrome del nido vacío?

Da una larga calada y yo, que no fumo, imagino que debe sentir un placer parecido al del primer trago de una cerveza helada después de una caminata en verano. Me mira sin comprender.

—Bueno —responde confusa—, mis hijos ya son mayores, no creo que me echen mucho de menos, la verdad.

Se me queda cara de pasmarote. Mejor no le explico qué significa eso del nido vacío. Hay madres que se frotan las manos pensando en el día en que su sala de estar vuelva a convertirse en la silenciosa biblioteca que solía ser. A mí no me pasa eso. Yo sufro imaginando una casa sin niñas, una cena de sopa y pescado, un desayuno con la vista perdida y la radio encendida.

—¿Qué tal Margarita en París? —me interroga como si hubiera recordado de repente que llevo días llorándole en el hombro, anticipando este momento.

—Genial —sonrío—. El apartamento es una monada y esta mañana ha empezado las prácticas. No sabes lo nerviosa que estaba. Nos ha llamado para que le ayudáramos a elegir el *outfit*.

—¿Y qué se ha puesto al final?

Hago una pequeña reflexión antes de pasar a describir el traje de chaqueta color verde pastel, la camisa de seda, las alpargatas de cuña alta. Me pregunto qué nos pasa a las mujeres con estos detalles sin importancia. Pienso: «¿Qué más te da, Pichu, cómo se haya vestido mi hija Margarita para ir a trabajar esta mañana?». Pero luego comprendo que necesita visualizar a mi niña saliendo del portal, cruzando la calle, pisando los adoquines de París con las alpargatas que compramos juntas al principio del verano.

—No sabes lo tristes que están sus hermanas —murmuro.

—Se mueren de envidia, ¿no? —dice mientras suelta el humo.

—No —la corrijo—. La echan de menos.

—Bueno, sí. También. Supongo.

Pichu tiene dos hijos varones, algo mayores que mis niñas. Muchas veces hemos bromeado imaginando ser, algún día, abuelas

de los mismos nietos. Nos hemos empeñado en juntarlos y hemos logrado que se conviertan en los cinco mejores amigos del mundo, pero cuando les he preguntado a mis niñas si sienten algo por esos chicos, me han mirado con cara de asco y me han gritado: «¡Qué dices, mamá, si son como nuestros primos!».

Qué sabrán ellas lo que es crecer amparada por un bendito grupo de seres humanos a los que se quiere incondicionalmente, tanto o más que a los hermanos, con los que se comparten infancia, adolescencia, árbol genealógico, historias viejas, momentos embarazosos, recuerdos inolvidables, roscón de Reyes, piscina y bicicleta.

—No tenéis ni idea de cómo se quiere a un primo —protesto.

Pero ellas se burlan de mí, hacen gestos asquerosos, los dedos dentro de la boca, como si se estuvieran provocando el vómito, solo de pensar en mantener un romance con los hijos de Pichu.

—Yo viví unos años en París, ¿te lo he contado?

Alucino.

—Sí, mil veces —le recuerdo—. Que estudiaste en la Sorbona y tuviste un novio pintor.

—Fotógrafo —me corrige. Y suspira.

Ahora no tengo ganas de volver a escuchar la historia del muchacho que le robó el corazón a los dieciocho años. Creí que la había pintado desnuda porque me contó que le había hecho un retrato *nude*, pero, por lo visto, lo que le hizo fue una foto. Me la figuro de joven desvistiéndose delante de aquel chico francés, ella que había sido educada en un colegio de monjas y no había salido nunca del barrio de Salamanca. Seguro que fue a confesarse al día siguiente a Notre Dame. Eso no me lo ha reconocido, pero la imagino santiguándose al entrar en la catedral y arrodillándose ante el confesionario, pronunciando *«J'ai péché»* tal y como le enseñaron en clase de religión, y marchándose después de vuelta al internado, con la conciencia más tranquila y unas ganas locas de pecar de nuevo.

De pronto me suena el móvil. Es Gabriela.

—Me llama Gabriela, luego te veo —le digo a Pichu, y la abandono en la cocina, con su cigarrillo a medio consumir.

Corro hacia mi despacho porque prefiero hablar tranquilamente a solas con mi pequeña. Ya sé que las tres nacieron el mismo día, que tienen la misma edad. Pero Gabriela fue la última en asomar la cabecita, y eso me enternece. La vi aparecer entre mis piernas y me saludó con la mano.

—Dime, corazón.

La he visto esta mañana antes de salir de casa. Llevaba un pantalón de pijama y una camiseta blanca. Parecía pensativa.

—Oye, mamá, que me voy a París a ver a Margarita, la pobre allí, sola.

—¿Que te vas a París? —repito como una tonta—. ¿Cuándo?

—Ahora —me dice—. Estoy en el aeropuerto. Ya tengo el billete, salgo a las doce y me cuesta treinta euros.

No puede ser. Estoy atónita.

Apago el teléfono porque me da la sensación de que quema.

Mierda, pienso, cómo no se me ha ocurrido a mí, que París está a dos horas de avión, que existen los vuelos basura. He olvidado que vivo en el siglo XXI.

3

Llego a casa pasadas las siete de la tarde y me encuentro a Valentina comiendo helado con la mirada perdida y la televisión encendida. Gabriela ha cumplido su palabra. Le ha dado a su hermana Margarita una sorpresa maravillosa. Las dos se han abrazado saltando de alegría, han molestado a los vecinos, nos han enviado el vídeo de su reencuentro a Valentina y a mí. Yo lo veo en bucle, una y otra vez, sus cabezas casi idénticas aplastadas contra la cámara, sus dientes perfectos, la ortodoncia reciente, el blanqueamiento, las interminables horas en la sala de espera del dentista.

Valentina, en cambio, ha apagado el teléfono.

Noto que me mira con resentimiento. Me dice que no le apetece hablar. Y yo me encojo de hombros porque algunas veces tengo yo la culpa de lo que les pasa a mis hijas y otras no, y me es muy difícil saber cuándo sí y cuándo no.

Me pongo a pensar en qué momento he podido equivocarme. Repaso el día entero: la mañana sin noticias, el mensaje críptico —«Hoy no como en casa»—, mi irrupción silenciosa en su burbuja y la imagen de mi pequeña piltrafa atiborrándose de helado como si la hubiera abandonado el novio. No puedo soportarlo. Vuelvo al salón.

—¿Estás bien, cielo?

—Sí.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No.

Me encierro en mi cuarto para pensar. Evidentemente, está enfadada conmigo. Me siento encima del edredón, todavía con la ropa que he llevado al trabajo, incómoda y arrugada a estas horas, y entonces se hace la luz. De repente lo veo todo prístino y cristalino. Me digo a mí misma: es por mi culpa. Es por existir.

—Mi vida, ¿por qué no has ido a París con tus hermanas?

—Porque no.

—¿Para que yo no me quede sola?

Levanta la vista del helado. No sabe si confesar la verdad o inventar una mentira piadosa para evitarme el mal trago. Se decanta por la excusa.

—No, mami, porque tengo que hacer un trabajo.

Mentira.

—¿Ya? ¡Pero si acaba de empezar el curso!

—Pues ya ves.

—¿Cuándo tienes que entregarlo?

—El lunes.

Mejor me voy a la cama. Acabo de descubrir que soy un lastre para mis hijas. Tengo cuarenta y ocho años y ya necesito *baby sitter*. Me muevo perfectamente, soy autosuficiente, conduzco muy bien, tengo muchas amigas, diversiones, intereses, estoy estupenda de salud, incluso mentalmente, nunca me he olvidado el grifo abierto ni el puchero en el fuego. Pero parece ser que he creado un vínculo de dependencia con estas niñas y las he convertido en mis madres. Me llevo las manos a la cabeza. Me acabarán odiando, pienso, puede que todavía viva cincuenta o sesenta años más.

Abro la puerta del armario y de refilón veo que una garrapata peluda me vigila desde la oscuridad. La conozco bien, a mi vieja parásita. Si salta y se me abraza, todo estará perdido. Me arrastrará con ella al fondo del ropero, me encerrará dentro y no me dejará salir.

Me vuelvo a vestir. Esta vez me pongo un vestido veraniego escotado y unos zapatos de tacón. Me maquillo delante del espejo, me peino, me pinto los labios de rojo.

—Valentina, no me esperes despierta —le digo a la depresión viviente que está acurrucada en el sofá—. Me llevo llaves.

Me mira boquiabierta.

—¿Adónde vas?

—Tengo una cena —respondo misteriosa, y salgo de casa sin mirar atrás.

En el fondo es patético. No tengo ni idea adónde ir, a las diez de la noche de un viernes, yo sola. ¿Al cine?

A veces voy sola al cine. Descubrí hace tiempo que es un magnífico plan. Fue el primer verano en el que las niñas salieron de fiesta y me encontré, por primera vez en mi vida, dueña de tres o cuatro horas que rellenar a mi antojo. Así que me metí en un cine y disfruté, gritando y pataleando, de los sustos de una película de terror. No se lo conté a nadie. Hasta hoy es un secreto que solo comparto conmigo misma. Una revelación: «Me gusta ir sola al cine».

Pero esta noche estoy demasiado emperifollada, parece que quiero llamar la atención, y nada más lejos de mis intenciones. Me subo al coche. Llamo a mi madre.

—Mamá, ¿estás despierta?

—Sí. Dime.

—Es que echo mucho de menos a Margarita.

Mi madre vive sola desde que falleció mi padre. Él fue el amor de su vida, su alma gemela. Cuando nací yo, mis dos hermanos mayores ya habían hecho la primera comunión, cuando me gradué, eran independientes y cuando me casé, tenían sus propias familias, vivían en otras ciudades. Estoy segura de que mi boda fue un alivio para todos, porque, en el fondo, a mis padres siempre les preocupó mi bienestar: el presente y el futuro.

Fui una sorpresa inesperada, llegué tarde y con una propensión tremenda a los catarros, cuando ya mamá y papá tenían más ganas de comprarse una casa en el sur que de ocuparse de otra hija. Mi madre ponía cara de circunstancias cada vez que alguien la felicitaba por mi nacimiento, por mi condición de hembra, por mi buen

carácter, y mi padre se venía un poco abajo al ver destruidos sus sueños de coche nuevo, palos de golf, retirada a tiempo y viajes al extranjero. Mi existencia significaba para ellos una prolongación del túnel hacia la buena vida, una década más de trabajo, madrugones y sobresaltos.

Lo cierto es que me porté bastante bien. Fui una alumna ejemplar, estudié Derecho e hice prácticas durante unos meses en el despacho de un viejo amigo de mi padre, que amablemente me contrató cuatro años después, cuando supo que, abandonada por mi marido y madre de tres hijas, necesitaba un empleo a tiempo completo. Y justo entonces, mi padre se murió. Con el palo de golf entre las manos. Un infarto en el hoyo nueve.

—Disfruta de la vida, hija —me recomienda mi madre siempre que puede—. No esperes al momento oportuno, no sea que no llegue nunca.

Y ella, obedeciendo su propio consejo, se dedica a exprimir la vida al máximo, como si no hubiera un mañana. Lo raro es encontrarla en casa a las diez de la noche.

Me abre la puerta vestida con un traje sastre de color rojo, un broche en la solapa de la chaqueta y un intenso olor a perfume. Sale y cierra la puerta a sus espaldas.

—Me apetece el club —me dice a la vez que me aprieta ambas mejillas y me da un beso en la cara—. Qué guapa estás, por cierto.

Yo había imaginado una escena completamente diferente a esta. Ella calentando agua para el té, yo abriéndole mi corazón, desnudándole mis sentimientos, utilizándola como psicóloga. Pero nada más lejos de la realidad. Mi madre jamás desaprovecha una buena ocasión para salir a cenar. Le encanta gastar a manos llenas, ir de compras, viajar y regalar. Vive como una reina y no ha trabajado en toda su vida. Mis hermanos y yo sospechamos que se financia con lo que le queda de una antigua herencia; que es millonaria en secreto. O rentista, o usurera, o traficante. No entendemos cómo es posible que jamás nos haya pedido nada.

Obedezco sus órdenes como un autómata. ¿Al club? Pues sea.

Nos sentamos a una mesa pequeña debajo de un roble imponente. Desde mi posición estratégica, veo las luces de Madrid al fondo; a la izquierda, las cuatro torres; a la derecha, la catedral de la Almudena, el Palacio Real y el pirulí, y de frente, debajo de esta colina en la que estamos instaladas, una extensión oscura y palpitante, que es la Casa de Campo, con sus bosques y sus estanques, y sus parques y sus peligros.

—A tu padre no se le podía hablar cuando tenía hambre, ¿te acuerdas? —me comenta mientras amontona las espinas del lenguado.

Sonrío recordando nuestros viajes en coche alrededor del mundo, deteniéndonos en aquellas anticuadas gasolineras con restaurante. Primer plato, segundo y postre, servilleta, bollo de pan, cuarto de baño un poco sucio y cajita de hojaldres para luego. Así recorrimos media Europa, los cinco juntos, desde Málaga a Roma cruzando los Pirineos y la Costa Azul.

—¿Qué le pasa a Margarita? —me pregunta al fin, una hora y media después de mi llamada telefónica, cuando acaban de traerle un sorbete de limón.

—A ella no le pasa nada —le explico—. Está feliz en su piso alquilado, viviendo su sueño. Además, esta mañana, Gabriela se ha presentado allí por sorpresa, para ayudarla a instalarse y eso, y se va a quedar a pasar el fin de semana en París con ella.

—¿Y Valentina?

—En casa. Tiene que entregar un trabajo.

Mi madre saca el móvil del bolsillo. Marca el número que ha guardado como «Chinita 2» y responde la voz adormilada de mi hija Valentina. «¿Cómo estás, chinita?». Siempre las llama así a las tres. Chinita. Desde que nacieron con los ojitos cerrados y un poco de ictericia.

—¿Tú por qué no te has ido a París con tus hermanas?

—Estás con mamá, ¿verdad?

—Estamos cenando en el club. Muy a gusto, por cierto. Una pena que no hayas querido venir con nosotras.

—Pero si...

—Escucha, cielazo, mañana me voy de viaje con tu madre. Te quedas sola. Tú verás.

—Gracias, abuela —dice Valentina después de un corto silencio —. Te debo una.

Definitivamente, me siento como un trasto viejo, un perro viejo, una tía solterona vieja. Algo no funciona bien en la dinámica de esta familia. Juegan conmigo, me moldean como si fuera de plastilina. Protesto.

—¿Cómo se te ocurre, mamá? —la regaño.

—Tú también me debes una —contesta.

Y el resultado de todo esto es que el sábado de madrugada, Valentina se embarca en un avión con destino a París y, a media mañana, mi madre y yo nos montamos en el AVE a Valencia, donde existe un hotel maravilloso, en la playa de la Malvarrosa, con *spa* y piscina climatizada, hacia el que nos dirigimos las dos sin remedio.

No me gusta subirme en marcha a la vida de mi madre. Sé lo que me espera este fin de semana. A ella le encanta caminar del brazo, ir de compras, embadurnarse de crema y acostarse a las once de la noche en la mullida cama de matrimonio del hotel, con una película de amor y lujo a todo volumen en la televisión, que mira desde la cama mientras lucha sin éxito contra el sueño.

—La cuestión —digo en voz alta— es que echo muchísimo de menos a las niñas. De una manera enfermiza, dolorosa. Creo que sufro de dependencia emocional. Lo he leído en un libro de Stefan Zweig donde lo explica muy bien; me temo que me he dejado arrastrar por la impaciencia del corazón, las he consentido, les he enseñado a consentirme a mí, y ahora ni ellas ni yo sabemos cómo independizarnos las unas de las otras. Es una mecánica difícil de romper. Entran en juego un montón de sentimientos: de responsabilidad, de culpa, de traición, de impotencia. Tengo miedo a quedarme sola, por supuesto. Pero también a cortarles a ellas las alas, a impedirles ser libres para arriesgarse, equivocarse, crecer. A veces pienso por ellas, como si pudiera entrar en sus cabezas, y

titubeo en cada paso que doy. Tomo decisiones imaginando sus reacciones, hablo sola, me angustio... ¿Mamá?

Mi madre se ha quedado dormida con las gafas puestas. Apago la televisión, le retiro suavemente las lentes de la cara y la arropo como si fuera una niña pequeña. Siempre ha dormido en camisón. El de hoy es rosa, de plumeti, y me recuerda a los que ella me compraba de pequeña, con la parte de arriba de ganchillo. Las braguitas también eran de ganchillo, y los calcetines blancos, y las chaquetas de verano, y la colcha de mi cama, que todavía sigue en mi cuarto, en su casa, por si algún día quiero volver, aunque hayan pasado más de veinte años desde que me fui, y ahora sea yo la madre que conserva los peluches y los edredones. La que jamás convertirá la sala de estar en una biblioteca, para que las niñas, cuando vuelvan, no encuentren nada extraño, como dice la canción. Menuda historia de dependencia la de esa canción tan trágica.

4

Valentina ha llegado a las siete y media de la mañana, les ha dado un susto feliz a sus hermanas, y ahora descansa ovillada en el pequeño sofá de dos plazas del salón, con la gata a sus pies. Amanece un sábado de sol sin cortinas, las hojas de los árboles de la calle empiezan a amarillear, aunque solo en las puntas, y los geranios son rojos como los de Sevilla. Así los ve cuando abre los ojos y recuerda que está en París, libre e independiente, con la ciudad a sus pies y toda la vida por delante. Prepara una sorpresa a sus hermanas para desayunar: las exquisitas tortitas del famoso restaurante Wrigleyville de Chicago. Chisporrotea la mantequilla en la sartén, huele a café recién hecho, ha vaciado un bote de sirope de arce en una jarrita blanca. A Valentina le gusta cocinar, ese es su talento. Estudia alta cocina en Le Cordon Bleu, a las afueras de Madrid, y también a ella le convendría pasar algún tiempo en esta ciudad de *gourmets* y *chefs cuisiniers*. A Margarita, en cambio, le apasiona la moda. Después de estas prácticas, con las que finalizará su etapa de formación, se lanzará de cabeza al río de la vida, en este caso el Sena, a buscar un empleo en uno de esos imperios del lujo que proliferan en París. Gabriela acaba de terminar un grado superior de diseño digital, animación e ilustración, en un centro de mucho prestigio del que la gente sale con un flamante título y sin ninguna posibilidad de encontrar trabajo. Ninguna quiso ser abogada como su madre, ni ingeniera como su abuelo; las tres estudian en la universidad lo que antiguamente eran oficios. Yo dudo que sea necesario pasar tres o cuatro años atendiendo a clase y

examinándose de teorías modernas como la sostenibilidad o la alimentación consciente, en lugar de aprender en un taller, como se hacía antes. He leído que las profesiones que más se demandarán dentro de diez años no existen hoy en día. A veces tengo la sensación de que vivo en una metrópolis futurista, en perpetuo movimiento, donde las personas avanzan en bloque, a una velocidad que crece exponencialmente, y a mí, que todavía necesito ayuda para cambiar de canal en la tele, me empujan, o me arrastran, hacia un futuro que no entiendo, y al que no sé si perteneceré algún día.

Margarita y Gabriela, que hace unos minutos dormían abrazadas, como dos lirones caretos en plena hibernación, se han despertado al notar el dulce olor que emana de la cocina, y esperan con el pelo revuelto a que su hermana les sirva las deliciosas tortitas con fruta, nata y sirope de arce. Gabriela, que de las tres virtudes platónicas encarna la belleza, decide que en este rinconcito de París falta algo fundamental: flores. Valentina, que es la verdad, se entusiasma con la idea de ir a comprarlas al mercado de flores de la *rive gauche*, porque, efectivamente, da fe de que en el ático son tan necesarias como el aire que se respira, y Margarita, que es la bondad, les dice que las pagará ella porque, al fin y al cabo, será la única que las disfrute una vez sus hermanas vuelvan a Madrid, el lunes de madrugada. Ella las despedirá en el portal, vestida con el mismo traje de chaqueta verde con el que se presentó el viernes en su nuevo e ilusionante trabajo. Estuvo solo dos horas, saludó a sus compañeros, le presentaron a Flora Rosey, su jefa, y tomó posesión de su rincón junto a la fotocopiadora, donde ella, Flora, había colocado un pequeño florero, unas margaritas blancas y una tarjeta con la palabra: *«Bienvenue»*, y cuando salió a la calle, notó que le faltaba el aire, y corrió, aguantando la respiración, a refugiarse en su nueva casa. Entonces, en lo alto de la escalera, delante de la puerta cerrada de su buhardilla, se encontró con el abrazo cálido de su hermana Gabriela, la más sensible y llorona de mis hijas. Hicieron juntas una compra de caprichos, cenaron en un acogedor bistró y se acostaron temprano, con las últimas luces del día. Unas horas más

tarde, las despertó Valentina, aporreando la puerta, a las siete y media de la mañana. Todavía no se les ha pasado el susto, ni la alegría.

Se hace un silencio triste que se prolonga unos segundos. Las trillizas acaban de percatarse de la fugacidad de este momento feliz. De repente, el ático, el desayuno y las flores se han vuelto de cristal, y están a punto de romperse. Pero luego prueban el primer bocado de las tortitas que ha preparado Valentina, y el espejismo se hace consistente y opaco. Vuelve la risa al ático. Estas niñas tienen la capacidad de abstraerse de la realidad, igual que si vivieran permanentemente en una red social donde la vida es bella, fácil y despojada de malos sentimientos y emociones. A salvo.

Sin darse cuenta se visten las tres igual: camiseta blanca, falda larga y alpargatas con suela de esparto. Les ocurre a menudo, lo de coincidir en la ropa, la música o el antojo de dulces. Me pregunto si será consecuencia de haber crecido juntas dentro de mi vientre, y haber sentido los mismos impulsos míos. Tuve una verdadera obsesión por las naranjas cuando estaba embarazada. Las comía a montones, y ahora, mis hijas las detestan, lo mismo que el agua helada y el estridente sonido de las trompetas. Las cuatro le tenemos miedo al frío. Odiamos los paisajes nevados, las cumbres montañosas cubiertas de blanco.

El frío nos paraliza, buscamos el abrigo de las mantas, el fuego y el agua caliente. No podríamos vivir en una casa sin bañera. En el ático de Margarita, como es antiguo, hay una con cuatro patas de hierro fundido y algunos desconchones en el fondo. Tiene encanto, a pesar de ser vieja. Tal vez, hace décadas, se bañaba en ella una Hadley o una Zelda, o una mujer anónima, esposa de algún pintor o escritor bohemio, que temblaba de frío y de hambre mientras su marido trabajaba en un pequeño estudio encima de una escuela de baile.

Revolotean las tres faldas de colores a la orilla del Sena, de puesto en puesto, buscando flores para adornar el nuevo hogar de Margarita.

En esta época del año han estallado las rosas, los lirios y los crisantemos. Compran ramos de flor cortada y también alguna planta de interior que mi hija tendrá que cuidar, como cuida de la gata intrusa, porque necesitará sentirse útil, como nos pasa a todas. Si se descuida, acabará hablando con los brotes verdes, igual que hago yo cuando no me ve nadie.

Descubren una tienda diminuta donde venden jarras y platos pintados a mano. Las entiendo. Yo no habría podido resistir la tentación de llevarme la misma lechera que compran ellas, y los cuatro cuencos a juego que la dependienta envuelve delante de sus ojos con papel de estraza. Aunque no desayunemos juntas, cada una seremos dueñas de una de esas medias lunas que Margarita llenará de cereales, tal y como le indica Valentina cuando regresan a casa, trocitos de manzana, mantequilla y canela. Han comprado también dos velas de olor, una para el salón y otra para el dormitorio, y una manta de pícnic con un diseño escocés muy bonito, que colocan a los pies de la cama.

Cuando sus hermanas se hayan ido, Margarita necesitará manteles para la mesa, cojines para las sillas, bombillas de luz cálida, tarritos de porcelana, papeleras, almohadas, espejos, alfombras, y sentirá un vacío muy grande si no encuentra alguno de estos objetos en sus incursiones a las tiendas. La falta de toallas de algodón o de perchas blancas le provocará una ansiedad que le robará el sueño, absurdamente, femeninamente. Se pasará los primeros días construyendo el nido, como hacen los trepadores azules en los agujeros de los árboles, o las golondrinas en los alerones de los tejados. Luego se acomodará en su rincón preferido y le costará un mundo abandonarlo para salir a la calle.

Como está sola en una ciudad desconocida donde todavía no tiene amigos, ni madre, ni hermanas, su apartamento se convertirá en su madriguera. Los primeros días dormirá con la luz encendida, leerá en la cama hasta que se le cierren los ojos, llamará por teléfono a sus hermanas diez o doce veces al día, a su madre una o dos, y se preparará la cena como si tuviera invitados: pechuga de

pollo y ensalada, crema de verduras y tortilla de patatas, que se obligará a comer sentada a la mesa para no perder las buenas costumbres, las de la civilización. Pero, después de un tiempo, ya lo verá, se guiará por la ley de la selva y se descubrirá descalza, con los pies encima de la mesa, devorando arroz frío con atún de lata en un táper, para no tener que lavar los platos.

La cena de esta noche se cocina en casa, a fuego lento. Elaboran grandes cantidades de salsa de tomate y caldo, que son el equivalente al *little black dress*, pero para la nevera. Después, comparten unos cuencos de sopa de fideos y unos filetes empanados que les saben a gloria. Ríen sin parar, inventan un baile ridículo, se quitan la palabra.

Las llamo.

—¿Qué tal, delincuentes?

—Muy bien, te echamos de menos.

—Qué mentirosas.

5

Después de unos días se instala en mi casa una sensación nueva, inquietante. Parece que empezamos a acostumbrarnos a la ausencia de Margarita. Ya no nos equivocamos al poner la mesa. Nuestro cerebro, incluso la parte inconsciente, se acuerda de que ahora somos tres, y no cuatro. Sin embargo, el vacío que sentimos es cada día mayor. Hay ratos de silencio y espacios en blanco que habría llenado ella. Faltan sus amigas llamando a la puerta, su desorden y su otra ausencia, la de los días en los que no venía a comer o a cenar, pero estaba ahí, a la vuelta de la esquina.

Al volver de París, Valentina se trasladó a la habitación de Gabriela y ahora ocupa la cama de su hermana, duerme en sus sábanas y se recuesta en su almohada. Dicen las niñas que así es más práctico, porque solo hay que limpiar un cuarto y las sábanas a juego no se descuadran.

Tiene gracia. Cuando eran pequeñas, me empeñaba en llevarlas a las tres vestidas igual. Parecían tres muñecas de porcelana, con las mismas trenzas y el mismo delantal, y a mí me gustaba el orden, o la estética, y siempre compraba tres unidades de cada prenda. Lo malo era que, si una de las tres se manchaba el vestido, había que cambiarlas a todas. Creo que a eso se refieren con que se les descuadran las sábanas. Si Margarita no ensucia las suyas, ¿se van a quedar permanentemente puestas, en su cama vacía?

Total, que han anidado las dos juntas en la habitación grande, y la otra la han cerrado y pasan por delante como si no existiera. Se

ha convertido en una estancia fantasma donde se amontonan los libros que dejó atrás su hermana y la ropa que no quiere nadie.

Ayer me las encontré haciéndose fotos y subiéndolas a una aplicación de compra y venta de vestimenta usada. Con un grandísimo esfuerzo han ganado ya cuatro euros. Le han enviado una sudadera vieja a una chica alemana, dentro de un paquete envuelto en papel de flores, con una carta y todo, y muchos corazones. A mi madre le habría dado un síncope si a mis hermanos o a mí se nos hubiera pasado por la imaginación hacer algo como esto. En primer lugar, porque toda comunicación con un ser humano desconocido podía acarrear consecuencias nefastas, como robos, secuestros o asuntos de drogas. En segundo lugar, porque la ropa usada podía transmitir enfermedades incurables. Una vez le compré una flauta andina a un músico callejero, y al llegar a casa, mi madre la metió en una olla de agua hirviendo, para esterilizarla. En cambio, estas niñas han perdido el miedo. Y un poco también el pudor. Nuestra vida entera circula por las redes, enredada con la del resto del mundo, construyendo una madeja tan inabarcable que precisamente ahí reside la nueva privacidad: en la indiscreción de masas.

Me preguntan si pueden vender alguna de mis cosas. Las que ya no uso o no quiero. Contemplan con deseo el contenido de mi armario, saben que hay algunas prendas de lujo apretujadas ahí dentro. Les pregunto qué van a hacer con el dinero que ganen con este negocio tan precario, y me responden que viajar a París y comprarse más ropa.

En una calle del centro hay cuatro o cinco tiendas de prendas *vintage*, la última moda. Por curiosidad las acompaño una tarde cualquiera y las observo divertida. Me da la sensación de que nos movemos igual que Charlot, a cámara rápida, entrando y saliendo de los pequeños establecimientos, como abejas en un campo de lavanda, de una espiga a otra, aleteando de emoción cada vez que encontramos una ganga de segunda mano. No compramos muchas cosas, somos muy exquisitas, pero nos llama la atención una trenca

hippie que aseguramos que vamos a usar las tres, en cuanto llegue el frío. Pienso que, cuando la lleve puesta, volveré a ser la veinteañera idealista que se esfumó en el albor de los tiempos. En realidad, sé que no me la pondré jamás.

Ir de compras siempre nos levanta el ánimo. Regresamos a casa entre risas, cómplices del delito de haber gastado dinero en un capricho tonto, que no necesitamos más que para almacenar en nuestra memoria otro recuerdo alegre al que regresar cuando sintamos que nos acecha la penumbra. Entonces, suena mi teléfono y el cuadradito en el que está encerrada Margarita se enciende entre mis manos. Los enemigos de Supermán vagaban eternamente en el espacio infinito confinados en un prisma de cristal parecido a este.

—¿Cómo estás, princesa? —exclamo todavía feliz gracias a la trenca.

Y ella se echa a llorar.

Me asusto. Imagino que algo muy grave ha ocurrido en el camino de vuelta al ático. Un atraco, una violación, un accidente.

—Es que no sé lo que me pasa, mami. Creo que os echo demasiado de menos.

Me encierro con el cuadradito en mi cuarto, mientras Gabriela y Valentina se toman fotos con la trenca puesta y reciben cientos de corazones rojos en sus cuadraditos. Aunque compongan un equipo tan sólido, mis hijas, de vez en cuando, reclaman la atención de su madre en exclusiva. Y es diferente el vínculo que me une con cada una de ellas. Con Margarita no valen las palabras bonitas, ni los detalles tiernos, sino la acción. Es exigente, mi niña, me pone a trabajar, me saca de mis casillas, me obliga a tomar decisiones, a llamar por teléfono, a resolver problemas.

Me temo que voy a acabar en París. Lo veo venir. Me va a pedir que vaya a verla.

—¿No te gustaría que fuera a verte? —me adelanto.

Y lo cierto es que lo estoy deseando. Antes de que me responda, pienso en lo que voy a meter en la maleta. Un jersey grueso, que empieza el frío, la gabardina por si llueve, y los botines

que están en el altillo del armario. No pongo atención a lo que me dice; las razones por las que se le está haciendo difícil esto de vivir en París: la presión en el trabajo, el idioma, la nostalgia de casa, pero no es necesario que me dé muchas explicaciones, estoy incondicionalmente decidida a correr a su lado. Compro un billete para el próximo viernes. Aún faltan siete días, pero no puedo abandonar el despacho ahora, con todo el trabajo que tengo pendiente.

Se me hacen eternos, los malditos siete días que me separan de mi niña. Les he dicho a las otras dos que me voy a París y me han suplicado que las lleve conmigo. Ni hablar. Les he explicado que precisamente se trata de pasar tiempo de calidad madre e hija, animarla, tranquilizarla, dedicarle toda la atención, escucharla, compartir confidencias, reforzar los lazos. Y ellas han intercambiado una mirada de complicidad, un encogerse de hombros bastante sospechoso, como si existiera una conspiración secreta tejida a mis espaldas por las tres hermanas, que yo, sin darme cuenta, acabo de desbaratar con mis poderosas razones.

Así que, el lunes, mi cuerpo se presenta en el despacho mientras mi alma vuela hacia Francia y mi mente se enreda en estas cuestiones insoldables.

Pichu me vuelve a encontrar congelada delante del ordenador, sin parpadear desde hace un buen rato, ni dar un palo al agua.

—¿Nos tomamos un café?

Su frase recurrente empieza a tener en mi ánimo el mismo efecto que la sirena del recreo. Le cuento que estoy preocupada por Margarita, que nos echa mucho de menos y que he comprado un billete para ir a verla. Me pregunta por qué voy yo a París en lugar de invitarla a ella a venir a pasar el fin de semana en casa y no sé qué responderle.

—¿Has hablado con mis hijas? —adivino.

—Bueno —reconoce—, me consta que ellas también quieren ver a su hermana.

Le repito la misma cantinela; lo del tiempo de calidad y el vínculo madre-hija, pero ahora me doy cuenta de que mi argumento hace aguas. Lo que realmente quiere mi hija es volver unos días a Madrid, y no precisamente para pasar todo el fin de semana pegada a mí. Necesita ver a sus amigos, sentir que sigue formando parte del grupo, que no la olvidan a pesar de estar lejos. Uno de sus miedos, el más angustioso, es que su lugar lo ocupe otra persona; que después de estos meses ya no cuenten con ella. Y se imagina sola en casa, el teléfono mudo, mientras sus amigos suben fotos a Instagram en las que falta ella. Como no domino el mundo de las redes sociales, no sé si algo como esto ya está ocurriendo. Tiene que ser terrible asistir virtualmente a todos esos cumpleaños, excursiones, conciertos y fiestas, donde no estás. Donde nadie te echa de menos.

Pero ya es tarde. Compré el billete hace días y no se puede cancelar. Así que no tengo más remedio que viajar a París sabiendo que, en realidad, a Margarita no le hago ninguna falta.

Meto en la maleta cuatro cosas mal dobladas, dos sobres de jamón, un frasco de aceite de oliva y un montón de paquetitos que me piden Valentina y Gabriela que le entregue al llegar. Son detalles que le envían sus amigas: peluches, tarjetones y chucherías.

—¿Te hace ilusión que vaya a verte? —le pregunto, antes de meterme en la cama.

—Muchísima —miente—. He organizado un montón de planes para hacer juntas. Verás qué divertido y lo bien que lo vamos a pasar.

Pero me da la impresión de que no lo dice de corazón. ¿O soy yo la que mientras Margarita duerme, entra de puntillas en su cabeza y se pone a abrir los cajones de sus cómodas para encontrar la verdad, esa verdad destructiva que va a echar por tierra todas las ilusiones que me había hecho de compartir un fin de semana de confianzas con mi hija?

Yo también la echo de menos a ella. Yo también temo que se haga mayor e independiente, que no me necesite, que suba fotos a

Instagram en las que yo no esté. Vivo aterrada. Las veo escurrirse de mis manos, a mis tres cometas, y echarse a volar en libertad por el azul infinito, hacerse pequeñitas, perderse de vista mientras me deslumbra el sol, me quema los ojos, me abrasa.

6

Mi niña me ha recibido dando saltos de alegría en su pequeño hogar parisino en el que hay flores y velas y huele a pan tostado. Es tan diminuto como me imaginaba, pero tiene mucho encanto, con sus techos abuhardillados, los ventanucos que se asoman a la calle estrecha, los geranios que han florecido en las macetas de terracota sobre las tejas de pizarra, y el suelo de tablas que Margarita ha cubierto con una alfombra muy suave. Tal y como le recomendé, ha comprado bombillas de luz cálida, que son las que nos iluminan cuando nos sentamos a cenar a esta mesa para dos, con su mantel provenzal y su vajilla pintada a mano. Me cuenta que los platos se los regalaron sus hermanas: cuatro soperos, cuatro llanos y cuatro de postre, pensando en nosotras, en que de vez en cuando acamparemos aquí todas, tiradas en la alfombra y el sofá.

Estas dos noches dormiremos juntas en su cama de un metro treinta, aplastadas la una contra la otra con los pies enredados y el camisón a juego. Le he traído uno idéntico al mío, para estrenarlo juntas y tomarnos un montón de fotos haciendo el gamberro frente al espejo.

En el centro de la mesa hay una tabla de quesos franceses a los que hemos añadido el jamón ibérico que he traído en la maleta y unos lomitos de salmón ahumado, y hemos abierto una botella de vino blanco de la región de Champagne. No hay nada mejor que el pan de *baguette* recién horneado y el queso desbordando la miga, el aceite empapando el plato, las rodajas de tomate fresco, el jamón

cortado a cuchillo y el trago largo del vino más dulce y frío que podamos saborear.

Nos acurrucamos en el sofá. Insiste en que se siente sola a veces, en que nos echa de menos a todas, sobre todo a mí. Se ha dado cuenta de que aún sigue siendo una niña por dentro y dice que, en ocasiones, sueña conmigo. Unas veces, ella es un bebé y yo la mezo en mis brazos. Otras, me busca sin encontrarme en un bosque de helechos. Pero descubro en ella una emoción nueva, que me alivia y me escama a partes iguales. Es algo parecido a la habichuela que crece entre algodones y le empiezan a salir raíces. Ya su discurso ha cambiado, hay brotes verdes, rayos de sol entre las nubes. Me habla ilusionada de su trabajo, de la tarde en la que sus compañeros la invitaron a tomar una cerveza al salir de la oficina, y de las margaritas blancas que le regaló su jefa el día en que llegó.

Cuando nos vence el sueño, Margarita apaga una a una todas las luces y las velas; se ha vuelto cuidadosa, y deja una ventana abierta por si esta noche quiere dormir la gata en casa. No viene siempre, me explica, puede ser que tenga otras ventanas abiertas, otras chicas esperándola, tiene que repartirse, ella no es de nadie.

—Mañana nos ha invitado mi jefa a comer en su casa —me comenta como de pasada, al apagar la lamparita de noche.

Abro los ojos como platos.

—¿Tu jefa?

—Sí, Flora. Te va a caer genial.

—Pero, cielo, es que no la conozco de nada —protesto—. ¿De qué vamos a hablar?

—De mil cosas, mamá. A Flora le encantan los libros, el cine y el mar, como a ti. Y habla español con un acento muy simpático, porque su marido era colombiano y...

Durante mis últimos veinte minutos de lucidez, escucho a mi hija hablar de esa mujer *charmante*, que tanto la está ayudando a establecerse en París, que le da los mejores consejos y le presenta a la gente más divertida.

—Los cojines del sofá me los ha regalado ella —señala—. Tiene un gusto exquisito, muy francés, y un hijo guapísimo.

Lo último que me pasa por la mente, antes de caer rendida, es un pensamiento ridículo: ¿ha encontrado Margarita un sucedáneo de madre en esta encantadora Flora del demonio? Entonces se oye un golpe sordo en el salón, como de sombra que cae al suelo. Es la gata. Oigo sus pisadas sobre el parqué y me hace recordar la noche de Reyes. Mañana, cuando nos despertemos, no quedará rastro de gata, ni de leche, ni de las sobras del salmón.

El número 11 de la avenue Foch es un edificio señorial de fachada neoclásica y balcones con barandillas de hierro forjado, tejado de pizarra, mansardas y uno de esos pequeños jardines muy bien cuidados, detrás de una verja terminada en puntas de flecha, idénticas a las que atravesaron la arteria femoral del hijo de Romy Schneider hace más de cuarenta años. Mis pensamientos se enredan en aquella imagen trágica del adolescente atrapado en la valla que nunca he visto, pero siempre he creído haber visto.

—No entiendo cómo se permiten estas cosas, sabiendo que son un peligro —digo en voz alta.

Margarita me mira extrañada. No sabe a qué me refiero. Ella no tiene la capacidad de introducirse en mi cabeza y asomarse al acantilado de mis miedos. Además, llevo toda la mañana comportándome de un modo errático. Me refiero a su jefa con el apelativo de «esa señora» y me empeño en comprarle un regalo, pero no me decido por nada. Hemos recorrido anticuarios, floristerías, librerías de viejo y al final hemos descubierto una coqueta papelería en Le Marais, donde venden tarjetones y grabados, tintas de colores, plumas estilográficas y plumieres. Me enamoro de una edición de *Alicia en el País de las Maravillas*, encuadernada en rojo, y pido que me la envuelvan en un papel que lleva estampado el famoso globo aerostático de los hermanos Montgolfier. Ojalá alguien me regalara algo tan ideal como este tesoro, suspiro. Margarita no comparte mi entusiasmo, trata de explicarme que Flora es menos anticuada, más contemporánea, pero

yo acaricio el *Alicia* como si fuera un ser vivo y se me ponen los ojos vidriosos, me tropiezo con los adoquines, me da la risa.

Llamamos al portón y escuchamos la voz de nuestra anfitriona, que nos ve sin ser vista a través de una cámara de seguridad. Nos pide que subamos al primero; mejor por la escalera, nos advierte, que el ascensor tarda una eternidad, es todo un clásico, y se ríe.

Nos espera con la puerta abierta, un pantalón vaquero, bailarinas y coleta. Tiene más o menos mi edad, pero parece más joven. La escalera está oscura; en cambio, del interior de su casa brota la luz como de un manantial.

Es un piso de unos doscientos mil metros cuadrados, techos altos, puertas palaciegas y paredes blancas adornadas con piezas *pop art* de colores alegres. Preside el comedor un Mickey Mouse de dos metros, que me está mirando con desprecio. Acusa mi anacronismo y el de mi regalo, el libro que Flora ha recibido con grandes alharacas y ha abandonado a medio desenvolver en la mesa del recibidor.

Margarita se ríe a carcajadas mientras se lleva un pedazo de *sushi* a la boca. Yo, que detesto la comida cruda, aparto disimuladamente el trozo de pescado con el palillo dorado y me lleno el estómago de bolas de arroz insípido y compacto. Escucho la charla distendida que tiene lugar entre mi hija y su jefa.

Hasta ese momento, he odiado solemnemente a nuestra anfitriona por hacer reír a mi hija, por ser tan encantadora, porque hay días, lo sé, que es ella quien consuela a Margarita cuando se pone triste, quien le regala cojines, quien la invita a desayunar para levantarle el ánimo. Y no yo.

Pero entonces, nos quedamos las dos solas durante los cinco minutos en los que mi niña se excusa para ir al cuarto de baño.

Estamos sentadas en un sofá muy blando tapizado con una tela de peluche y me da la sensación de haber caído desde el techo; de haberme desprendido de la lámpara de cristales que cuelga allí arriba, altísima, cuando Flora me agarra el brazo y me desnuda su alma.

—Me gusta hablar en español porque me recuerda a mi marido —me confiesa con acento colombiano—. Murió hace cinco años y no hay un solo día que no piense en él. Vive en mi cabeza, ¿sabes?

Se echa a llorar bajito, como si le diera vergüenza que yo la descubra tan vulnerable, temblorosa y hundida en el sofá de peluche.

De repente, se derrumban las murallas que durante esta noche y esta mañana he levantado trabajosamente contra ella. Estoy en lo alto de la torre y mi enemiga enarbola una bandera blanca.

Pienso en la muerte, en su alargada sombra espinosa, y noto una simbiosis de ameba hacia esta Flora, que me obliga a abrir la membrana impermeable que rodea mi propia fragilidad y dejarla entrar. Al fin y al cabo, las dos nadamos en el mismo líquido.

La abrazo suavemente, le acaricio el pelo.

—Lo siento —le digo—. Pero piensa que viviste una historia de amor preciosa, y eso no es fácil. Yo daría cualquier cosa por haber sido feliz con mi marido. Si él viviera en mi cabeza, lo retendría ahí para siempre, y si pudiera soñar con él, conservaría esas sensaciones como si fueran reales, me aferraría a ellas para soportar su ausencia.

—Tiene gracia —reflexiona—. Me estás aconsejando exactamente lo contrario que mi psicóloga. —Y sonríe.

Vuelve Margarita al salón y nos encuentra abrazadas. Se queda de piedra bajo el dintel de la puerta gigantesca.

—Mami, tenemos que irnos —dice con suavidad—, la exposición cierra a las seis.

Me da una pena horrible dejar a Flora sola en esa casa tan grande. Por un momento me ha recordado a Alicia cuando se hace pequeña para poder entrar por la puerta del País de las Maravillas. Ella también está encogida, con su tristeza dentro.

—¿Te ha caído bien Flora? —me pregunta mi hija al atravesar el jardincito—. ¿Verdad que es la persona más alegre, despreocupada y optimista del mundo?

En ese momento se abre el portón y entra un muchacho guapísimo, moreno de piel, ancho de hombros, rubio de rizos, que saluda a Margarita en español, con un par de besos muy sonoros. Es Alexandre, el hijo de Flora. Intercambiamos cinco minutos de conversación intrascendente: qué pena haberse perdido la comida por culpa de un compromiso previo, qué alegría haberme, al menos, conocido, qué lástima que no me quede más tiempo, habríamos podido ir todos juntos a la costa, a Bretaña, donde tienen una casita y un velero muy lindos. Sabe que me gusta navegar, se lo ha contado Margarita.

—Ten cuidado con los pinchos de la verja —le digo al despedirnos.

—Tendré cuidado, *bien sûr* —responde extrañado.

—¿Qué dices, mamá, por Dios? —me regaña mi niña en voz baja, pellizcándome el hombro.

7

Antes, en el despacho, la perspectiva era apetecible. He trabajado mucho esta semana, estoy agotada, necesito descansar. Por eso le he dicho a Pichu que, al final, no voy a ir a la cena que ha organizado con otras dos amigas a las que quiero mucho, pero están tan solteras y desatadas como ella. Prefiero quedarme en casa, darme un baño caliente, leer un poco, acostarme pronto.

Valentina y Gabriela desordenan los armarios en busca de algo diferente que ponerse este viernes anodino. Cuando yo tenía su edad también creía que era obligatorio salir de fiesta al menos una vez por semana, tuvieras ganas o no las tuvieras. Y ahora ejerzo mi venganza ante aquella imposición absurda de la edad, tirada en el sofá tomándome una infusión de menta. Me cansa solo mirarlas. Volverán de madrugada sin hacer ruido para no despertarme, y mañana se levantarán a la hora de comer, con el estómago revuelto y dolor de cabeza. Desprenden un olor mezcla de perfume, champú y laca para el pelo. Se despiden de mí con unos besos rápidos y distraídos. Consultan el móvil y se azuzan la una a la otra, porque ya los amigos están esperándolas, haciendo cola a la entrada del local.

Entonces, nada más cerrar ellas la puerta de casa, la garrapata viene arrastrándose y se me engancha en el hueco que queda entre mis pulmones. Me temo que vamos a pasar el resto de esta tarde juntas, con lo bien que pintaba. Pesa mucho, aprieta fuerte. Desde que Margarita vive en París, ha engordado varios kilos. Se nutre de silencio, de nostalgia, de miedo a la soledad, de frío, de fatiga, de arrugas en la piel, del tictac del reloj, de nieve.

—Me voy a tomar una cerveza —la amenazo—, porque tú detestas la cerveza, a ver si te vas.

—Pon mejor la tele —me responde—. Nos entretendremos juntas, nos reiremos de las ocurrencias de los presentadores, que nos adoran y se dirigen a nosotras como si nos conocieran de toda la vida.

—Me deprime la tele, y lo sabes, garrapata.

La espanto con dos tragos largos de cerveza helada que saco de la nevera, abro y bebo allí mismo, apoyada contra la puerta.

Aunque todavía no son las diez, me meto en la cama con la intención de leer hasta que me quede dormida, pero ella vuelve y se instala en mi entrecejo, hace que las letras se vuelvan borrosas y que los ojos se humedezcan, se aneguen.

—Vete, por favor —le suplico—, y no engordes más, que te estás haciendo bola.

—Pero si eres tú la que me alimenta —replica— con tus viejos dolores; que si la muerte de tu padre, que si el abandono de tu marido, que si el tiempo que pasa, la vida que se consume.

—¡Qué exagerada! —protesto—. ¡Con lo joven que soy todavía y todo lo que me queda por vivir!

—Y ahora, lo de Margarita —insiste ella cruel, sin darme tregua, y se pone a cantar—: Yo tenía diez perritos, yo tenía diez perritos...

Con la cantinela me dirijo al baño, abro el neceser donde guardo mis tesoros cosméticos y químicos. Me trago una pastilla con un poco de agua. Adiós garrapata.

Vuelvo a la cama y aguardo. Se va poco a poco haciendo de noche, se oyen voces abajo, en la calle, chicos que esperan a que abran las puertas de una discoteca abarrotada donde la música, las copas y el contacto físico hacen brincar el corazón. Son refugios para esconderse de la soledad. Pero llegará, chavales, y la abrazaréis como abrazáis ahora vuestra almohada.

Qué cosas digo.

8

Aunque pueda parecer lo contrario, mis hijas no nacieron por generación espontánea, sino que fue necesaria la intervención de un padre en su concepción. Dicho padre y yo nos conocimos en la universidad y nos casamos muy jóvenes, recién terminada la carrera de derecho. Él quería irse de voluntario a África y yo soñaba con acompañarle, asistirle, cuidarle y compartir con él penurias y aventuras, porque me creía la protagonista de una película en la que ambos poníamos a prueba nuestro amor, rodeados de fieras salvajes, hambrunas y epidemias. Pero a los quince días de nuestra boda, me quedé embarazada y aquello dio al traste con todos nuestros planes.

Ante la aparición de las trillizas, tres habichuelas rodeadas por un círculo iridiscente, tres pequeños planetas flotando en el universo gris que era la pantalla del ordenador de mi ginecóloga, empezamos la búsqueda de una casa, un coche y un trabajo con el que pagar el aluvión de gastos que se nos venía encima. Y pasamos todo el embarazo sin hablarnos apenas, ambos concentrados en nuestros asuntos, mientras mi tripa iba adquiriendo una nueva dimensión tan desorbitada que al mirarla nos daba la risa, y más cuando empezó a moverse como la gelatina, de lado a lado, de arriba abajo, como si tuviera vida propia, que era exactamente lo que ocurría.

Cuanto más crecía mi vientre, más amaba yo a esas tres criaturas a las que ya habíamos puesto nombre, y menos se acercaba su padre a nosotras. Le dábamos grima. Nos daba la espalda en la cama, lloraba. Pero por fin nacieron Gabriela,

Margarita y Valentina, precisamente el día de mi vigésimo quinto cumpleaños, y durante unos meses de espejismo fuimos la estampa de la felicidad.

Mis padres nos regalaron un artefacto para pasear a las trillizas. Parecía una nave espacial, con sus ruedas y sus manillares, y sus peluches colgando, y la música insoportable de un carrillón, y las bolsas con los pañales y las toquillas y, si nos sentábamos en un banco del parque, éramos capaces de darles el biberón a las tres al mismo tiempo.

Así pasaron los meses más dulces y atareados de mi vida. Hasta que recibí el ramo de rosas y el tarjetón. Tres docenas. Una por niña.

Mi marido me daba las gracias por todo el amor y la felicidad, y me anunciaba que reanudaba su tarea en África, la que había iniciado mentalmente antes de nuestra boda, porque sentía que esa era su verdadera vocación, el propósito de su existencia.

No fui a despedirle al aeropuerto. Me quedé en casa dándoles el puré a mis hijas. Y después de dos o tres semanas, no volvimos a saber de él. Es verdad que, en aquella época, se libraba una sangrienta guerra en el Congo y que probablemente lo mataron, lo descuartizaron y les dieron de comer sus restos a los cocodrilos, pero oficialmente figura como desaparecido, y ese es el motivo por el que, a partir de ahí, vivo en el limbo entre la viudez y el matrimonio. O sea, que no sé si sigo casada o no.

Se supone que, si en diez años una persona no da señales de vida, se le puede declarar fallecido ante un tribunal. Pero ni yo, ni mucho menos sus padres, quisimos iniciar ese proceso.

De cualquier manera, esa es la menor de mis preocupaciones. No le recuerdo con cariño, sino más bien con rencor. Y, por extensión, siento una injusta e irracional inquina hacia las emergencias humanitarias en África y hacia los misioneros, voluntarios y cooperantes, cuya mención, a pesar de ser tan inocentes como yo misma en esta historia, me provoca escalofríos.

Nunca he tenido mucho tiempo para pensar. Ha habido ocasiones en las que la vida ha sido quien ha tomado las decisiones importantes por mí, y lo único que he podido hacer al respecto ha sido aguantar la respiración bajo el agua y rogar al cielo para que alguien cerrara, de una vez, el grifo.

Los tres primeros años de la vida de mis niñas fueron un maratón de paciencia, esfuerzo físico y capacidad de sacrificio, pero, por lo menos, tenía a mis padres, que me ayudaban en todo lo que podían. Y entonces, aquel aciago día del palo de golf, mi padre cayó fulminado en medio del campo de batalla y mi madre se encerró en un caparazón impermeable, insonorizado y hermético, donde solo había sitio para la desolación. Salió de la gruta un par de años después, con una nueva determinación en la mirada, una fortaleza asombrosa y unas ganas tremendas de comerse el mundo.

Las trillizas ya habían empezado a ir al colegio. Mi madre las recogía a las cinco de la tarde y las traía a casa, a merendar. Yo llegaba a las siete y ella salía corriendo para no perderse ninguna de sus miles de actividades. Era la reina del club de las viudas. Había encontrado un oasis inesperado en pleno desierto, uno luminoso, rodeado de flores, mientras yo seguía caminando sin rumbo y tropezándome en mi pedregal.

Y así, hasta hoy. Durante los últimos veintitrés años, mi voluntad y mis deseos han sido los de mis hijas, mis problemas, los suyos, y mi futuro, el de verlas convertirse en las mujeres que son.

Que ya son.

9

Estoy inquieta y no sé por qué. Llamo a Margarita porque hay madres que presumen de un sexto sentido que las avisa cuando alguna de sus criaturas está en peligro. No es el caso. Se está vistiendo para ir con unas compañeras de trabajo al hipódromo de Auteuil, a las carreras. Tomarán un pícnic sobre la hierba, unos sándwiches que llevan dentro de una cesta de mimbre, frambuesas, queso, vino blanco. Está radiante mi niña, se le están poniendo colores de francesa. Ahora se pinta los labios de un rojo muy vivo y se ha comprado un abrigo verde.

Entonces, ¿esta desazón a qué se debe? Las otras dos duermen a salvo bajo mi techo protector. Esta mañana he apoyado la oreja en su puerta y he alcanzado a escuchar sus respiraciones rítmicas, pausadas, mellizas.

Ha amanecido un día amarillo que más parece un atardecer. Me acomodo en el sofá junto a la ventana con la intención de leer algo agradable, que me acaricie la espalda, que no me mueva de aquí.

Regalo del mar. Lo escojo porque tiene las tapas de color azul Egeo, ilustraciones sencillas de conchas y caracolas marinas, y porque cruje cuando lo abro. Lo escribió Anne Morrow Lindbergh, mujer del célebre aviador, y madre del famoso bebé que fue secuestrado y asesinado por dinero. Me conmueven su pensamiento y sus meditaciones, sus dibujos hechos a mano, su serenidad al frente de una inabarcable familia de seis hijos y su resignación ante las infidelidades de su marido. Me apropio de la imagen de la rueda de la bicicleta, con los radios presionando la goma desde todos los

ángulos de la circunferencia, y me identifico con ella, con sus cuarenta y nueve años, sus paseos por la playa, su necesidad de sosiego y el espejismo de ser, durante unos pocos días de quimera, una náufraga solitaria en una isla desierta.

Al rato llega Gabriela, silenciosa como una hoja arrastrada por el viento, y se sienta a mis pies, sobre la alfombra. Apoya la cabeza en mis rodillas, espera su ración de ternura y yo le sirvo un plato sopero, sumergiendo mis dedos entre las hebras de su pelo, despeinando sus enredos.

—Estoy inquieta y no sé por qué —me susurra.

Deben de ser andancios, no hay otra explicación.

—Yo también —le confieso—. Me he levantado con una congoja...

—¿Y si nos vamos a dar un paseo?

—¿Despertamos a Valentina?

—Mejor le dejamos una nota.

Saca su cajita de acuarelas, nos dibuja de espaldas, bajo una lluvia de pétalos amarillos, por un camino solitario. Escribe debajo: «Ahora volvemos. Prepáranos algo rico para comer».

Cuando se despierte, Valentina sabrá exactamente dónde estamos. En la senda junto al río, donde una vez nos rodearon los ruiseñores y sentimos un poco de miedo, porque eran demasiados, porque parecían enfadados. Hoy no están. No es época.

Gabriela se sienta en el tronco de un árbol muerto y se encoge de hombros.

—Llevo unos días dibujando sin parar —comenta sin dirigirse a mí, ni a nadie—. Me va a dar algo.

—Yo me estoy empachando de libros —le digo—. Tengo un desequilibrio literario. Leo obsesivamente.

—Y ya no caben más tartas en la nevera. Valentina no sabe qué inventar. La última es de plátano, con mantequilla salada.

Estamos las tres desquiciadas, me temo. Intentamos rellenar el vacío, cada una a nuestro modo, y no nos damos cuenta de que es uno solo. Profundo, siniestro.

—Nos pasa que para tapar el hoyo estamos horadando toda la tierra alrededor —le explico—. Parecemos un queso gruyere.

—Queremos parar el reloj.

—O retrasarlo.

—¿Pero se puede vivir con él, con el agujero?

—Desde luego, cielo. En esta vida vamos de agujero en agujero.

Nos quedamos calladas.

—Te voy a contar una cosa —le digo.

Me siento a su lado, en el tronco, y proyecto, en una pantalla de cine imaginaria, una película de Super-8 en la que aparecen las trillizas descoloridas, moviéndose a una velocidad distorsionada, mientras suena el ventilador y gira la manivela.

—Erais muy pequeñas, un sábado cualquiera, de una semana como todas. Mientras dormíais, bajé dos minutos a comprar el pan a la tienda de la esquina y cuando volví os habíais despertado y habíais convertido el salón en un polvorín.

—Jaja —se ríe—. Un polvorín no, un fuerte.

—Eso.

—Con los cojines de los sofás, las toallas del baño, las almohadas y todos los peluches desperdigados por el suelo —recuerda.

—Valentina se había derramado el Cola-Cao que os había dejado preparado en la cocina antes de bajar a la calle en el pijama. Tú habías pintado las paredes...

—Con las ceras Manley.

—Me quedé paralizada en la puerta, te lo juro. Me faltó el aire. Se me cayó el alma a los pies. Fue más o menos cuando volví a trabajar, y aquello me pareció una venganza vuestra contra la guardería, contra mis ausencias, contra las faltas de atención. Casi me echo a llorar. Y en ese momento, apareció Margarita dando brincos. Me agarró de la mano, tiró de mí hacia dentro de casa. Inclinó la cabeza hacia un lado y me dijo muy seria: «¿Juegas?». Y en ese instante solté todo el aire que se me había atascado en el pecho. Me relajé. Tomé una decisión trascendental. Me dije: «¿Quién

necesita orden?». Y desde ese día, todas nosotras, aunque no lo sepáis, vivimos felices en un caos permanente. Cada cual a nuestra manera contribuimos al desbarajuste de emociones, al barullo de los armarios, a la incertidumbre de la que tanto se quejaba mi bisabuela.

—¿Eso es lo que me aconsejas, entonces? ¿Convivir en paz con el agujero?

—¡Qué lista eres, Gabriela! Exactamente eso.

Después de esta revelación, nos ponemos a pensar qué podemos hacer con nuestra creatividad desbordada de los últimos días. En casa nos espera Valentina, que ha cortado las hortensias de la terraza —una docena de flores que han perdido los colores alegres del verano y ahora son rojizas y verdosas— y las ha colocado en unos jarrones en el centro de la mesa, junto a su famosa tarta de calabaza, una bandeja de crepes rellenos de espinacas y un solomillo al horno con patatas.

Nos oye entrar y, desde la cocina grita que nos demos prisa, que se enfría el festín. Sobre su ropa lleva puesto el delantal que le compré en una tiendecita muy *british* a la que le gustaba ir de pequeña, cuando le entraban ganas de tomar té con *scones*. Esta niña tiene vocación de anciana inglesa, de esas que viven en un *cottage* en Cornualles y se dedican a cuidar de sus rosales.

Nos recibe sonriente, un poquito sofocada, con un cesto de pan recién salido del horno entre las manos. Gabriela y yo volvemos inspiradas de nuestro paseo por la naturaleza, se nos ha ocurrido una idea magnífica.

—Vamos a organizar una merienda para vender tus tartas y mis acuarelas a las amigas de mamá —resume en una sola frase, sin darme tiempo a explicarle a Valentina, con miles de palabras y oraciones yuxtapuestas, lo que venimos rumiando por el camino.

La cosa es que, en una calle sombría cercana a nuestra casa, han abierto una academia de cerámica. Tiene un escaparate enorme, para que todo el que pase por delante pueda observar a los alumnos moldeando la arcilla en el torno, que es algo que gusta ver.

La gente se para delante del ventanal, como si le sobrara el tiempo, a contemplar el espectáculo. Y hemos pensado en alquilar una tarde el local, cerrarlo al público y servir una merienda para unas veinte personas, donde se puedan probar las tartas de Valentina y comprar las acuarelas de Gabriela.

—¿Una especie de té con exposición? —condensa aún más Valentina.

Tengo unas hijas listísimas.

—Así empezáis a daros a conocer entre vuestras futuras clientas —señalo—. Podéis vender las tartas y las acuarelas allí mismo, y también por encargo.

Damos forma al plan durante unos días. La inversión es pequeña, la ilusión grande, los posibles beneficios, jugosos. Desde que volvieron de París, estas niñas están ávidas de dinero. Lo quieren para comprar mil billetes de avión y visitar mil veces a su hermana.

Así que se ponen a trabajar juntas. Gabriela ilustra las tarjetas de invitación. Valentina, mientras tanto, prueba con el cucharón la mezcla del merengue y las castañas; y yo lo único que tengo que hacer por ahora es apuntar los nombres de mis amigas en un cuaderno.

10

A pesar de ser una becaria recién llegada, Margarita acaba de recibir un encargo importante. Flora la ha llamado a su despacho para anunciarle que participará en la organización del desfile de la Maison en la Fashion Week, dentro de dos semanas. Me describe la escena como si no le estuviera ocurriendo a ella, sino a otra persona más luminosa, más imponente, más competente.

El despacho de su jefa tiene un balcón que da a la avenue Montaigne, por el que entra el sol por la mañana con tanta intensidad que deslumbra a la persona que se sienta frente a ella en su escritorio de anticuario. Nunca faltan flores frescas, ni paquetes de regalo sin abrir. Huele a una mezcla de perfume y aire de la calle, que sube desde la acera con ráfagas de panadería y otoño, y entra por el balcón, y despeina a Flora, y propaga su aroma a nardos, flores blancas y almizcle por todo el despacho.

Margarita me contó que una vez acompañó a su jefa al único lugar del mundo donde se puede adquirir semejante perfume. Le hizo prometer que no le diría a nadie lo que estaba a punto de confiarle, porque solo un puñado de mujeres excéntricas y millonarias formaban parte de esa especie de secta clandestina, y eran muy celosas de su secreto. Flora compraba una onza al año de la exclusiva fragancia Diamond Water por ochocientos euros y cada mañana depositaba una sola gota en el hueco que se abre entre las clavículas.

La llevó de la mano por una calle estrecha circundante a la place Vendôme, hasta un pequeño zaguán escondido entre dos

portales. Llamó al timbre y le abrió un caballero siniestro, que le preguntó si tenía cita. Las acomodó en un elegante salón sin ventanas, parecido a la cámara acorazada de un banco, y allí, igual que si estuviera traficando con una droga prohibida, midió la onza y vertió el líquido en una diminuta ánfora de cristal. Al salir de nuevo a la calle, a Margarita le pareció ver a Catherine Deneuve escondida detrás de unas inmensas gafas de sol.

—Total, que ahí estaba yo, de pie frente a su mesa, un poco asustada, no te voy a engañar, porque no es normal que Flora llame a nadie a su despacho. Y no sabía si me iba a regañar por una bobada de email que envié el otro día sin su permiso. Nada importante, solo le daba las gracias a una periodista por un artículo muy bonito que había publicado sobre nuestra marca, pero vaya, que no debería haberlo hecho sin consultarle a ella. —Toma aire. Lo expulsa—. Sin embargo, no tenía nada que ver con eso. Al revés. Me felicitó por lo bien que estoy haciendo las cosas. Y luego me dijo que necesitaba ayuda con el desfile.

Ahora mi niña forma parte de un equipo de producción de treinta personas que se reparten el trabajo como abejas en una colmena. Flora es la reina, las demás son obreras que zumban y revolotean a su alrededor, contagiándose los nervios y el ansia entre todas, y a la vez sintiendo que han llegado a la cumbre de la montaña donde florece el edelweiss.

El mundo de la moda es bastante egocéntrico. Es fácil perder la perspectiva. Me alegro por Margarita, claro. Pero también temo que se esté exponiendo a la radioactividad del éxito demasiado pronto. Está muy tierna, mi chiquita.

—Ten cuidado —le advierto—. Hay gente mala en todas partes.

—Y buena también, mamá —me corrige.

—Ya, pero tú eres todavía muy joven, no te dejes llevar por la fama y el lujo y esas cosas.

—Para tu tranquilidad —suspira—, soy el último mono de la oficina. Mi tarea, por ahora, consiste en meter las invitaciones en unos sobres, pegar los sellos y llevarlas a la oficina de correos.

Secretamente me siento aliviada y me sereno. Es mejor avanzar despacio, paso a paso, apreciar el valor del esfuerzo y del trabajo. Al menos, así me educaron a mí.

—Pero el día del desfile voy a estar en el *backstage* —continúa emocionada—. De asistente de producción.

—¡Qué bien!

—Ayudando con los accesorios.

—¡Qué bien!

—Y no sabes qué obra de arte, los tocados. Son como de ciencia ficción. Con plumas, cuernos de unicornio, coronas, máscaras...

Cuando colgamos estoy agotada. Circulan por mi cabeza ninfas, tritones, sirenas, hipocampos y medusas. Sobre mi mesa, en cambio, sigue abierta la carpeta donde almaceno los documentos que tengo que revisar antes de que termine el día. No logro concentrarme. Hoy soy yo la que llama a la puerta del despacho de Pichu. Ahí está, angustiada.

Se sujeta la cabeza con las dos manos, como si soportara un peso terrible. Una efigie de piedra.

—¿Qué te pasa? —me asusto.

Tiene cincuenta y tres años, pero trata de luchar contra el paso del tiempo con las armas del maquillaje y la estética. Se tiñe el pelo cada dos semanas, se inyecta bótox y ácido hialurónico, se mantiene delgada, se viste con faldas cortas y cuando fuma, jamás se traga el humo. Pero hoy le han recordado que su actividad profesional está llegando a su fin. En este despacho nos jubilamos a los cincuenta y cinco. Sin excepción.

—Que empiece a ahorrar. Que aproveche los acuerdos que tenemos con los bancos si quiero contratar un plan de pensiones o algo así. Y que renueve el seguro médico antes del verano.

Me siento a la mesa donde amontona el trabajo atrasado. Pienso si le dará tiempo a terminar todo esto antes de que entre el de la guadaña con su orden de retiro, una especie de muerte prematura, la profesional. O un diagnóstico médico irreversible: «Le

quedan a usted dos años de vida activa, señora, vaya haciéndose a la idea».

—Mi madre vivió hasta los noventa —suspira—. ¿Qué voy a hacer los próximos treinta y cinco años?

—Ni idea —le respondo—. Solo puedo decirte lo que vas a hacer los próximos treinta y cinco minutos. Te vas a levantar de la silla, te vas a poner la chaqueta y te vas a venir conmigo a tomar un copazo.

—Pero si son las cinco de la tarde.

—Pues un coñac en un bar de jubilados. A ver si te ligas a un señor con posibles.

Mentira. Nos vamos de escaparates. Rejuvenecemos, nos vuelve el color, entramos en una boutique de lujo solo por las risas. Nos probamos una falda que cuesta un sueldo. La dependienta es china, perspicaz. Nada más vernos ha descubierto nuestras intenciones y nos atiende con desgana, así que nos probamos también un vestido de noche y unos pantalones de cuero. Estamos fabulosas.

—Siempre puedes poner una tienda, nena —bromeo.

Pichu pilla la ironía. Esa fue la frase con la que la despachó su marido cuando la dejó por otra. Aunque todavía era muy joven, se vio sola, con dos hijos y sin trabajo, y se le vino el mundo encima. Lo que más le aterraba era la cuestión económica. También el precipicio, naturalmente.

Menos mal que en ese mismo precipicio estaba despeñándome yo, con mis trillizas de tres años. Y nos encontramos en el fondo del barranco, aplastadas como dos colillas, y nos apoyamos la una en la otra, hasta que conseguimos levantarnos juntas del suelo.

—Una vez cada veinte años —le digo—, nos va a tocar cambiar de aires. Ya se nos ocurrirá algo para seguir divirtiéndonos. ¿O preferirías morirte de vieja en el despacho?

—Siempre he querido ir a México —murmura.

Y nos escapamos volando hasta el mismísimo Yucatán, las dos descalzas sobre la arena blanca, la melena gris al viento, dos *hippies* trasnochadas que se alimentan de camarones fritos y dulce de mango, que han aprendido a tocar la guitarra, a encender hogueras,

a vaciar cocos, y que duermen mecidas por la luna en dos hamacas que cuelgan de dos palmeras.

11

De todos los dolores que alberga mi corazón, hay uno con metástasis en el cerebro. Se trata de la ausencia de mi padre, mi referente, mi roca, mi capitán. Siempre lo contemplé de abajo arriba. Con la cabeza recortándose contra el cielo, como si no existiera nada más grande que él: ni el sol, ni las nubes, ni los bandos de gaviotas que, crueles, lo señalaban con la punta de su flecha, profetas, agoreras: morirás pronto, gigante invencible, tú que te crees indestructible, y que aprietas con tu mano protectora la de tu niña indefensa. Lo apuntaban y graznaban, se reían, porque sabían algo que nosotros ignorábamos: que uno levanta el vuelo cuando llega el frío y abandona la tierra donde hizo el nido, cruza el océano, deja a sus criaturas atrás, aleteando, porque esa es su naturaleza: mortal y transcendente al mismo tiempo. Misteriosa e indescifrable.

Todo esto también lo sabe mi garrapata, que se ufana y presume de ello, como haría Lex Luthor si poseyera una bomba atómica que pudiera destruir el mundo de un plumazo, y estuviera esperando la ocasión propicia para activarla. Mientras tanto, baila y se bambolea, esta obesa peluda, y se me acerca con su sonrisa torcida y sus ganas de cháchara.

—¿Sopa? —Observa mi plato con recochineo—. Yo guardo un tenso silencio, temiendo lo que pueda venir a continuación—: Tu padre odiaba la sopa. Parece mentira que no te acuerdes.

—Me acuerdo perfectamente, asquerosa.

—Quién lo diría.

Ha venido arrastrándose por el pasillo, cargando con una fotografía enmarcada en la que aparecemos mi padre y yo en primer plano y mis hermanos, borrosos, detrás. Me encanta esa foto. La tomó mi madre y está un poco desenfocada. Bendita tecnología la de entonces, que decidía por nosotros.

Será por la diferencia de edad, o de intereses, pero a mis hermanos siempre los he visto así, difusos, en medio de una neblina invernal. Me pregunto si mi nacimiento fue un disgusto para ellos. Un revolcón.

Abandonaron pronto la casa, se fueron a estudiar fuera de España. A lo mejor, con mi nacimiento, mis padres ganaron un bebé y perdieron dos adolescentes.

—Yo no pedí nacer —le discuto a la garrapata, que me señala la foto con intenciones perversas.

—Tampoco lo pidieron tus padres —me recuerda—, fuiste una fatalidad.

Pero tengo un escudo protector contra las salpicaduras de saliva de esta garrapata tan venenosa.

—No se nace el día del parto —le explico—, sino el del amor.

Me lo contó mi madre, que es bastante indiscreta para sus intimidades, una tarde de verano, poco después de la muerte de mi padre, las dos sentadas en la orilla, viendo hundirse el sol en el Atlántico. Me dijo: «Igualito que este atardecer fue el de tu concepción». Y añadió: «Ahí mismo, detrás de esa roca».

No habló más. Se quedó callada, acariciando la arena. Pero yo, cada vez que paso por ese punto concreto, de esa playa concreta, a esa hora concreta, los imagino amándose a los dos, dulce y tiernamente, a una edad en la que la fogosidad deja paso a la delicadeza, y el amor es más de verdad que nunca. No me detengo en los detalles, claro, pero sé que mi llegada al mundo fue un milagro tardío y espontáneo, necesario, planeado por Dios para unir todavía más a esos dos seres humanos que tal vez entonces, entre el cuidado de sus hijos, el trabajo, la vida social, las tareas diarias,

las preocupaciones, los miedos y los planes de futuro, estaban empezando a olvidar cuánto se querían.

—¿Dónde estás, bola de sebo? —me burlo de mi garrapata, que se ha replegado a esa oscura guarida de mi casa donde se esconde cuando le gano la partida.

Además, era mentira. No estaba cenando sopa, sino crema de calabaza. Uno de los platos preferidos de mi padre.

12

Gabriela ha transformado la escuelita de cerámica en un salón de té en menos de dos horas y con muy poco esfuerzo. Han bastado unos manteles de flores combinados de una manera muy original sobre la mesa de madera, y unos cojines alargados sobre los bancos, envueltos en una tela que compró al peso en una tienda del centro. Sus acuarelas están expuestas en los estantes, junto con las piezas de barro y unas macetas desbordadas de flores, obsequio de su abuela, y en el alféizar de la ventana ha colocado las tartas de su hermana Valentina en bandejas de distintas alturas, como las que usan los ingleses para presentar sus bollitos a la hora del té. Estamos contentas con el resultado. En la zona de los hornos para cocer arcilla enchufamos las cafeteras y la jarra de hervir el agua. Hemos traído de casa el juego de desayuno que nunca usamos porque está pintado a mano y nos da miedo estropearlo. También uno de porcelana que guarda mi madre en un altillo, tan delicado que se resquebraja con solo mirarlo, y que nos ha prestado con mucho dolor de su corazón, haciéndose la despreocupada. Al fondo del local hay un lavabo de piedra donde Romi, la señora que desde hace cincuenta años trabaja en casa de mi madre, limpiará con delicadeza lo que vayamos ensuciando.

Suena mi teléfono, y es precisamente ella, Romi. La noto intranquila.

—¿Sabes dónde se ha metido tu madre? —me pregunta.

Me explica que ha llegado a su casa esta mañana a las nueve, como todos los sábados, y mi madre ya había salido. Que la ha

llamado al móvil tres o cuatro veces y que no responde. Ya son las dos. Esto es raro.

Les pido a las niñas que vuelvan a casa, que descansen un poco, que a las seis en punto tenemos que estar listas para recibir a mis amigas, y salgo a toda prisa hacia la casa de mi madre, contagiada por el desasosiego de Romi. Me dice en persona lo mismo que hace unos minutos por teléfono. Que no la encuentra por ninguna parte y que no contesta al móvil.

Pero añade un dato inquietante:

—Lleva una temporada un poco dispersa. Se olvida las cosas, se despista, se desorienta...

Siempre he temido el día en que mi madre empiece a acusar su edad. Ella, en cambio, no. Sencillamente, no lo tiene en cuenta, o no le asusta cumplir años. Dice que está como una rosa. Que nunca se ha encontrado mejor. Pero lo cierto es que es octogenaria y a veces me aterra pensar que pueda romperse una cadera, enfermar de neumonía o, Dios no lo quiera, dar muestras de estar perdiendo la cabeza.

Trago con dificultad el agua que me ha servido Romi en un vaso. A mí tampoco me responde al móvil.

De repente, oigo la llave en la cerradura y mi madre entra en casa, tan contenta. Cuando me ve, pega un respingo, como si no esperara encontrarme allí y mi presencia la hubiera asustado.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta en un tono de voz demasiado agudo.

—¿De dónde vienes? —le respondo todavía con el corazón en un puño.

—Pues de donde me da la gana.

Entra Romi y se lleva las manos a la cabeza. Es muy dramática esta mujer, a pesar de ser castellana vieja.

—Por Dios bendito, el susto que nos ha dado.

Mi madre nos mira a ambas con los ojos muy abiertos, sin decirnos nada. Estoy segura de que se siente como Julia Roberts en *El informe Pelícano*: una incomprendida.

—Llevas cinco horas en paradero desconocido —digo yo, emulando los viejos partes de la radio—, sin coger el teléfono ni dar señales de vida.

Busca el móvil en el bolso, lo examina atentamente.

—Estaba en silencio —se excusa.

No hay manera de arrancarle la confesión que tanto Romi como yo necesitamos escuchar para quedarnos tranquilas. Nos da la sensación de que está confusa y no sabe explicarnos dónde ha pasado la mañana. Sus respuestas son vagas: paseando de acá para allá, haciendo recados, sentada en un banco...

Vuelvo a casa hecha un manojo de nervios. Les lloro un poco a las niñas, aunque no quiero contagiarles mi sofoco. Sobre todo hoy, el día de la merienda que han preparado con tanta ilusión.

—Mira, mamá, si tanto te preocupa que la abuela se despiste y se pierda, puedes pedirle permiso para activar la aplicación de búsqueda en su móvil, y así sabrás dónde se encuentra en cada momento.

—¿Pedirle permiso?

Ni hablar. Conozco a mi madre y sé que no consentirá llevar un dispositivo de localización dentro del bolso. Me mandará a paseo. Dirá que tiene derecho a su intimidad, a su vida privada, a su libertad. Se pondrá muy reivindicativa, muy susceptible.

Así que tendré que hacerlo sin que ella lo sepa. Y no sé qué me quitará más el sueño, si los remordimientos por vigilarla sin su consentimiento, o el miedo a que vuelva a extraviarse como hoy. Lo sopeso durante unos minutos y al final decido que prefiero que sea la conciencia la que no me deje dormir, porque la controlo mejor que al sistema nervioso central, así que, esta tarde, cuando se distraiga un momento entre tanta tarta, tanta acuarela y tanta cháchara, aprovecharé para instalarle el chivato en el móvil sin que se dé cuenta.

A las cinco y media ya estamos las tres de vuelta en el local. Las niñas colocando las flores y las tazas, y yo barriendo el suelo por enésima vez. Siempre me pasa lo mismo cuando espero a mis

amigas: me agoto cambiando las cosas de sitio, escondiendo lo feo, limpiando sobre limpio, encendiendo velas... como si me viniera a examinar un crítico doméstico que se empeñara en apuntar en un cuaderno todos mis fallos y moviera la cabeza desaprobatoriamente al descubrir un cuadro torcido o un azucarero discordante en el aparador. Y luego ocurre que empiezan a llegar mis invitadas y el corazón se me esponja, porque me doy cuenta, otra vez, de que nadie me juzga más que con benevolencia, que salto de alegría al volver a verlas, a abrazarlas, que son mi cantera de risas, la caja fuerte de mis secretos, mi paño de lágrimas, el motor que pone en marcha mis ideas.

Algunas coincidieron conmigo en el colegio o en la facultad, y hemos crecido juntas. Otras han llegado después, pero han adelantado por la izquierda a las de toda la vida. Y me sigue asombrando cómo se forjan nuevas amistades a lo largo del camino, al tropezar con una piedra o resbalar con el barro, porque, en el fondo, el sentimiento es el mismo que el de la niña de seis años que se pone a charlar con otra en la cola del tobogán, y antes de lanzarse por él ya sabe que serán amigas para siempre.

Ellas van llegando, tan elegantes como los cisnes de Capote, tan parlanchinas como las gallinas del gallinero, tan expresivas que más que un pequeño taller de cerámica, parece que hemos alquilado el salón imperial del Waldorf Astoria de Nueva York. Y se sientan a la mesa, y alaban los dulces de Valentina, el buen gusto de Gabriela y sus preciosas acuarelas. Lo prueban todo, lo fotografían todo y les aseguran a las artistas que las llamarán muy pronto.

Sé que lo dicen de veras, porque a partir de ese día empiezan a recibir encargos: tres tartas para el sábado. Dos para el domingo.

Valentina se pasa el siguiente fin de semana encerrada en casa, midiendo, pesando, horneando y decorando los dulces, pero contenta. Y yo, toda orgullosa, se lo cuento a Margarita el lunes a la hora de cenar, con la pantalla encendida del manos libres.

13

Solo quedan cinco días para el desfile y noto a mi hija delgada, pálida y ojerosa, pero con un brillo intenso en la mirada. Antes de darme la oportunidad de hablar, me cuenta atropelladamente lo que está ocurriendo estos días en París. Todas las casas de moda andan de lado a lado, acaparando hoteles, coches y restaurantes para sus clientes y embajadores. Es el momento de demostrar la fuerza de la Maison; una carrera a contrarreloj, con el objetivo de llamar la atención del público y la prensa. Me explica que, en algunos casos, es necesario satisfacer las rarezas de ciertos personajes que parecen sacados de una película de ciencia ficción. A Margarita le ha tocado contentar a una *influencer* coreana que solo come vegetales crudos, viaja con dos caniches histéricos, ha llegado tarde al avión y dice que, si no le consiguen *ipso facto* otro billete en primera clase, se queda en su casa haciendo yoga, lo cual sería una debacle para la marca, ya que perdería diecisiete millones de seguidores de un plumazo. Así que mi hija se arrastra por el suelo y deja que la pisotee esta niñata flacucha, sus caniches y sus *followers*. Esta noche ha dormido solo un par de horas en un incómodo sillón de la oficina, mientras esperaba la confirmación del billete de avión más caro de la historia. Al tiempo que mordisquea un sándwich, me transmite una energía extraña, que no se nutre de proteínas ni de ejercicio, ni de descanso, sino precisamente de lo contrario: de adrenalina.

Comprendo que mi entusiasmo por el éxito de las tartas de Valentina le parezca insignificante en comparación con sus logros de

estos días. Ha conseguido permiso, en uno de los hoteles más lujosos del mundo, para que los perros de la coreana puedan bañarse en la piscina cubierta, y hacerse pipí en el agua si lo desean.

—Qué bien lo de Valentina —me felicita—. Y Gabriela, ¿cómo lo lleva?

—Pues estupendamente —le respondo, un poco extrañada por su pregunta.

—Menos mal —masculla ella con la boca llena.

Ya estamos. ¿Tenía que haber notado algo? En alguna parte leí que una madre es igual de feliz que el menos feliz de sus hijos. Sin embargo, yo me he dejado llevar por la emoción de Margarita y la buena suerte de Valentina, y no he sabido mirar hacia el rincón de Gabriela, ese trozo de sofá que parece confortable y acogedor, pero también puede ser la madriguera más profunda. Ahora que la observo con claridad, descubro a mi pequeña un poco encogida debajo de la manta que yo imaginaba cálida, un poco pensativa, callada, introvertida. Esta niña es como un caracol, en cuanto siente el peligro, se mete en su caparazón con forma de espiral y se enrosca por dentro hasta que encaja en su retorcida concha. A los observadores menos sagaces, o a aquellos que están distraídos celebrando los éxitos de sus otras hijas, les puede pasar desapercibido este comportamiento de animalillo que hiberna.

Me acurruco a su lado sin decir nada. Ella me hace sitio debajo de la manta y noto su respiración consciente. Encendemos la televisión para que haga compañía a nuestro silencio, y el sonido de fondo de una película lenta nos acuna. Cuando llega Valentina envuelta en un aura de actividad, todavía con los ruidos de la calle adheridos a la ropa, nos encuentra a las dos dormidas y, de puntillas, entra en la cocina y nos calienta la cena.

No sé cómo alertarle sobre el estado de desánimo de su hermana. Me temo que, parlanchina como es, se ponga a hablar de sus clases de alta cocina, sus notas extraordinarias o sus planes de abrir un día su propio restaurante. Pero me alarmo sin motivo, como

casi siempre. Churchill escribió que el sesenta por ciento de su tiempo lo había malgastado preocupándose por cosas que nunca llegaron a suceder. Y yo soy muy Churchill, lo reconozco.

A Valentina se le ha ocurrido otra de sus ideas geniales. Quiere abrir una tienda *online* para vender sus tartas, pero no sabe cómo hacerlo. Le pide ayuda a Gabriela, se la implora, vaya. Le promete que por cada tarta que le compren, le dará a ella un porcentaje, y le insiste en que el *website* ha de ser espectacular.

—Igual que tus acuarelas —le dice—. Y también necesito ayuda para las redes sociales, y para el *marketing* y la comunicación.

Bajo la manta en la que estábamos acurrucadas, han cambiado las energías. Gabriela estira las piernas, se inclina hacia delante, observa a su hermana, que gesticula animosa. Algo comienza a tomar forma dentro de su cabeza, son ideas que parecen luces de neón, escaparates encendidos, las pantallas gigantes de Times Square.

A Gabriela se le iluminan los ojos. La imagen digital y la publicidad es precisamente lo suyo. También sus acuarelas, por supuesto, pero entiende que es más difícil abrirse camino en el mundo del arte, y como es muy lista, se ha dado cuenta de que diseñar la página web de su hermana Valentina puede ser el primer paso en su prometedor futuro profesional.

—Lo más importante es el nombre —sugiere—. Necesitamos encontrar un nombre fácil de recordar, sencillo, pero también ingenioso.

—¡Las tartas de Valentina! —exclamo emocionada.

Las dos me miran como si hubiera insultado a su mejor amiga.

—Sí, claro —dice Gabriela—, como las tartas de Mafalda, o las tartas de Julita, o las de la madre de Cris o las de Alicia...

—Muy original no he sido —reconozco.

Permanezco el resto de la cena refugiada en un respetuoso silencio nada participativo, pero estoy contenta escuchando la conversación de mis niñas, que va creciendo en intensidad y volumen hasta estallar en risas y gritos de emoción. Como veo que

están impacientes por empezar su proyecto, les digo que ya recojo yo la mesa, y ellas se levantan arrastrando las sillas y se encierran en su habitación compartida, delante del ordenador de Gabriela. Cuando noto que el sueño me secuestra, llamo a la puerta, les deseo buenas noches, veo sus caras iluminadas por el resplandor de la pantalla, y me dejo llevar hasta el mullido rectángulo que es mi cama.

Antes de apagar el móvil, compruebo que mi madre está a salvo en su casa. Siento una punzada de culpa por esta reciente afición mía a controlar sus movimientos, pero me digo que lo hago por su bien, para que no se repita el episodio del otro día, el susto y la angustia que pasamos Romi y yo cuando se despistó durante casi cinco horas. Ahora, cada noche, y tres o cuatro veces al día, entro en la aplicación y busco su icono por las callejuelas, las cafeterías, las iglesias, los parques y las tiendas de Madrid. Si alguna vez desconozco su paradero, no tengo más que llamarla para que me diga dónde está.

—Jugando a las cartas en casa de una amiga —me responde invariablemente.

Y me pregunto si es una cuestión de ejercicio mental, este de las cartas, o una conducta obsesiva, o un vicio, o si tal vez mi madre y sus amigas se han enganchado al póker *online* y se han convertido en auténticas ludópatas, y debería llevarla al médico para que la cure de este trastorno tan peligroso. Pero luego recuerdo sus regalos caros, sus invitaciones a hoteles de lujo, su fortuna de origen incierto, y me digo que mi madre debe de ser una magnífica tahúr, que despluma siempre a sus contrincantes. De momento, hasta que la cosa no pase a mayores, no voy a comentarle nada, no sea que sospeche que la vigilo, y descubra mi secreto. Al fin y al cabo, a mí qué más me da lo que haga o deje de hacer mi madre. Lo único que pretendo es salvarle la vida, si llega el caso. No creo que nadie pueda echarme nada en cara, tratándose de un propósito tan noble.

14

Decidido. Me voy a cuidar de Margarita a París. Si hace falta, me tomo un par de días libres en el despacho, para poder atenderla en condiciones.

El desfile fue un éxito descomunal. Lo vimos las niñas y yo en directo gracias al *stream* de la chiquilla coreana de las piernas flacas, en la pantalla del ordenador de Gabriela, y nos pareció atisbar un trozo del tobillo de nuestra estrella entre bambalinas, pero solo fue un instante, porque enseguida nos lo tapó la oreja del caniche. Dimos cien veces para delante y para atrás. Detuvimos la imagen, y proferimos grandes aclamaciones ante la visión de ese tobillo tan familiar. Ella sostiene que es imposible, que jamás se acercó a la pasarela a menos de cinco metros, pero yo, que soy su madre, sé perfectamente lo que vi.

Pudimos hablar con ella pasada la medianoche. Sería efecto de la luz mortecina del Grand Palais después de la vorágine, pero juraría que estaba pálida como un moribundo, flaca como un perro callejero y que ahora, una vez agotado el efecto de la adrenalina, su ánimo se arrastraba por los suelos, igual que la fregona que ella misma manejaba con tanta habilidad.

La llamo nada más consultar el horario de vuelos. La despierto sin querer a las nueve en punto de la mañana. ¿Cómo voy a pensar que sigue dormida, la criatura, un viernes laborable?

Ya no me cabe duda: está enferma, moribunda, terminal.

—Nada de eso, es solo que anoche terminamos tardísimo de recoger y Flora nos ha dado el día libre.

—Hija, pues siento haberte despertado. Es que estoy muy preocupada por ti. Estás enferma, te das cuenta, ¿verdad? Y he pensado que me voy unos días a París contigo, a cuidarte, hasta que te pongas buena.

El cuadradito que es mi hija se vuelve del color del techo. Supongo que ha dejado caer el teléfono sobre la colcha, no tiene fuerzas ni para sostenerlo. Oigo que llena sus pulmones de aire y lo suelta poco a poco, como si estuviera de parto.

—Mamá, estoy perfectamente —me tranquiliza—. Solo necesito descansar un poco, después de todos estos días de tanto ajetreo.

—Exacto —digo—. Te hago muchísima falta. Hay un vuelo a las doce. Hago la maleta y voy para el aeropuerto.

Pero noto que algo no va bien. En su tono de voz, en su sonrisa forzada. Se queda un buen rato en silencio, como si estuviera resolviendo una ecuación matemática, y, al cabo de una eternidad, me rompe el corazón.

—Es que Flora me ha invitado a pasar el fin de semana en Cancale.

Muero en vida. Me quedo callada. Imagino que así debe sentirse la esposa de un hombre infiel, qué ilusa, imaginando viajes románticos mientras su marido hace planes de fin de semana con otra mujer. Me tiembla un poco la voz cuando por fin logro recuperarme del golpe.

—¿Adónde dices? —Es lo único que logro pronunciar, en bajito.

—A la costa, a Bretaña. Flora tiene una casa al borde del mar y a veces se escapa allí a descansar, a tomar el sol, a leer..., ya sabes —me explica con mucha paciencia—. Anoche, después del desfile, me felicitó por lo bien que había salido todo y me propuso que me fuera con ellos a la playa.

—¿Ellos?

—Sí, su hijo Alexandre también viene.

Ahora soy yo la que toma aire. Una buena bocanada. Me hago la fuerte, me alegro por ella. Le digo que disfrute del sol y del mar. Que recobre las fuerzas, que me llame de vez en cuando. Apago el

cuadradito, lo dejo caer dentro del bolso y me voy al despacho. Pichu me mira extrañada, como diciendo: «¿No te ibas a París?», pero espera a la hora de comer para preguntarme a qué se debe el cambio de planes. Respeta mis pasos cansinos, mis nuevas ojeras, mis aires de sonámbula, y me sigue con la mirada mientras entro en mi despacho a trompicones y me desplomo ante la pantalla del ordenador.

Margarita remolonea todavía unos minutos entre las sábanas. Su gata francesa va tomándose cada vez más libertades, y desde hace unos días duerme enroscada a los pies de su cama. Algunas mañanas le lame con su lengua áspera las yemas de los dedos, como avisándola de que ya ha amanecido, y cuando mi niña gruñe entre sueños, ella se marcha, despacito, silenciosa, por la ventana abierta, a recorrer los tejados de la rue du Temple.

Hace un día precioso, otoñal pero cálido. En la maleta, Margarita guarda su ropa preferida, y mientras lo hace, el corazón brinca y las rodillas tiemblan. Es emocionante la perspectiva de viajar con Flora y con Alexandre a uno de los pueblos más bonitos de Bretaña.

La recogen a las once en punto, como estaba previsto, en el descapotable rojo del muchacho, y acomodan su maleta detrás, en el único asiento libre. Flora le regala un pañuelo de seda y le aconseja que se tape bien las orejas, que ate bien el nudo, no vaya a salir volando el *foulard*. Alexandre conduce a gran velocidad por la autopista del norte. Con el viento y la música es imposible hacerse oír, así que Margarita cierra los ojos y respira. Toma aire, lo suelta, estira los brazos por encima de su cabeza, se siente libre, imagina que vuela sobre este coche y todos los que circulan por la carretera, que se aproxima al sol pero no se quema, que contempla la media circunferencia de la Tierra con la costa a un lado y la ciudad a otro, y esta flecha que es el coche de Alexandre atravesando los campos y los bosques en línea recta, por el centro mismo del arco.

Flora, con disimulo, levanta la vista hacia el retrovisor, ve la placidez con la que Margarita recibe la caricia del aire, el perfume de

la lavanda, la juventud bailando entre sus dedos, y sonríe.

—¿Qué te pasa? —me interroga Pichu después de un rato en silencio en el que me dedico a dar vueltas al tenedor, sin atrapar un solo espagueti.

—Nada —respondo—, que, desde hace veintitrés años, estoy viviendo la vida de mis hijas. Y ahora me toca vivir la mía. Y no tengo ni idea de cómo empezar.

No sé si me entiende. Parece que le ha dado un cortocircuito. Se le ha quedado cara de escocida, me mira como si estuviera masticando un trozo de limón.

—Yo que tú me cortaría el pelo —opina.

15

La casa de Flora es una de las más antiguas del pueblo. De cuatro alturas, paredes de piedra gris y tejado de pizarra, se une a las demás casas construidas en primera línea de playa formando una muralla de almenas descolocadas, una melé contra el mar. Bajo el tejado hay una inmensa buhardilla diáfana y blanca, desde donde se divisa, a lo lejos, la abadía del Mont Saint-Michel, con su aguja descomunal apuntando al cielo, y sus pies de roca a merced de las mareas. Hay un sofá frente al ventanal, un montón de libros y algunas mantas desperdigadas por los rincones. El que sube allí, valora el silencio tanto como la belleza de la bahía y el brillo del sol en el vaivén de las olas.

Margarita atiende a las explicaciones de Flora y la sigue por las habitaciones del tercer piso, con sus suelos de madera y sus camas con dosel de lino, sus ramos de flores frescas, sus ventanas que parecen lienzos y se asoman al puerto y al bullicio de la calle. En la primera planta hay una pequeña marisquería con toldos azules y bandejas desbordadas de ostras, tres mesitas altas, unos taburetes y una mujer simpática que lleva un delantal a juego con los toldos de su establecimiento, y que saluda desde abajo cuando Flora y Margarita se apoyan en la barandilla del balcón de su cuarto.

A mi niña le han asignado una de las habitaciones más bonitas de la casa. Los cajones de la cómoda están forrados con papeles pintados que huelen a lavanda y a los pies de su cama hay un pequeño sofá azul turquesa, frente al balcón.

En la planta principal, a la que se accede por una escalera que sube desde la tiendecita, están el salón y la cocina, y una mesa para diez comensales que, según Flora, enseguida se queda pequeña, porque aquí se recibe a los amigos a puñados, con los brazos abiertos, y nunca faltan las ostras y los mejillones, y el champán, naturalmente.

—Buenos días, Marcela —saluda Flora a la dueña de la marisquería desde el balcón—. ¿Se acuerda de que mañana...?

—Cuatro docenas —responde la dueña de la marisquería, guiñándole un ojo a su mejor clienta.

Alexandre las regaña porque no han deshecho todavía las maletas; está impaciente por salir a navegar. Pero Flora lo besa en la frente y le pide perdón por no acompañarlos esta vez.

—Ve tú con Margarita —le dice—, yo me quedo arriba leyendo, que estoy agotada.

Y mi niña se abriga con un chubasquero azul que le presta su jefa y un gorrito de lana, y baja con Alexandre, por la escalera de piedra, hasta la playa.

Huele profundamente a mar. Es el perfume de las ostras que se cultivan en la bahía desde tiempos inmemoriales. En el puerto se balancean los barcos pesqueros, y en los puestecitos que invaden todo el malecón se pueden adquirir las ostras a precio de ganga. Alexandre compra media docena, las abre con una navaja y se sienta con Margarita a comerlas en el rompeolas. Cuelgan sus cuatro piernas sobre las rocas.

Cada ostra es un trago largo de agua salada. Los moluscos se retuercen, aún vivos, al recibir el jugo de limón, y luego se deslizan por la garganta, acariciando las paredes del tobogán. Es un placer, opina Alexandre. Pero Margarita se atraganta y tose, siente que se asfixia, se imagina al bicho moviéndose en su interior. No quiere hacer el ridículo delante de este lobo de mar. Sin embargo, él nota su congestión y se ríe. Devora el resto de las ostras sin ofrecerle ninguna más, tira las conchas vacías al agua, se levanta de un brinco

y le tiende la mano para que lo acompañe hasta el pantalán donde está amarrado el velero.

No es grande. Son seis metros de madera de roble y caoba, un pequeño mástil, la vela mayor y el foque de color granate, los cabos azules, el timón como el de un galeón pirata.

—¿Está preparada, marinera? —le grita Alexandre desde la proa.

—A sus órdenes, patrón —responde Margarita.

Mis hijas navegan desde que nacieron. Antes de aprender a nadar, les ponía unos chalecos muy graciosos de color naranja, y las ataba a la línea de vida para que no se cayeran por la borda. Luego les enseñé a llevar el timón y a manejar las escotas. Ahora son ellas las que me aleccionan a mí, que nunca he sido capaz de avistar las balizas, ni de aprender el lenguaje de las luces y las bocinas. También nosotras surcamos las aguas de una bahía como la de Cancale, tranquilas, amables, viejas conocidas nuestras que nos reciben siempre con cariño. A veces, mi trozo de mar me parece una yegua blanca.

Margarita y Alexandre ponen rumbo al atardecer. A lo lejos, la marea inunda los arrecifes del islote entre brumas donde está la abadía del Mont Saint-Michel. Hacia allí navegan, a todo trapo. Luego ponen proa al viento, descansan de tanto ajetreo, y Alexandre saca unas mantas del camarote para abrigar con ellas a mi pequeña. Así contemplan los dos la puesta de sol, en silencio, con los gritos de las gaviotas como música de fondo.

¿Siente algo Margarita por el hijo de su jefa? Yo creo que sí. Una imperceptible corriente eléctrica que se extiende por todo su cuerpo, que se aloja en su cabeza y no la deja dormir. Eso siente.

Pero amanece el sábado y Alexandre no está. Flora la invita a pasear por el pueblo con ella, a tomar el sol en la playa, a visitar las tiendecitas de la plaza donde compran un mantel nuevo, unos jabones de olor y unas cestas para el pan. Almuerzan ensalada y pescado frito en una terraza muy pintoresca y se oye a lo lejos la música de un acordeón.

—A las siete vienen unos amigos de Alexandre a cenar —dice Flora—. ¿Me ayudas a poner la mesa?

Y el resto de la tarde lo pasan las dos escogiendo la vajilla y las servilletas, colocando las flores y las velas, y preparando una carne al horno con patatas asadas para tomar después de las ostras. Las inevitables ostras cancaleñas.

Margarita se prepara para la cena en su habitación con balcón. No puede evitar recordar el atardecer del día anterior, a bordo del velero, y se pregunta dónde se habrá metido Alexandre durante todo el día. Ha sido un poco desconsiderado por su parte haber desaparecido de este modo, sin ofrecerse a compartir sus planes con ella. Claro que ella es la invitada de Flora, no del chico, y su jefa la ha atendido como la anfitriona exquisita que es. Ninguna queja.

De todas formas, el pequeño pálpito que ha anidado en su cuerpo desde la tarde de ayer ahora late con más fuerza, anticipando el momento de volver a verle. Se maquilla con cuidado, escoge su mejor vestido y se calza los zapatos de tacón que metió en la maleta, a pesar de que Flora le advirtió que en Cancale no hay formalidades. Ella, que se ha puesto un caftán de color negro y se ha sujetado el pelo en un recogido bajo, se desliza por el suelo como si estuviera descalza.

A las siete en punto se abre la puerta y entra una avalancha de voces y risas que se desparrama por la casa llenándola de vida. Son Alexandre y sus amigos que vuelven de pescar. Vienen directamente del barco, con los pantalones aún remangados, el pelo revuelto y la piel cuarteada por el viento y el sol. Margarita desentona en la escena, parece la protagonista de otra película, con sus hombros al aire y su perfume de madreselva.

Alexandre la mira, asombrado.

—¡Qué elegante estás! —exclama.

A Margarita la colocan en la cabecera, frente a Flora. Le formulan mil preguntas sobre España y su familia. Les hace mucha gracia que forme parte de un ramillete de trillizas.

—¿Todas son tan guapas como tú? —bromea uno de los amigos de Alexandre, un chaval simpático con una sonrisa muy ancha.

—Yo soy la más fea —les asegura mi niña—. Mis hermanas parecen modelos de alta costura.

—Tú también lo pareces —replica él.

Es cierto que mi hija está preciosa a la luz de las velas. Con el mar a su espalda, la melena se le ha vuelto de color caoba como la de mi abuela. Decían que se parecía a Gilda, mi abuela, con su cintura de avispa y sus piernas largas, sus labios rojos y el pelo pajizo.

Charlan y ríen hasta muy tarde. Abren la ventana para escuchar la música que sube del restaurante. Es una guitarra española. Las chicas le piden a Margarita que les enseñe a bailar flamenco y ella se levanta y gira, gira sobre sus pies descalzos, alza los brazos, invita a Alexandre con la mirada, y él, como atraído magnéticamente hacia mi niña, la acompaña en el baile como un valiente. Pero enseguida se rompe la magia, la música cambia, ahora es una canción triste, sin alma.

El domingo nadie amanece antes de las dos de la tarde. Alexandre se muestra mohíno. Hace todo el viaje de vuelta en silencio, escuchando la radio y respondiendo a las preguntas de su madre con monosílabos. Al llegar al portal de Margarita, se ofrece a subirle la maleta hasta el ático, pero ella prefiere decirle adiós allí mismo, sobre la acera.

—¡Hasta mañana! —se oye a Flora desde el coche.

—Hasta mañana —repite Alexandre sin ser consciente, seguramente, de lo que dice.

La gata francesa no está en casa. Margarita se asoma al ventanuco del ático y alcanza a ver desaparecer el coche rojo al final de la rue du Temple.

16

Tengo una información sobre mis hijas que nunca he querido compartir con nadie. Las únicas que conocemos el secreto somos mi ginecóloga y yo, y después de tanto tiempo y con tantos embarazos y partos que ha atendido a lo largo de veintitrés años, supongo que a ella ya se le habrá olvidado, puesto que ni siquiera entonces le dio la menor importancia. Pero yo sí se la di.

Resulta que, en la concepción de las trillizas se fecundaron dos óvulos y, posteriormente, uno de ellos se dividió en dos, de manera que dos de mis hijas son gemelas y una no.

Esa una es Margarita.

Y no sé si será por autosugestión, pero siempre me ha parecido algo más independiente que sus hermanas, más despegada. Por eso, me sorprende que esta mañana me llame al despacho y me confiese que siente un peso insoportable en el pecho cuando piensa en ellas, que se desvela por la noche con augurios tenebrosos, que no puede pasar un solo día más sin verlas y que, si no me parece mal, el próximo viernes, después de trabajar, se viene a casa.

Las recuerdo a las tres en la cuna que compartieron hasta que cumplieron dos años, plácidamente amontonadas formando una bola de pies y manos, y yo sufriendo por si se aplastaban o se asfixiaban. Eran tanta su compenetración que a veces, dormidas, una chupaba el pulgar de otra, sin darse cuenta.

Se me esponja el corazón ante la perspectiva de volver a reunirnos las cuatro, como antes, como siempre. Brinco de alegría, y al llegar a casa anuncio la visita de Margarita a sus hermanas. Ya lo

sabían, por supuesto, y han invitado a un montón de amigos a cenar el viernes. Cocinará Valentina, sus famosas alitas de pollo picantes, su tortilla trufada, su empanada de zamburiñas y la tarta preferida de Margarita, la de queso con chocolate y avellanas.

Algo decepcionada, porque mis hijas hayan hecho sus planes sin tenerme en cuenta, me encierro en mi caparazón, como un ermitaño en presencia de un pelícano.

—Vale, pero el sábado cenamos las cuatro juntas —les ruego.

—Es que, justo el sábado, es el cumpleaños de Sol —responde Valentina con carita de pena—, pero, si quieres, podemos ir a comer a algún sitio divertido. No muy pronto, que nos habremos acostado tarde, ni muy tarde, que a las cinco tenemos hora en la peluquería.

Asiento. Me dan ganas de organizar el fin de semana por mi cuenta, lejos de Madrid y de Margarita, pero sé que no lo disfrutaría. Prefiero escuchar su respiración a través de la puerta, saber que está al otro lado abrazada a su almohada y esperar impaciente a que se despierte, servirle una taza de café, escuchar su voz y dejarla que me cuente la aventura en Cancale sin interrumpirla con mis tonterías.

Este deseo, al menos, se cumple. A eso de la una de la tarde del sábado, amanecen las trillizas como aquella mañana del fuerte, con ganas de acción, y suben el volumen de la música, se hacen selfis en pijama, saltan en los sofás.

Margarita les enseña una foto de Alexandre al timón del velero. Está guapísimo con los rizos rubios alborotados y una sonrisa muy pícara.

La foto que han publicado las tres en pijama consigue una montaña de *likes*, y enlaza con la nueva página web en la que Valentina vende sus tartas. Recibe dos pedidos nuevos para el domingo, así que le va a tocar levantarse temprano y trabajar. Como sigamos a este ritmo, vamos a tener que ampliar la cocina, comprar un horno nuevo, algunos utensilios de cocina y una nevera más grande.

—¿Sabéis que cierra la escuelita de cerámica? —comenta de repente Valentina, que, sin decir nada a nadie, lleva días dándole vueltas a una idea ilusionante—. Han puesto un cartel de «se alquila» en la puerta.

Abro los ojos como platos.

—¿Y si instalamos ahí el obrador? —propone—. No creo que la inversión sea muy grande: horno, nevera y poco más...

—Podríamos hacer un *crowdfunding* —se ilusiona Gabriela.

Antes de emprender el camino hacia el restaurante que ha elegido Margarita, una pequeña *trattoria* familiar que descubrimos un día al volver del cine, nos dirigimos a la callecita sombría donde, efectivamente, encontramos el cartel de cartón colgado en la puerta de la escuela de cerámica. Hay un número de teléfono escrito a mano y un nombre: Marisa. Allí mismo, las cuatro arremolinadas alrededor de mi móvil, conectamos con la dueña del local. Resulta que vive en el mismo edificio, en el cuarto derecha y, cuando le explicamos que estamos en el portal, dice que baja con la llave.

Ya la conocíamos, la saludamos el día de la exposición de tartas y acuarelas. Le contamos nuestros planes con pelos y señales, aunque nos da la sensación de que le da lo mismo lo que hagamos en su propiedad, siempre que le paguemos la cifra que pide por el alquiler. Con un apretón de manos y una transferencia *online* desde la aplicación de mi banco, nos convertimos en las nuevas inquilinas del pequeño local, que muy pronto transformaremos en obrador y llenaremos de deliciosos manjares. Como conclusión del negocio, Marisa nos entrega las llaves, que penden de un angelito de madera, y nos anima a que entremos. Dice que se alegra con el cambio, que estaba harta de los *hippies* del barro, que tenían la sala hecha una pena y pagaban tarde y mal.

Nos deja solas, es discreta, vuelve al puchero que ha abandonado en el fuego, y nosotras invadimos el territorio, acariciando los pocos muebles manchados de arcilla, descorriendo las feas cortinas de color indescriptible, abriendo y cerrando el grifo sobre la pila de piedra y bailando, como cuatro brujas alrededor de

la hoguera, dando vueltas y vueltas por los cincuenta metros cuadrados que acabamos de conquistar.

A Margarita le ilusiona el proyecto tanto como a sus hermanas. Les pide que la dejen ayudarlas a decorar el sitio, aunque sea desde París, dictándoles instrucciones a distancia sobre cómo combinar las telas, y cómo restaurar la estantería, el poyete de la ventana y la mesa, con pintura a la tiza. Las otras acceden, cariñosas, porque quieren que el negocio pertenezca a todas por igual, y le ruegan, además, que sea ella quién se ocupe de las finanzas, porque es la única de las tres con una remota idea de contabilidad.

—Mami —me pide Valentina, como cayendo en la cuenta de que no somos tres, sino cuatro, las implicadas en el proyecto—. ¿Tú podrías resolver las cuestiones legales? A lo mejor tenemos que registrar la empresa, y pagar impuestos y esas cosas, ¿no?

—Y darnos de alta como autónomas —añade Gabriela.

De repente se les aloja una piedra entre los pulmones. Se sientan en el banco manchado de gotas de pintura y se vuelven niñas desamparadas. «Esto, pequeñas, es la vida real —les digo—. Es hacerse mayor, es arriesgarse, es arruinarse tal vez y fracasar, y levantarse otra vez y emprender de nuevo».

—Yo os ayudaré a empezar —les prometo—, pero después la responsabilidad será vuestra, y tendréis que tomar vuestras propias decisiones.

Soy una mentirosa, lo sé. No pienso dejar que se equivoquen, ni que fracasen, si puedo evitarlo. Estaré pendiente de ellas, de día y de noche. Sus preocupaciones serán las mías y sus retos, los de todas. Pero las engaño, haciéndoles creer que caminarán por una cuerda floja sin red protectora. Al fin y al cabo, solo tienen veintitrés años y esta aventura es casi un juego, un aprendizaje, la primera ocasión en que se enfrentarán a la vida adulta. Yo también sueño. Las imagino, en unos años, recordando con nostalgia cómo dio comienzo su gran aventura, en un pequeño local de una callecita estrecha, sombría, con la ayuda de su madre, que les pagaba el alquiler y les hacía creer que el sueño era posible, que el éxito

estaba al alcance de la mano, aunque tuviera sus dudas, sus miedos, su propia piedra alojada entre los pulmones.

—Vámonos a comer, niñas, que se hace tarde —les ruego—. Tenemos que brindar por el futuro.

—¿Y si sale mal? —se angustia Valentina.

—Nada puede salir mal —la tranquilizo—. Si nadie quiere tus tartas, nos las comemos nosotras, y en paz. ¡Éxito asegurado!

17

Ahí viene la asquerosa, nada más colgar el teléfono, como si adivinara que la que ha llamado era mi madre, para contarme que se marcha a pasar una semana a casa de mi hermano mayor, Alfonso, y de mi cuñada Sagrario, a Marbella, adonde se retiraron hace un par de años, después de jubilarse, una vez comprendieron que sus hijos no volverían a España, sino que se instalarían definitivamente en los Estados Unidos de América.

—Esto os pasa por mandar a los niños a estudiar al extranjero —les recriminó mi madre, como si no hubiera hecho ella lo mismo, y como si, en lugar de una bendición, fuera una desgracia el hecho de tener dos nietos viviendo como reyes en el país de los sueños cumplidos.

La realidad es que Alfonso y Sagrario no han visto a su primera nieta más que una vez en su vida. Mi madre conoce a su bisnieta a través de la pantalla de su *tablet*. Sus hijos les han prometido venir a pasar unos días este año a Marbella, a ver si la niña aprende, al menos, a decir cuatro palabras en español.

—¡Tu hermano es tan cariñoso! —suspira mi madre, que no sabe nada de él desde hace semanas.

—¿Te ha invitado él? —le pregunto, con retintín. A veces me caigo mal, pero no puedo evitarlo.

—A ver —se explica mi madre—, Alfonso siempre me dice que la puerta de su casa está permanentemente abierta para mí. Que puedo ir a visitarlo cuando quiera.

—O sea —insisto—, que le has llamado tú.

«No sigas por ese camino —me digo—. ¿Para qué la crueldad?».

Pero ella, mi garrapata, desde el fondo de su agujero oscuro y secreto, debe de tener acceso a mis conversaciones telefónicas. Ha esperado, frotándose las ocho patas, hasta que he colgado, y en ese instante se ha enganchado a mi carótida y ha empezado a succionar.

—Sé lo que estás pensando —me advierte, entre trago y trago.

—Es que me parece muy injusto, garrapata, esa predilección de mi madre por Alfonso.

—Y por Nacho —parpadea.

Mi hermano Ignacio le envió un jersey por su ochenta cumpleaños. Ella me invitó a comer para que desenvolviéramos el paquete juntas. Cuando lo vio, lo apretó contra su pecho con ternura, lo contempló durante un buen rato. Era espantoso.

—Es espantoso —dijo con una vocecita muy dulce—. Hay que ver qué mal gusto tiene tu hermano para estas cosas. Pero qué cariñoso, ¿verdad? Acordarse de mi cumpleaños, mandarme un regalo desde tan lejos, con todo el trabajo que tiene. Es un sol mi Nachete.

Es verdad que mi hermano trabaja muchísimo. Es mentira que esté tan lejos. A Santander, donde se ubican los laboratorios a los que dedica la mayor parte de su tiempo, se llega en muy pocas horas. Vive a quince kilómetros del centro, en una casa preciosa, de madera y cristal; un diseño exquisito. Le gusta la música clásica, la conservación de la naturaleza y la soledad acompañada. Sus tres hijos tienen vidas independientes, lo visitan de vez en cuando y a él le causa la misma alegría abrirles la puerta cuando llegan que cerrársela cuando se van. No se lo ha confesado a nadie, pero, en realidad, no soporta a los niños. Tiene dos nietos que, afortunadamente, están apuntados a demasiadas actividades extraescolares como para poder dedicarle a su abuelo más de media hora a la semana: la merienda de los jueves, en el club hípico, después de clase.

—Un maldito jersey, garrapata. Y lo abrazaba como si fuera un tesoro. Yo había pasado horas escogiendo el bolso, y los zapatos, y

esa camisa de seda, tan preciosa, porque ochenta son muchos años, un número redondo, una hazaña.

—Ya —responde ella golosa—, igual que hiciste tú con el pañuelito de seda que te trajo Margarita de París. ¡Dormiste varios días con él apretado en el puño! Y bien que presumías delante de tus amigas, que te lo ponías cada vez que salíais a cenar. Me consta —se ha vuelto muy culta esta arácnida—... Me consta que a Gabriela y Valentina les daba un poco de rabia. Ellas cuidan de ti todos los días, te calientan la cena, te consuelan de tus congojas, te hacen pequeños regalos que tú no valoras.

—¡No es cierto! —protesto—. La acuarela de Gabriela la tengo colgada en la pared de mi dormitorio.

—Sí, junto a la lámina esa de Hopper.

—Y el mantelillo bordado que me regaló Valentina, el que compró en la tienda *british* a la que solía llevarla de niña a merendar *scones* con mantequilla, lo uso muchísimo.

—Tienes razón —se ríe la garrapata—. Lo usas muchísimo.

Me hace recapacitar, la sinvergüenza. Mientras ella se columpia en su hilo de tela de araña, yo profundizo en mis cavilaciones. Pienso que a un hijo se le quiere más cuanto más lejos lo sientes. El cordón es más largo, está más tenso y a veces tiembla. La distancia es cercanía, cuando se trata de alguien a quien amamos tanto.

Por una vez, esta bola de pelusa me ha cambiado la perspectiva. Ella no se ha dado cuenta, claro. Ahí está, canturreando eso de los elefantes que se balanceaban. Lleva más de media hora dándome la murga. Ya vamos por cuarenta y ocho elefantes.

Y no sabe que, en su crueldad, me ha obligado a recordar la infancia feliz que pasé junto a esos dos adorables adolescentes, Ignacio y Alfonso, a los que recuerdo ya con bigotillo incipiente y pelos en las piernas, que unas veces me hacían cosquillas, y otras me llevaban en hombros, y otras se quedaban despiertos hasta que me dormía yo, para espantarme las pesadillas.

Se parecían tanto... Eran tan altos, tan fuertes, tan divertidos. Lloré muchísimo cuando se fueron a estudiar a Inglaterra.

—¿Te acuerdas del pequeño Paddington que me trajo Nacho, metido en una cajita roja, con su gabardina, y su sombrerito, y sus botas de agua, y ese cartel que decía, por favor, cuide de este oso?

—¿Te refieres al que tienes expuesto en la mesita de noche?

—Ese.

—Ni que fuera un Rodin. —Paddington ha presidido todas mis mesitas de noche—. ¿El que no permites que toque nadie? ¿El que protegías de tus hijas, como si en lugar de ser de peluche fuera de cristal?

—Alfon, en cambio, traía chocolates —continúo en voz alta, sin hacerle caso a la parásita—. Pegajosos, crujientes, de esos que no existían en España.

—Pero tú los metías en un cajón y no te los comías.

—Porque prefería contemplarlos con embeleso. Los contaba, los manoseaba, todas las noches, antes de irme a dormir.

Algo sucede dentro de mi pecho, que espanta al bicho asqueroso. Será el calor que me invade, o una emoción que ella desconoce y teme. La cosa es que se marcha de puntillas, y al rato ya no la veo, ni la siento. Se ha replegado a su cuartel de invierno, con miedo a que la sitie. Sospecho que se esconde en el fondo del armario. Que se mimetiza con las motas de polvo, que se nutre de naftalina, mientras espera la oportunidad de atacarme de nuevo, en cuanto yo baje la guardia, me quede sola y empiece a pensar en esa repetición histórica de los niños abandonando el nido, enviando regalos mal envueltos que acaban convirtiéndose en objetos de culto.

A mi madre, el jersey que le mandó Nacho le queda pequeño. Pero ella lo saca de vez en cuando del cajón, lo perfuma y lo acaricia. Igual que hago yo con el pañuelillo de Margarita.

18

Desde que Margarita ha vuelto a París, la casa se me hace inmensa.

La despedida fue de aplauso, como siempre, las trillizas abrazadas, y yo aguantando las lágrimas, de nuevo, delante de la barrera de los equipajes. Parecemos una compañía de teatro itinerante. Deberíamos cobrar la entrada, porque todo el aeropuerto nos conoce ya, las cuatro plañideras que se despiden una y otra vez, como si no fueran a verse nunca más. La Niña de la Curva, la Llorona, la Santa Compaña. Somos visiones que se repiten cada dos o tres semanas en esta misma terminal.

No me acostumbro. Llamo a Margarita casi a diario, y ella me habla de la gata, de la lluvia, de los geranios, del frío que se ha instalado ya en la ciudad que tan buena fama tiene, y tan mal tiempo padece. Han bajado las temperaturas hasta niveles polares. Hay niebla y ventisca. La humedad sube desde el Sena, dibujando espirales, hasta los tejados, la luz se oculta entre las nubes y, al respirar, se enfrían los pulmones y las gargantas. París es la ciudad en la que más frío han pasado los artistas y los escritores, que trabajaban ateridos, con las puntas de los dedos congeladas, y bajaban a calentarse al café, a emborracharse al bar, a inspirarse y aturdirse con el humo de los cigarros. Todo lo veían borroso los impresionistas, como si tuvieran la vista cansada y necesitaran alejarse del lienzo para entender el paisaje. Igual que yo, que cada vez necesito más distancia con el papel, o con los rostros de mis hijas, para poder leerlos nítidamente.

La casa se ha vaciado de un día para otro. La habitación que no usamos vuelve a estar cerrada y llena de trastos. Otra vez hay solo tres platos sobre la mesa, y la ausencia de Margarita nos pesa a todas. Pero, además, desde que alquilamos el local, Valentina y Gabriela pasan más tiempo allí que aquí. Vuelven agotadas del obrador, tarde para la cena, y me encuentran medio dormida delante de la televisión, con un libro abierto por una página cualquiera y las gafas de ver tiradas por el suelo. Me dan un beso en la frente, se sientan a los pies del sofá y me cuentan las aventuras del día, como hacía yo cuando ellas eran pequeñas y les leía cuentos para que pudieran conciliar el sueño.

Estoy muy orgullosa de sus logros. Prometieron entregar una tarta a todo aquel que les pagara por adelantado, y con el dinero que recaudaron pudieron comprar el horno, la nevera y lo imprescindible para empezar a funcionar.

Las visito todas las tardes al salir del despacho. Han transformado el taller de cerámica en un lugar de paz, con sus acuarelas exhibiéndose en las paredes, su olor a bollos recién hechos y sus tazas de té para los clientes.

Algunos vienen a recoger sus pedidos y se quedan un rato charlando con mis hijas, sentados a la mesa donde antes se moldeaban vasijas y jarrones, y ahora se toma té con pastas, mientras se terminan de preparar las tartas. Son tan deliciosas esas pastas que la gente también las quiere comprar, y ellas las empaquetan en unas cajitas de cartón, que colocan por todas partes. Muchos se interesan por la artista que expone su obra en el local, y cuando descubren que es una de las propietarias del negocio, felicitan a Gabriela y le auguran un futuro prometedor. Ella, a cambio, pinta en las servilletas sencillos dibujos que regala a los más pequeños, y les enseña a mezclar los colores y a mojar la punta de los pinceles en el agua del té.

No me quedo mucho rato en la Tartería, siento algo de pudor por ser la madre. Me parece que debo ser discreta, asomarme,

preguntar cómo va el día y si necesitan alguna cosa, respirar el aire dulce del obrador y marcharme a casa, a esperar a que vengan.

Sin su alboroto y su desorden, las tardes se me hacen largas, oscuras y húmedas. Anochece a las seis, enciendo las luces, las vuelvo a apagar, intento leer y no me concentro, llamo a Margarita, ubico a mi madre en la pantalla del móvil y me quedo mucho rato mirando cómo se mueve su puntito gris por las calles de Madrid.

A veces la llamo, cuando creo que está sola, y ella me anima a salir de casa, a dar un paseo, a mirar escaparates. Pero hace frío y llueve, y es de noche, y ya han instalado las lucecitas de Navidad, aunque todavía no las iluminan, y eso me da una pena horrible.

Mi madre no es una mujer de costumbres. Desde que la vigilo en secreto, he descubierto que sus movimientos son impredecibles. Va de casa en casa, de tienda en tienda. Entra en todas las cafeterías de la ciudad, visita todas las exposiciones, los cines, los teatros. Solo de seguir su pista me agoto.

De vez en cuando recibo una llamada angustiada de Romi, porque hace horas que no sabe nada de ella, porque no le responde al teléfono, porque no sabe si tiene que preparar la cena o no. Y lo único que tengo que hacer es conectarme a la aplicación de búsqueda y tranquilizarla: «Está en un restaurante que conozco, uno muy acogedor a un par de calles de aquí. No te preocupes, Romi, vete a casa, mujer».

Hoy suena el móvil cuando estoy viendo una serie de detectives que resuelven crímenes en una isla caribeña.

—Tu madre no ha vuelto —es Romi—, y son las doce de la noche.

—¿Qué haces todavía en su casa? —la regaño—. Es viernes, ya sabes cómo es mi madre.

—Es que falta ropa del armario, y una maleta. Y estos últimos días la he notado muy distraída, muy confusa. Tiene la mirada perdida, no me cuenta nada, lo desordena todo, no come, no...

—Bueno, Romi, no te agobies, espera que ya la llamo yo.

No la llamo. Busco su circulito en mi fabulosa aplicación. Alucino. Mi madre está en Tenerife.

Trato de hacer memoria. Tal vez me avisó de que se marcharía de viaje con alguna amiga, a tomar un poco el sol y sacudirse el frío. Pero no. Lo hubiera apuntado en mi agenda, la habría telefoneado para despedirme, ofrecerme para llevarla al aeropuerto, ayudarla con la maleta. Estoy casi segura de que no me ha dicho nada. O eso, o la que está perdiendo la memoria soy yo.

Tecleo su número en mi terminal y espero. Después de un buen rato responde con la voz algo agitada.

—Son más de las doce de la noche, cielo. ¿Ha pasado algo?

No puedo confesarle que sé dónde está. Descubriría mi truco para tenerla localizada, así que invento una coartada, ahora que sé que está bien. En Tenerife, pero bien.

—No, nada —le digo, haciéndome la tonta—. Solo quería invitarte a comer mañana, con las niñas. Hace muchísimo que no vienes a verlas.

No es cierto. Mi madre ha estado muy pendiente de Gabriela y Valentina, y les ha comprado veinte tartas por adelantado para ayudarlas con el *crowdfunding*. Podría haberse gastado el mismo dinero en un lavavajillas para el obrador, pero ha preferido respetar las reglas del juego, así que recibirá una tarta por semana durante los próximos seis meses. También vino el domingo pasado a pellizcar el moflete de Margarita y le metió un sobre con dinero en el bolso, sin que ella se diera cuenta.

—Este fin de semana no voy a poder ir —se excusa, y espero, conteniendo la respiración, a que me dé una explicación razonable sobre este repentino viaje a las islas Canarias—. No estoy en Madrid.

—¿Ah, no? ¿Dónde estás?

—En casa de Marichu, en Trujillo.

Qué mentira. Estoy viendo en el teléfono que está en un hotel de cinco estrellas, en el municipio de Adeje, al sur de Tenerife. El hotel al que me dirige la aplicación tiene cuatro piscinas, cinco restaurantes, pistas de tenis y playa privada.

—Bueno —carraspeo—, pero estás bien, ¿verdad?

—Mejor que nunca —responde.

—¿Cuándo vuelves?

—El domingo, pero tarde. Ya te veo el lunes. ¿Quieres que vayamos juntas a visitar a las niñas a la Tartería?

Me late el corazón más deprisa de lo normal. Compruebo de nuevo la aplicación y veo su icono pasear por los alrededores de las piscinas, salir del recinto del hotel y detenerse en un punto que resulta ser un bar de copas. Permanece más de una hora allí y después regresa al punto de partida. A la una y media, con los ojos escocidos, apago el móvil y me voy a la cama.

Me paso el fin de semana siguiendo a mi madre por todos los rincones de ese hotel, esa playa, ese paseo marítimo, esa terraza donde se fuma en cachimba, ese local de juego, ese karaoke y esa sala de fiestas en la que un puñado de suecos trasnochados imita al grupo Abba. Ni mi madre ni yo nos acostamos antes de las dos de la madrugada. Por fin, el domingo, a las ocho de la tarde, la localizo en el aeropuerto, gracias a mi artefacto espía, y espero pacientemente a que su avión aterrice en Barajas. Cuando veo que acaba de llegar a su casa, la vuelvo a llamar.

—¡Hija, qué horas tienes! Acabo de entrar por la puerta.

—¿Qué tal en Trujillo?

—Estupendamente.

—¿Y Marichu?

—De maravilla.

—Descansa, mamá. Te quiero.

—¿Estás bien? Es que te noto rara —me dice—, como si tuvieras algo que contarme y no te atrevieras. ¿Ha pasado algo?

Es increíble. Mi madre es capaz de darle la vuelta a la tortilla, hacerme creer que la que esconde un misterioso secreto soy yo. Yo, la que ha pasado el fin de semana a miles de kilómetros de casa tomando el sol en la playa, y no ella, con más de ochenta años y un misterio oculto en el doble fondo de su maleta. Si en lugar de Tenerife hubiera viajado a Marruecos, me estaría preguntando si mi

madre trafica con marihuana, y esa sería la explicación más fácil para sus mentiras y su sospechosa fortuna.

19

Todavía es noche cerrada cuando suena el despertador. No cantan los pájaros como en primavera, ni entra un chorro de luz por la ventana abierta. Duermo en una especie de madriguera que pretende ser acogedora y resulta más bien claustrofóbica, debajo de un edredón y varias mantas, con las persianas echadas y las cortinas cerradas —el telón de mi particular teatro de terciopelo rojo—, y cuando enciendo la lámpara de la mesita de noche me entran ganas de llorar sin ningún motivo en particular, o todos los del mundo. Desearía, como dice la canción, amanecer entre sus brazos. Sentir el calor profundo de su amor, en esta cama tan ancha que hace unos años se llenaba del alboroto de mis niñas, las tres a la vez, contagiadas de catarros, pesadillas o dolores de tripa imaginarios. Ahora ya no vienen a meterse debajo de mis sábanas con la excusa de que llueve, o nieva, o hace sol, a enredar sus seis piernecillas como trenzas, a llenarme la cara de besos, a esconderse entre las almohadas e imaginar que somos cuatro osos cavernarios que hibernamos en una gruta oscura, recóndita y secreta.

Ya no. Mis hijas despiertan al otro lado de la pared, cada una en su cama, sin los miedos de antes, pero con otros nuevos, adultos, y opresivos, que a veces las paralizan igual que a mí, como si las mantas pesaran una tonelada y las aplastaran contra el colchón.

Tenemos que vencer ese susto, el primero del día, que nos arranca de la paz del sueño y nos enfrenta a la mañana, que procede de nuestra historia primitiva, la de las mujeres neandertales que pasaban la noche en duermevela por si entraba un depredador

a devorarlas o se les apagaba el fuego. Creo que todas hemos heredado este instinto de supervivencia ancestral, molesto, pero natural. A ninguna nos gusta madrugar y nos alteran el silbido del afilador y el grito de los vencejos. Somos de las que se dan la vuelta, se tapan los oídos con las manos y se niegan a abrir los ojos, hasta que una fuerza sobrehumana, inexplicable, decide por nosotras, que es hora de levantarse, que se ha pasado el invierno, que a los oseznos ya no les basta con ser amamantados y necesitan alimentarse con las primeras hebras de pasto, aprender a cazar, revolcarse en el barro, vadear las corrientes de los ríos, sobrevivir.

Entonces logramos lo imposible: abandonar por fin la cueva, salir al pasillo dando tumbos, llegar hasta la cocina y poner el agua a hervir.

Noto a Valentina muy cansada esta mañana. Se ha servido un café con leche y lleva un buen rato mirando fijamente a la taza, sin decidirse a bebérselo. No me atrevo a preguntarle qué se cuece en su cabeza, porque la conozco y sé que es mejor esperar en silencio a que su organismo se ponga en marcha por sí mismo. Gabriela ha salido temprano, sin desayunar, porque se ha apuntado a un gimnasio donde dan clases de algo llamado barré, así que somos solo Valentina y yo contra el mundo.

Por fin, después de un suspiro, se lleva la taza a los labios y sorbe un poquito.

—Estás agotada —digo.

Es que no me puedo callar.

—Un poco sí —reconoce.

Y es ahí cuando se me ocurre una idea fantástica.

—¿Qué te parece si el próximo sábado, por la mañana, te quedas durmiendo y vamos Pichu y yo a la Tartería?

Valentina sonríe. La perspectiva de disfrutar de doce o trece horas de sueño se le deshace en la boca como un terrón de azúcar. Organiza, al vuelo, una nueva agenda de trabajo en la que pasa la tarde del viernes horneando a destajo para dejar listos los pedidos del sábado. Me ofrezco a echarle también una mano con eso, pero

ella rechaza amablemente mi propuesta y me asegura que puede sacar la tarea adelante sin ayuda.

Así que me preparo para un sábado de cara al público, y paso la tarde del viernes relajada en casa, embadurnándome el cuerpo de cremas y pensando cómo debería peinarse y vestirse la encargada de una Tartería que ha leído demasiados libros de Beatrix Potter.

Como todavía estoy intrigada por el misterioso comportamiento de mi madre, antes de apagar la luz, compruebo que está en Madrid, en su casa, como una niña buena, pero no la llamo para que no me pregunte si voy a salir esta noche, si tengo algún plan divertido o voy a meterme en la cama a las diez, que es, precisamente lo que estoy a punto de hacer. Dejo el teléfono en la mesita de noche y en ese momento, sin que yo lo vea, su punto gris empieza a moverse por el entramado de calles y símbolos que continúa abierto en mi pantalla. Mi madre sale de su casa pasadas las diez y media, se sube en un taxi, recorre una corta distancia hasta un elegante restaurante ubicado en el Retiro, y entonces se le termina la batería, de modo que, a la mañana siguiente, cuando retomo la vigilancia, mi aplicación me dice que la última vez que la captó fue a las doce de la noche en el parque. Me da un vuelco el corazón. Llamo a Romi. Me dice que no tiene ni idea de lo que hace o deja de hacer mi madre. Está ofendida, lo noto en su voz.

—Te digo que está rarísima —insiste—. Pero tú no haces nada. Un día nos vamos a llevar un disgusto, ya lo verás.

No puedo contarle que vigilo a mi madre a todas horas con un artefacto futurista, es mi secreto inconfesable. Pero le pido que vaya a casa, por favor, a comprobar que está plácidamente dormida en su cama. No coge el teléfono fijo, nunca lo hace antes de las diez de la mañana. Si no está en casa, tendré que salir a buscarla, recorrer angustiada el inabarcable parque del Retiro, despertar a las niñas, abandonar las tartas en la nevera de la Tartería, llamar a sus amigas, a mis hermanos, a la policía, a los hospitales, a la sociedad protectora de abuelas desorientadas.

Pasan los veinte minutos más aterradores de mi vida, hasta que suena el teléfono y es Romi.

—Aquí está —me tranquiliza—. Profundamente dormida, como si se hubiera tomado un somnífero o algo. No veas cómo ronca.

—Gracias a Dios —suspiro.

—De todas formas —vuelve a insistir—, tu madre se comporta de una manera muy extraña. Deberías llevarla al médico o algo. Lo desordena todo, se olvida de las cosas, no sabe dónde va, de dónde viene...

—Vale, Romi —la interrumpo—, hablaré con ella. Te lo prometo.

Pero no esta mañana. Ya se hace tarde y todavía no me he interpretado correctamente como la perfecta encargada de una tienda de tartas. Me falta recogerme el pelo en un moño bajo, dejando algunos mechones sueltos, rescatar los pendientes antiguos, los que no me pongo hace años, del fondo del joyero, y limpiar con un pañito muy suave las gafas de leer, por si tengo que anotar algún pedido en el cuaderno donde Valentina lo apunta todo con su letra redondita y diminuta.

20

Me gusta la sensación de paz que se respira en el obrador a primera hora de este soleado sábado de invierno. Estoy sola, pasando un paño limpio por encima de la superficie impoluta del mostrador, con el ventanal de frente, la mesa recogida, las flores frescas y un suave olor a bollos que procede del horno, donde acabo de meter unos brioches que me ha dejado preparados Valentina para que desayunen sus clientes. He llenado unas jarras de café y leche, las tazas están amontonadas en un rincón de la mesa, las servilletas dobladas y el mantel recién planchado.

Con mi anticuado delantal sobre la camisa blanca y la falda de vuelo, parezco Mary Poppins. Pienso qué diferente habría sido mi vida si en lugar de dedicarme al derecho fiscal, hubiera abierto mi propia librería, floristería o heladería. Tal vez, la garrapata me habría visitado mucho menos, la neandertal con la que convivo habría dormido a pierna suelta y ahora, en vez de estas primeras canas y estas arrugas incipientes, disfrutaría de una piel tersa y una melena impecable.

Se lo comento a Pichu en cuanto entra por la puerta, se abrocha el delantal y nos ponemos a jugar a las tiendas como dos niñas pequeñas.

—Te habrías aburrido como una ostra —opina.

—¿A ti te parece divertido lo que hacemos en el despacho? —contraataco.

—Más emocionante que esto, sí —responde.

Y en ese momento, como si hubiéramos invocado al mismísimo diablo, se abre la puerta del local e irrumpe un hombre sucio, desgarbado, apestoso y bastante borracho, que nos da los buenos días y nos pide dinero para comer. Comprueba que no hay ningún cliente a la vista, se rasca el cogote y nos piropea. Dice que somos las dos mujeres más bellas que ha visto en su vida, que hoy es su día de suerte.

Y nosotras nos ponemos nerviosas como dos corzas sorprendidas por un cazador y buscamos con la mirada el rincón de los cuchillos, la balda de las sartenes y el cajón de los rodillos.

El hombre avanza lentamente hacia el mostrador, con una sonrisa aviesa en su cara mal afeitada. Se frota las manos contra la pernera del pantalón, dice que tiene la boca reseca, que, si le damos, por favor, un vaso de agua.

Entonces se abre la puerta, con gran estrépito, y entra un padre con dos hijos adolescentes. El balón de gas se desinfla, los músculos se relajan. El borracho se gira sobre sus talones, cruza dando tumbos el local y sale a la calle dando un portazo.

—¿Están ustedes bien? —pregunta nuestro salvador.

—Ahora sí —le respondo—. Pero lo hemos pasado mal, ¿verdad, Pichu?

Pichu está apoyada en la pared, temblando.

Cuando le entregamos su tarta de cumpleaños y se marcha con sus hijos, cerramos la puerta del obrador con llave. El primer café del día es para nosotras, que sentimos un frío aterrador en los huesos.

—Menos mal que te gustan las emociones fuertes, guapa.

—¡Qué horror, qué horror! —murmura Pichu, todavía en estado de pánico.

Comprobamos en carne propia el peligro al que se exponen mis niñas cada día, tan indefensas, en esta sombría callejuela por la que casi no pasan coches, ni vecinos. Mientras bebemos el café a sorbitos, me entran ganas de llorar, pero me hago la fuerte y

contengo las lágrimas, para que Pichu no crea que soy tan cobarde como ella. En lugar de derrumbarme, consigo pensar con lucidez.

—Aquí hace falta un vigilante de seguridad —afirmo.

—Sí, claro, o dos —replica Pichu—. Mucho tendrían que ganar tus niñas para pagarle el sueldo. Ni que esto fuera una joyería.

—Pues una alarma conectada con la policía, o una puerta blindada o algo —insisto.

Suena un móvil. Es el de ella. Es su hijo Rodrigo que le pregunta qué tal el día, si hemos vendido ya muchas tartas, y al notar su voz temblorosa se da cuenta de que algo no va bien. En diez minutos se presenta en la Tartería, tan guapo, tan fuerte, tan valiente, el novio ideal para cualquiera de mis tres pánfilas, que se creen que van a encontrar a alguien mejor que él en este campo de minas, en este patatal, en este berenjenal. A veces soy partidaria de los matrimonios concertados. Otras veces, en cambio, me levanto en armas contra las tradiciones injustas que obligan a las mujeres a ser quienes no quieren ser. Afortunadamente, esto último es la regla y lo otro, la excepción. Soy bastante feminista, creo.

Rodrigo abraza a su madre y me incluye a mí en el abrazo. A él también le preocupa la seguridad de Gabriela y Valentina, en esta trampa para ratones.

—Si os quedáis más tranquilas, puedo venir a estudiar aquí —propone. Está preparando oposiciones. Es un partidazo, repito.

Noto que a su madre no le hace mucha gracia la idea, pero, por otro lado, ella también siente que mis hijas son parte de su familia y, después de lo que acabamos de vivir, está tan preocupada por ellas como yo.

Así que, un par de horas después, cuando aparece Valentina brincando como Caperucita Roja y entra en la Tartería canturreando, Pichu y yo nos quitamos la palabra, nos atropellamos, nos interrumpimos, y la niña no entiende nada de nada, de lo que intentamos explicarle.

—¡Aquí corréis un peligro de muerte! —grito para hacerme oír por encima de la voz de Pichu.

Valentina abre los ojos como platos.

—¡De muerte!

Nos servimos otro café. Hemos perdido la cuenta del número de veces que hemos rellenado las tazas, y después de un buen rato, logramos contarle a Valentina que, a partir del lunes, Rodrigo vendrá a estudiar a la Tartería.

—En esa mesita de ahí —señala Pichu—, con la silla y la lámpara que teníais guardadas en el almacén y este florero tan bonito que ha colocado tu madre en la esquina.

Y como no hay nada que discutir, el siguiente lunes Rodrigo se despide de la opresiva soledad de su cuarto de estudiante y se instala en el luminoso rincón de la Tartería, donde mis niñas, cariñosamente, le surtirán de café y bollos, y trozos de tarta, y él, a cambio, protegerá sus vidas.

21

Hay una gran conmoción en casa esta mañana. Margarita ha llamado a sus hermanas para contarles que acaba de recibir un mensaje de Alexandre: «Hola, Margarita. ¿Te apetece cenar conmigo esta noche?».

Escueto y al grano, sin rodeos. Este francés sabe lo que quiere.

Las niñas están saltando en los sofás, con los pijamas puestos y trenzas en el pelo. Parece que tengan doce años, en lugar de veintitrés. Gritan y besuquean el aire, se burlan de su hermana que no sabe cómo responder, qué ponerse y, sobre todo, qué se cuece en la cabeza del hijo de Flora, que unas veces da un paso adelante y otras, dos atrás.

A través del ventanuco de su buhardilla, Margarita ve caer los primeros copos de nieve del invierno parisino. Los tejados se cubren de blanco, las bombillas permanecen encendidas durante todo el día y es difícil conservar el calor si no es debajo de la gruesa manta del sofá.

Alguien golpea el cristal. Es la gata mendiga que viene temblando de quién sabe qué montón de nieve. Margarita la seca con una toalla, le prepara un desayuno de leche con miel y le hace sitio a su lado, en el rincón, entre los cojines que le regaló Flora al poco tiempo de instalarse en este nido de madera y palitos del que ya no quiere salir, por muy excitante que sea la vida en la ciudad de la luz y del amor. Se lo advertí: que, en estos cuarenta metros cuadrados, descubriría cuál es el olor de su familia. No el nuestro, el de nuestro hogar de Madrid, donde hemos vivido las cuatro juntas

durante los últimos veintitrés años, sino el suyo propio, el de su madriguera y sus criaturas. Un olor diferente a este, porque cada casa huele distinto, cada ropa de cama, cada detergente, cada par de calcetines. En el ático de Margarita huele a canela, a gato mojado, a flores frescas, a espuma de jabón en una bañera de agua caliente.

Abre el grifo, y la tina con patas de hierro se va llenando poco a poco. Los dedos de sus pies tamborilean sobre la superficie helada de las paredes de cerámica, y ella derrocha el gel en este homenaje al calorcito y al vapor.

Alexandre viene a buscarla a las ocho en punto, en su coche rojo. Se ha afeitado, peinado y vestido elegantemente con un chaquetón marinero de lana sobre sus pantalones de franela. Margarita podría morir de frío en un callejón con su vestido corto, ajustado, y sus piernecillas flacas, los zapatos de tacón y los hombros al aire. Menos mal que el abrigo en el que se ha envuelto es grueso y confortable, y la bufanda que le regaló mi madre protege su delicado cuello, estilizado y largo, como el de un cisne.

—Buenas noches, Margarita —la recibe Alexandre, de pie, en el portal de su casa.

Y le abre la puerta del coche, para que ella se acomode en el asiento vacío del copiloto. Suena música colombiana; un alegre ballenato interpretado por un acordeón y una guacharaca.

Han encendido, por fin, las luces de Navidad. Hoy es la primera noche iluminada. Margarita y Alexandre atraviesan las grandes avenidas y las plazas, y los bulevares, que parecen bosques de cuento, con todas esas bombillitas titilantes y los copos de nieve que caen sin descanso desde antes del amanecer. La ciudad es un brillante caos, pero nadie protesta; no hay prisa cuando se aguanta la respiración y el corazón se desboca. Al contrario, cada minuto es una eternidad, un íntimo recuerdo que perdurará para siempre.

Ahora suena una tonadilla navideña que los dos conocen y tararean, primero en voz baja, luego a voces, riéndose como niños

ante el árbol de los regalos. Después de un par de canciones, Margarita cae en la cuenta de que están cantando en español.

El restaurante es íntimo, su mesa está en un rincón contra el ventanal donde se acumula la nieve. Hay una vela encendida que ilumina la cara de mi niña y la vuelve de porcelana, como el día en que nació, con la piel más blanca y suave del mundo, los ojitos tristones y un garabato, media luna, en lugar de boca, solo que hoy tiene la mirada chispeante y la sonrisa ancha.

Es perfecto su vestido, los huesecillos de las clavículas señalando al corazón. Alexandre no puede apartar la vista de ella. Se tropieza con el vaso, se le cae la servilleta.

Pide champán, brinda por las mujeres bonitas, así, en español con acento francés y un tono saltarín procedente de Colombia.

—Háblame de tu padre —le ruega Margarita.

Y una sombra de tristeza cruza por su mirada.

—Murió —resume.

—Lo sé —dice ella con ternura.

Era lo mismo que un volcán el padre de Alexandre; un prodigio de la naturaleza, un ciclón. El fuerte amurallado donde no alcanzaban las flechas, el hombre más apasionado del planeta.

—Cuando enfermó, sentí que temblaba la tierra, literalmente. Fue un terremoto con efectos catastróficos.

Se desinfla, se le hunden los hombros y pierde, por un momento, el contacto con la realidad, el restaurante, la vela y Margarita. Ella lo llama desde el más allá, casi en susurros, y él regresa y sonríe.

—¿Y tu padre? —pregunta—. ¿Cómo es él?

—Mi padre es un chaval de veinticinco años, con el pelo revuelto y barba de tres días, pantalones vaqueros remangados, descalzo, fibroso. Está confuso, no sabe hacia qué lugar mirar. Nosotras aparecemos algo borrosas a un lado; al otro hay una playa de arena blanca, un mar en calma que lo invita a lanzarse al agua y escapar.

—¿Escapar? —se extraña—. ¿De dónde?

—De la fotografía en la que está atrapado.

Alexandre no se esperaba algo así. Abre los ojos como platos. Levanta la copa de champán y dice:

—Brindemos por ellos, dondequiera que estén.

—Yo prefiero brindar por mi madre, que sé perfectamente dónde está —replica Margarita.

Beben y se miran. Se comprenden. Tienen ganas de entrelazar sus manos, pero no se atreven. Ha dejado de nevar. Ya no hace falta que sigan cayendo esos copos que han arropado la ciudad con el manto de la bruja blanca, y la han subido a un trineo de hielo. Ya el escenario está listo para dar un pequeño rodeo antes de volver a casa, bajo los árboles del bulevar, y dejar la huella de sus pisadas sobre la nieve.

Por la mañana, Margarita regresará a esta misma calle para comprobar que nada ha sido un sueño, y que sus pasos, junto a los de él, todavía están ahí, impresos en la tierra como los del lobo, la única prueba de su existencia secreta, salvaje, invisible en el monte helado.

22

—¿De qué habláis todo el día los tres en el obrador? —le pregunto a Gabriela.

No es que me importe demasiado conocer ese dato; me da igual si comentan una película o se ríen de algún recuerdo compartido. Lo que quiero saber, lo que me intriga de verdad, es cómo pasan el día mis niñas y Rodrigo lejos de casa, horas y horas en la Tartería. Necesito hacerme una idea para poder visualizarlos en mis ratos muertos, los que ahora se amontonan en las tardes oscuras de este invierno tan frío.

—Hablamos de vosotras —bromea Gabriela—. De Pichu y de ti. Sin parar.

Me hace reír.

Pero resulta que es verdad. Nuestros hijos tienen algo importante en común: nosotras. Sus madres cigüeñas que siguen empeñadas en acicalar el nido, a pesar de que los polluelos ya pueden volar, estiran las alas, dan pequeños rodeos alrededor del campanario, se alimentan sin ayuda, se defienden solos.

A menudo, mientras amasan la base de las tartas, los tres alrededor de la mesa grande, y se embadurnan de harina y mantequilla, piensan en nosotras. No en las profesionales que somos, abogadas en activo, con nuestra toga negra y nuestra carpeta azul, sino en nuestra otra realidad, la de madres vaciadas, esteparias, pueblos fantasmas donde no llega la luz ni el agua corriente.

A Rodrigo le preocupa Pichu porque fuma demasiado. Tose y tiembla. Se está arrugando más deprisa de lo que le corresponde, no hace deporte, come mal, duerme mal.

—Le han recordado que en dos años tendrá que jubilarse —les explica Rodrigo a mis hijas—. Yo creo que por eso está tan nerviosa.

—Mi madre lo está pasando fatal con lo de Margarita —dice Valentina—. La echa demasiado de menos.

—Y a nosotras también, porque ahora estamos mucho menos tiempo en casa —añade Gabriela.

Pero es ley de vida, están de acuerdo los tres. Lo que pasa es que se crean vínculos de dependencia muy fuertes, basados en el cariño, la necesidad, la costumbre, el miedo.

—Deberían distraerse un poco —deciden—. Viajar, cambiar de aires.

—¿Por qué no las invitamos a un crucero? —se le ocurre a Gabriela.

—¿Es que no conoces a mi madre? —se ríe Rodrigo—. Antes muerta.

Pichu opina que los cruceros, los campings, las barbacoas, las playas masificadas, los hoteles de menos de cinco estrellas, las excursiones campestres, los restaurantes baratos y los vuelos en turista son lo más parecido a la muerte en vida. No es que sea una *snob*, ni una estúpida; es que tiene buen gusto.

—¿Y si las convencemos para que vayan a casa de Margarita, a París? —dice Valentina.

—¿Pero no se trataba de que se olvidaran un poco de nosotros? —responde Gabriela—. Además, el ático es diminuto. Ahí no caben las tres.

—Me refiero a un fin de semana para ellas dos solas —continúa Valentina—. Que Margarita se venga a Madrid y ellas se vayan a París.

Urden un plan fabuloso sin tener en cuenta nuestra opinión. Quizá, de ahora en adelante, tengamos que dejarnos llevar por nuestros hijos. No siempre, solo de vez en cuando. Que sean ellos

los que nos arropen, nos calienten la cena, nos acaricien el pelo, nos lleven en coche.

Pichu y yo vamos a aceptar la invitación. Nos vamos a ilusionar con nuestro fin de semana de adolescentes bohemias en una buhardilla diminuta, desde la que se contemplan los tejados de París. Vamos a hacer travesuras, vamos a dar tumbos por las orillas del Sena como dos borrachas vagabundas, vamos a hablar en francés. A gritos.

Compruebo, por enésima vez hoy, los movimientos erráticos de mi madre en el plano digital de la ciudad. Es para preocuparse.

Camina en zigzag, como si estuviera tratando de despistar a la policía. Entra en una cafetería, después en una tienda, después en un bar, después en un estanco, después en un portal.

—¿Dónde estás, mamá?

—Jugando a las cartas en casa de Marichu.

Mentira. En esa casa no vive Marichu.

Llamo a Marichu.

—¿Estás con mi madre?

—No, cielo, estoy en el cine —susurra.

Me lo temía.

Decido apostarme dentro del coche, a pocos metros del portal de la casa donde, al parecer, mi madre lleva dos misteriosas horas. Desde aquí puedo ver quién entra y quién sale de este edificio clásico y elegante, situado en una de las calles más bonitas de la ciudad. Es tarde, hace frío, no despego los ojos del móvil para no perderla de vista, pero no tiene escapatoria, la pobre. Si lograra darme esquinazo, la localizaría rápidamente con mi aplicación secreta.

Por fin, pasadas las diez de la noche, veo una silueta borrosa a través de la cristalera del portón. Un hombre empuja la puerta y una mujer lo acompaña. Se trata de uno de esos matrimonios mayores que, a fuerza de quererse, se han convertido en una sola cosa. El caminar acompasado, la complicidad evidente. No sé si me da envidia o pereza esta unión tan irrompible.

Cruzan la calle y se acercan a mi puesto de vigilancia. Los iluminan los faros de un coche que se aproxima en sentido contrario y puedo analizarlos con mayor detalle.

Él es uno de esos hombres que envejecen con dignidad. Ha conservado gran parte de su pelo blanco, es alto, ancho de espalda, y viste bien. Ella lleva un abrigo de pieles, zapatos de tacón y bolso caro.

Al pasar junto a mi coche, dirige la mirada hacia mi ventanilla empañada. Aguza un poco la vista, frunce el entrecejo y súbitamente me dispara un rayo paralizante con sus ojos de hielo.

Al menos eso es lo que siento, que se me congela el cuerpo, se me anegan los pulmones, que me convierto en estatua de sal, y sin poder mover un solo músculo de todos los que conforman mi anatomía, caigo hechizada por la mirada hipnótica de mi madre, que en este momento parece una cobra en posición de ataque, la cabeza a dos metros del suelo sobre su cuerpo erguido, los ojos girando dentro de sus órbitas, su lengua y sus colmillos supurando veneno. Me ha visto. Soy un ratón indefenso y estoy a punto de perder la vida.

Me encojo todavía un poco más en el asiento del copiloto, anticipando los golpes de su anillo en el cristal, cierro los ojos y espero.

Cuando vuelvo a abrirlos, mi madre y su galán han pasado de largo, han continuado su camino, agarrados del brazo, han cruzado la plaza y se han perdido entre la gente.

Vuelvo a casa. Me encierro en mi habitación para poder estar sola, sin caer en la cuenta de que no hay nadie más aquí, que Margarita está en París y las otras niñas, quién sabe dónde. A ellas no las vigilo como una psicópata desde mi móvil. Respeto su intimidad, confío en su buen criterio, al contrario de lo que acabo de hacer con mi madre.

23

Me cuelgan los brazos, inertes, a ambos lados del cuerpo. Parezco una marioneta a la que le han cortado las cuerdas. Un polichinela, un arlequín, un bufón triste. Dos gotas negras se deslizan por mi rostro, dibujando dos caminos de rímel que rodean las comisuras de mis labios y confluyen en el cuenco de la barbilla, antes de precipitarse al vacío.

Aunque estoy asomada a la ventana, no veo nada al otro lado del cristal. La noche ha devorado mi casa conmigo dentro. Espero que, cuando me escupa, hayan pasado este frío que se ha instalado en mis huesos, y esta oscuridad que aplasta mi alma contra el suelo.

No podría definir esta emoción, pero en algo se asemeja al agotamiento, o a la decepción, a la fatalidad y al temblor de piernas. ¿Será así como se siente la mujer engañada? La que descubre las mismas palabras, las mismas caricias y los mismos ojos que creía suyos, en el cajón del secreter de otra, enredados con sus recuerdos y sus deseos, y su porvenir. Y empieza a escuchar risas a su espalda, carcajadas que estallan como globos y niños que lloran por el ruido y la desilusión.

¿Y la mujer abandonada? ¿Qué siente al abrir su propio cajón y encontrarlo vacío? Virutas de lápiz, trocitos de mina, alguna esquina de papel casi invisible, y un clip, una goma sucia y un montón de polvo. Esa no ve nada. Hace tiempo que se volvió sorda, ciega y tonta.

Pero yo no soy ni una ni otra. Soy la hija de una madre libre, capaz de volver a enamorarse a los ochenta años. Debería

alegrarme, sentirme aliviada. Pero es tan extraño ver su mano en la de un hombre que no es su marido, y recordar que fue él quien le regaló el abrigo de pieles que ahora acaricia este otro. Mi madre, sin saberlo, acaba de matar por segunda vez a mi padre.

—¡Entra en razón, alma de cántaro! —me dice mi garrapata, oronda—. Lleva diecisiete años viuda, se morirá pronto.

—Gracias, amiga, por tu empatía.

Dormimos abrazadas, mi garrapata y yo, o más bien es ella la que me rodea con su cuerpo peludo. Por la mañana, me ha chupado toda la sangre.

Cuando me siento a desayunar, pálida y ojerosa, entran las niñas brincando y me ponen una taza de café entre las manos. No encuentran un momento mejor para contarme su gran idea: que nos vayamos a París juntas Pichu y yo, que Margarita nos deja su casa, que ya están las luces de Navidad encendidas, que nos hace falta, nos hace mucha falta, distraernos un poco y disfrutar de la vida.

—¡La vida es muy corta! —exclama Valentina.

—Qué equivocada estás —la contradigo—. La vida es más larga que un día sin pan.

Pero me hace gracia su entusiasmo y su fe. Nos imaginan a Pichu y a mí dando largos paseos por la orilla del Sena, cenando sopa de cebolla y comprando servilletas bordadas en el mercado de las pulgas. Y mientras tanto, en mi cabeza, se mezcla la escena de mi madre del brazo de un señor, con la de Anita Ekberg bañándose en la Fontana de Trevi, que está en Roma, sí, pero podría perfectamente estar en cualquier esquina de París. Y noto el agua helada subiéndome desde los pies hasta las rodillas, la carne de gallina, la garganta áspera.

—¡Nos vamos a París! —le grito a Pichu frente a la máquina de café.

—¡Ya lo sé! —exclama ella dando saltos.

—¡Pasado mañana! —añado también a voces.

Qué tontería, si tanta ilusión nos hacía, por qué no se nos ocurrió antes, este plan tan sencillo de subirse en un avión y dejarlo

todo atrás.

Desde el aire, podré ver la figura de mi madre, que ya es inseparable de la del hombre con el que camina del brazo, moviéndose por las calles de Madrid, entrando y saliendo de casas y portales, con mis ojos de águila sobre su coronilla, como el Gran Hermano en el que me estoy convirtiendo por creer que la juventud termina a los veinticinco, en el instante en que tu cuerpo acoge una nueva vida que se multiplica por tres, y tomas la decisión de hacerte vieja.

Elimino la aplicación de búsqueda de mi teléfono. De ahora en adelante, mi madre avanza a ciegas por el resto de su existencia. Y justo entonces, por primera vez en la historia de esta familia de cuatro mujeres que duermen solas, recibo un mensaje de texto procedente de su número de móvil. «Ven a comer a mi casa el día de Navidad. Por favor. Es importante».

Es el mismo que ha enviado a mis hijas. No ha creado un grupo. Ni siquiera los ha copiado y pegado. Los ha escrito de uno en uno.

24

Llega el viernes. Nos montamos en el avión. Nos vamos a París. Aterrizamos. Un taxista marsellés nos deja frente al portal del edificio de la rue du Temple donde se encuentra el ático de Margarita. Subimos trabajosamente las escaleras cargando con nuestras maletas. Abrimos la puerta. Hay un ramo de flores sobre la mesa, con una tarjeta muy cariñosa escrita a mano por la jefa de mi niña, Flora. También hay una gata negra dormitando en un rincón.

—¿Y esta Flora quién es? —pregunta Pichu.

—La directora de la oficina donde trabaja Margarita. Te he hablado mil veces de ella.

Antes de que se me olvide, enciendo el teléfono y la llamo para darle las gracias. Le digo que vamos a salir a cenar, que se venga.

Y Flora se viene.

Veinticuatro horas después, las niñas llaman a la Policía Nacional tras una angustiosa búsqueda por los hospitales y las comisarías de la ciudad. Les recomiendan que hablen con Alexandre, antes de poner una denuncia formal. Él está pasando el fin de semana en Cancale y tampoco ha tenido noticias de su madre desde ayer. Decide volver a París esa misma noche. Encuentra su casa vacía. Se presenta en la buhardilla de Margarita a la una de la madrugada.

Su madre le abre la puerta y le dice que estamos muy bien, que gracias por su interés, pero es verdad que las palabras le resbalan un poco al pronunciarlas. Está despeinada y descalza. Le explica que estábamos a punto de acostarnos y trata de ocultar, con su cuerpo, el desastre de la casa patas arriba, los cojines desplumados, los

ceniceros amontonados y las botellas vacías, a la señora que baila descalza encima de la mesa y a la otra señora, que soy yo, retorciéndose de risa en el suelo. Sospecha que hemos bebido en exceso, aunque eso no se lo cuenta a Margarita. A mi hija solo le dice que no se preocupe, que estamos sanas y salvas, ya dormidas como tres benditas.

Alexandre regresa a su piso de la avenue Foch, y en silencio, se pone el pijama de rayas y se mete, muy despacio, en la cama.

Me despierto con dolor de todo. De cabeza, por supuesto, pero también de piernas, de pies, de espalda y de cuello. He dormido atravesada en la misma cama que Pichu, con un brazo colgando del colchón y el otro debajo de su trasero. Lo retiro suavemente para no despertarla. Tiene pinta de haber pasado una noche espantosa. Antes de levantarme advierto que son las tres de la tarde, que huele a rayos, que la luz entra a raudales por la ventana abierta, que he dormido vestida, que el techo da vueltas y el suelo es tan inestable como el de mi velerito de casco azul. Me cuesta un poco recordar que estoy en París, en la buhardilla de mi hija Margarita, y que dentro de dos horas deberíamos salir corriendo hacia el aeropuerto si no queremos perder el vuelo de vuelta.

Con gran esfuerzo, consigo rodar del colchón al parqué. Me arrastro hasta la otra habitación de este pequeño ático de dos piezas y me encuentro con que, donde suelen estar el sofá y la mesita junto a la cocina, ahora se levanta un fuerte exactamente igual que el que construían mis niñas cuando eran pequeñas: los muebles amontonados están formando una covacha de mantas, cojines, manteles y abrigos sobre los que ronca Flora, con la camisa y la boca abiertas de par en par. No hay rastro de la gata francesa. Alguien pisó su plato de pan con leche y después lo extendió por la alfombra.

Me tumbo encima del edredón, con la cabeza pegada a la de Flora y espero a que las vigas de madera, que se inclinan peligrosamente hacia nosotras, dejen de girar. Entonces trato de hacer memoria. Recuerdo escenas inconexas. También agujeros

negros que no consigo llenar. Intento reconstruir las últimas horas en orden cronológico.

El coche de Flora es un deportivo negro de dos plazas, en el que nos apretamos las tres, que despega en vertical y rompe la barrera del sonido en pocos segundos. Aterrizamos frente a la entrada trasera de un restaurante oscuro que, a medianoche, se convierte en una discoteca atronadora. Veo a Pichu bailando encima de un altavoz, cambiando de color como un camaleón. Sube y baja haciendo equilibrio sobre sus tacones de aguja, hasta que se escurre y cae sobre un señor bastante grueso. Flora y yo nos ahogamos de risa, la rescatamos, huimos, salimos al gélido París, corremos por el paseo junto al río, lanzamos cosas al agua. Flora no puede aguantar más, hace pis de cuclillas en una esquina. Pichu fuma descontroladamente. Yo grito: «¡Mi madre tiene novio!». Y un perro me ladra, como si fuera una amenaza.

Despertamos en casa de Margarita, pero no sabemos cómo hemos llegado hasta allí. Estamos vestidas, las tres tiradas encima de la cama, con el abrigo puesto y los zapatos empapados.

Vamos a recoger el coche de Flora, que sigue aparcado en el lugar en el que lo dejamos ayer, y entramos en una tienda de alquiler de disfraces, donde escogemos los más llamativos de todos. Nos colamos en un club lleno de coreanos, me ponen un micrófono en la mano y me arranco a cantar, me convierto en la estrella de la tarde, en la reina de la noche, con mi disfraz de Maléfica y mi voz sensacional. Flora canta «Recuérdame», con maullidos de gata y sonidos guturales. Pero se derrumba, llora, se abraza a nosotras como si fuéramos su tabla de salvación. No lo somos. También nosotras rompemos en llanto. Se nos embadurna la cara de pintura. Salimos del lugar dando tumbos. Nos vemos reflejadas en el escaparate de una joyería y nos ponemos a hacer muecas de payasa. Pichu consigue detener un taxi cuyo conductor nos pregunta si somos *drag queens*. Nos hace ilusión, mira por dónde. Subimos al ático dando voces. Una mujer se asoma, muy enfadada, al hueco de la escalera, grita: *«Silence!»*.

Se hace el silencio. Llaman a la puerta. Es Alexandre. Pichu baila encima de la mesa mientras yo me retuerzo de la risa en un rincón. Flora le dice a su hijo que le agradece el interés que muestra por nosotras, pero que estamos de maravilla, muy bien, a punto de irnos a dormir. Le resbalan bastante las palabras.

Y ya no me acuerdo de nada más.

25

Flora me tranquiliza al teléfono. Ha enviado a la señora que limpia en su casa al piso de Margarita, y todo ha vuelto a la normalidad. Mi hija no encontrará ningún desperfecto cuando vuelva a su nido. Pero la gata no se atreve a entrar. Se queda maullando en el tejado, a pesar del frío, pidiendo limosna desde fuera. Duerme en otra casa, o en otro alero. Es la única testigo de nuestro crimen y vive aterrorizada pensando que tal vez regresemos otro día y convirtamos su refugio en un aquelarre. Solo nos faltó encender fuego en medio del salón y bailar alrededor de la hoguera, saltar por la ventana, volar con nuestras escobas por el cielo de París y enredarnos en las patas de la Torre Eiffel, cruzar el Sena como tres bengalas de luz perseguidas por cien cuervos alborotadores. No quiere ser la gata de tres brujas. Es mendiga, pero digna. Su integridad me conmueve.

De vuelta en Madrid, me he refugiado en mi escondrijo del sofá y la manta. Estoy avergonzada. Lo mismo sienten Flora y Pichu, pero ellas se hacen las tontas, no saben gestionar la culpa.

A mí me aleccionaron muy pronto, uniendo fuerzas las profesoras y las religiosas en el colegio, y mis padres en casa. No les guardo rencor, entiendo que a ellos también les inocularon el mismo veneno sus educadores y a estos los suyos, y así hasta el siglo IV más o menos, cuando alguien muy listo del Imperio romano comprendió que el miedo a la condenación eterna era mucho más eficaz que el que infunden las armas, la injusticia o incluso la muerte. Es genial encontrar algo que aterrorice más que la muerte.

El llanto y el crujir de dientes, el sufrimiento perpetuo, el rechazo de Dios. Con esta premisa, no es de extrañar que se sucedan las generaciones, que avancen los tiempos, que el hombre se pasee por el espacio y se descubra la física cuántica, y no seamos capaces de sacudirnos la culpa.

Me desvelan los inmigrantes que desembarcan de las pateras, los niños que pasan hambre, los países en guerra, las catástrofes naturales. Y por todas estas cosas, si me divierto mucho mucho, como en París, después me entra un cargo de conciencia insoportable. Como si no tuviera derecho a estallar de gusto, o a perder los papeles, o a revolcarme de risa, porque en el mundo hubiera personas que sufren, enferman, son infelices y mueren. Y como no es posible evitar todas estas desgracias, lo único que puedo hacer es acompañarlos en su desdicha, respetar su dolor y soportar con ellos las injusticias de la vida.

Estoy exagerando, lo reconozco. Pero es cierto que mi educación tradicional tiene mucho que ver con este sentimiento que me tiene aplastada en el sofá.

Las niñas me preguntan qué tal el fin de semana, y les respondo que bien, divertido, simpático, mientras por mi memoria atraviesan las imágenes de nuestro infame descontrol.

Nos hacía falta. Éramos tres ollas a presión, y al final explotamos. Mis amigas han puesto el contador a cero, el agua fresquita, el fuego templado. Y yo vuelvo a mi normalidad de incertidumbres y temores.

El peor de todos: el abandono. El siguiente: la soledad.

Son las seis de la tarde y cae la noche al otro lado de la ventana. Hace frío. No se ven las estrellas. En un rato se encenderán las luces de Navidad, y los niños pequeños se alborotarán pensando en la magia que se avecina. Por eso echo tanto de menos la infancia. Porque durante unos años de ternura, nadie te estropea la felicidad.

Me sobresalta un nuevo mensaje de mi madre: «Venís mañana a comer, ¿verdad?».

No ha querido cenar esta Nochebuena en casa, con nosotras, como viene haciendo desde los últimos veintitrés años, y me imagino el motivo. Otra familia, otra mesa, otros nietos, otros regalos a los pies del árbol y otros besos al pasar bajo el muérdago. Me trago la amargura. No tengo derecho a culpar a mi madre de mi tristeza. Soy como una patera encallando en las rocas, y este no es momento de lamentarse, sino de celebrar. Esta noche nos sentaremos las niñas y yo a disfrutar del pavo que está cocinándose en el horno, brindaremos con champán y le cantaremos villancicos al niño que nació para quitarnos los miedos, para mostrarnos el cielo y el amor de Dios. ¿Quién le dio la vuelta a su mensaje?

Nos ponemos guapas para ir a celebrar la Navidad a casa de mi madre. Valentina lleva el postre en una bandeja; las demás, unos regalos envueltos en papel brillante. Las niñas no sospechan que haya gato encerrado en esta invitación, pero yo tiemblo solo de pensar en que mi madre no esté sola, sino acompañada por el hombre con el que la vi salir de aquel portal.

Afortunadamente, nos recibe alegre, como siempre, envuelta en una nube de perfume y sin ningún señor enganchado a su brazo. Romi ha preparado un banquete, que está ya dispuesto sobre la mesa, en dos grandes recipientes de plata. Pero antes de pasar al comedor, mi madre nos conduce a la sala de estar y nos atiborra de aperitivos caros: salmón con blinis, cangrejo ruso y foie. También procura emborracharnos con champán, como si estuviera haciendo tiempo para que suceda algo inevitable.

Poco antes de las tres de la tarde, cuando ya estamos cómodas y relajadas, apoltronadas entre los cojines de su sofá, se decide por fin a hablar después de un carraspeo.

—Niñas —dice, incluyéndome a mí en el apelativo—, hoy va a venir a comer un amigo mío al que me gustaría que conocierais. Se llama Carlos.

Se me atraganta el canapé a medio camino entre la garganta y el esófago. No puedo evitar toser de manera estrepitosa.

Margarita toma la palabra:

—¿Es tu novio, abuela?

Y sus hermanas ser ríen como colegialas.

—Pues mira por dónde, sí —confiesa mi madre, y se desinfla un poco, como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

Las niñas se olvidan de mí. Intercambian miradas a tres bandas, sin saber cómo se reacciona ante una noticia así. Yo contemplo la escena desde fuera: veo la expectación de mi madre, esperando a que alguien diga o haga algo, y la indecisión de mis hijas, que intentan responder al unísono y están buscando en el cajón de las emociones la que corresponde con esta situación. Pero ninguna espera nada de mí. Se supone que debo mantenerme al margen, en silencio, neutral, y dejar que ellas asimilen lo que acaban de oír.

Piensan que yo ya lo sabía. Debo de haber dado la impresión de que estaba en el ajo, como cuando eran pequeñas y entre mi madre y yo escondíamos los regalos de Reyes detrás de las cortinas. No les cabe en la cabeza que, en este caso, yo esté tan perdida como ellas.

Por fin, Gabriela se abraza con fuerza a su abuela y las otras dos la imitan. Qué bien, qué bonito que estés enamorada, qué alegría nos das, qué hombre con suerte el que te ha robado el corazón.

Yo no me uno a su alegría. De alguna manera, hasta ahora, aún albergaba la esperanza de que lo que vi no fuera en realidad lo que creí haber visto. A pesar de que, a mis amigas, en París, les lloré bastante describiéndoles la escena de mi madre caminando hombro con hombro con un desconocido, lo cierto es que, para proteger mi salud mental, llevaba días fabricando explicaciones verosímiles en mi cabeza: que era un vecino amable de alguna de sus amigas de las cartas, que no iban del brazo, sino apoyados el uno en el otro para no tropezarse, que el señor era muy viejo, tenía problemas de cadera y necesitaba ayuda para cruzar la calle... Pero, ahora, esa explicación a la que me aferraba se ha venido abajo.

Después de un momento de confusión, mi hija Margarita se sienta a mi lado y me aprieta la mano.

Mi madre clava sus ojos en los míos. No hace falta que diga en voz alta lo que está pensando: «Tu indiscreción ha precipitado las cosas. Me robaste mi derecho a la intimidad, sacaste a la luz mi secreto».

Como si me hubiera visto gritar a la orilla del Sena: «¡Mi madre tiene novio! ¡Mi madre tiene novio!». Y siento una punzada de arrepentimiento por haberla traicionado.

Las niñas quieren saber cómo se conocieron, cuánto tiempo llevan juntos, cuántos años tiene, cómo se llaman sus hijos y sus nietos, dónde vive, a qué se dedica.

Yo escucho a medias, porque las voces me llegan acolchadas y rebotan en las paredes de mi cerebro. Tengo la vista desenfocada; en lugar de una copa de champán veo dos.

Médico jubilado, dice mi madre. Ochenta y tres. Dos hijas, cinco nietos, una casa en El Puerto que compraron hace cuatro años, muy cerca de la nuestra, seguro que os habéis fijado, una muy bonita con las contraventanas azules, en la calle que baja a la playa. Carlos. Carlos Garcés. Viudo reciente. Odia el golf. Tenerife. A las tres en punto. Viene. Sube. Llama al timbre.

Mi madre sale de la sala de estar y cierra la puerta a sus espaldas. Imagino la escena: abre la puerta, él la besa, le pregunta si nos lo ha contado. Sí.

—¿Y qué? ¿Cómo han reaccionado?

—Mejor que los tuyos —contesta mi madre.

Y este intervalo de pocos segundos lo aprovechan las trillizas para realizar una investigación policiaca con los buscadores de sus teléfonos móviles. Lo que descubren sobre Carlos Garcés las deja sin aliento.

—Está forrado, mamá —susurra Margarita.

Resulta que su mujer era la única heredera de una de las fortunas más fabulosas de España. Lo dice Google. Y lo que dice Google va a misa.

26

Algo se cuece en el obrador. Aquí huele a chamusquina.

Rodrigo se levanta de su mesa de estudio y se lleva las manos a la espalda, como si tuviera lumbalgia. Gabriela investiga entre los pliegues del jersey, tratando de encontrar el origen de su dolor, pero lo único que consigue es empolvarlo de harina. Luego sacude con cuidado las huellas de su exploración y una fina lluvia, que parece nieve, se posa en el suelo de madera.

Cuando amasan el hojaldre, funcionan como una máquina de precisión. Es igual que extender una sábana sobre un colchón. Cada uno tira de un borde, dobla el extremo sobre la manta, pasa la mano por las arrugas de la tela como si la acariciara, para alisar la cama en la que han dormido, en la que los ha despertado la luz del sol.

Y algunas tardes, le proponen a Valentina que se vaya a casa antes de cerrar, que ya barren ellos, que apagan la luz, que dan doble vuelta a la llave. Y Gabriela descubre a Rodrigo mirándola desde el rincón.

Vuelven juntos, caminando. Los cinco minutos que separan la Tartería de nuestro hogar es su momento preferido del día.

Se despiden en el portal. Gabriela sube corriendo los escalones. Jamás se gira a comprobar que Rodrigo todavía continúa velando por ella detrás del cristal, que no se tropiece, que no recuerde, de repente, que olvidó decirle algo importante, que no haya perdido un pendiente en el corto trayecto desde el obrador. Ella prefiere silenciar el sentimiento que prende y se engancha como una hebra de lana en una zarzamora. Si le da muchas vueltas, se descoserá su

chaquetón, perderá su cota de malla, se volverá vulnerable. Así que sube los escalones de dos en dos, abre la puerta con la llave que aprieta en su puño, y la cierra dando un portazo del que me quejo sobresaltada.

La masa madre se esponja, a fuego lento, dentro del horno de la Tartería.

27

A Gabriela le pasa algo. Ha empezado a dibujar flores en una de las paredes de su cuarto, el que, desde que se fue Margarita, comparte con Valentina. Y su hermana protesta porque dice que apesta a pintura. Con un rodillo y una escalera, se ha pasado la mañana cubriendo lo blanco de azul. No va a la Tartería desde hace unos días, la sustituye temporalmente una amiga de Valentina. Está pensativa, remolona, me ha robado la esquina del sofá.

En casa ha vuelto la normalidad, sin árbol, ni adornos, ni Margarita, pero, cuando encendemos el horno, huele extrañamente a nostalgia. Y el invierno, que no ha hecho más que empezar, se nos está haciendo largo.

Mientras esperamos a que Valentina venga del obrador, nos sentamos Gabriela y yo frente al televisor y fingimos que nos interesa lo que vemos. Pero la realidad es que cada una está inmersa en sus pensamientos: los míos, sombríos; los suyos, inescrutables. No creo que a ella le esté afectando como a mí el distópico romance de mi madre a los ochenta. Imagino que se trata de algo diferente, tal vez existencial.

Acierto.

—No sé qué estoy haciendo con mi vida —suspira.

Es la versión adulta de «A mí nadie me entiende», lo sé, pero no por eso dejo de inquietarme. Retuerce un mechón de pelo entre los dedos. Aprieta los labios en una mueca infantil que hace tiempo había abandonado. Puede ser una regresión, me digo.

—Margarita y Valentina están cumpliendo sus sueños, y yo no. ¿Y sabes por qué no?

Tomo aire para hablar, pero ella no espera a que articule mi respuesta.

—Porque realmente no sé qué es lo que quiero hacer. No me conozco lo suficiente.

—Yo creo que vas por buen camino —la contradigo—. Has hecho muy buen trabajo con la página web de las tartas, has vendido muchas acuarelas y...

—Cinco. —Se le empañan los ojos—. Dos a la abuela, una a Pichu y las otras dos a una amiga tuya que se las olvidó en la Tartería.

Susana. Creía que había vuelto a buscarlas, pero veo que no. Probablemente, Gabriela las conserve todavía envueltas, metidas en algún cajón, esperando a que alguien se acuerde de ir a por ellas.

—Bueno, seis —se corrige—. Rodrigo me pidió una, hace unos días. Me confesó que quería regalársela a la chica de la que está enamorado. —Abro los ojos como platos. Aquí está la clave, me digo —. Y me la dio a mí, antes de irse corriendo a su casa —añade, bajando la voz.

Como no sé qué decir, me quedo callada, y el silencio anima a mi hija a seguir hablando. La abrazo para darle fuerzas, y apago la película que estábamos viendo, porque si la dejara en pausa, estaría haciendo un paréntesis entre una escena y la siguiente. No. La película para. Se detiene. La vida no.

Gabriela está muy apesadumbrada. Me explica que, de un tiempo a esta parte, ha empezado a sentir algo parecido al amor romántico hacia Rodrigo, pero no imagina un futuro convencional a su lado. Amasan juntos la mezcla con la que Valentina hace sus tartas, charlan, se lo cuentan todo, se ríen, cantan. Poco a poco, su intimidad ha ido fortaleciéndose hasta casi adivinarse el uno al otro el pensamiento. Se han asomado al agujero de sus almas; se han mostrado todo lo que no le han enseñado a nadie: sus debilidades y sus miedos. Ambos sueñan con compartir la vida con una persona

que se adapte a la perfección a sus curvas y sus aristas. La buscan a tientas, porque como no saben identificar las suyas propias, les parece imposible que puedan encajar en el puzle de otro.

—A eso me refiero con que necesito conocerme mejor —afirma Gabriela. Y por fin se vuelve a mirarme. Entonces deja escapar, de sopetón, un montón de planes que lleva semanas ideando. En vez de hablar, parece que estornuda—: Me voy de viaje. Yo sola. Con una mochila y nada más. Un cuaderno, las acuarelas y una cámara de fotos *vintage* que encontré olvidada en un cajón de tu cuarto.

El corazón me da un vuelco. Viajar. Espero que se refiera a Cádiz, pero me temo que no. Que el mundo es un lugar demasiado ancho como para quedarse dando vueltas en la esquina conocida.

—¿Quieres ir unos días a la casa de la playa? —le propongo de todas formas.

—No se trata de marcharse de vacaciones —me explica con paciencia—, sino de vivir una aventura de verdad. De enfrentarme sola a lo desconocido, resolver, sin ayuda, las situaciones que vayan surgiendo. Descubrir quién soy. Qué quiero. Para qué sirvo. Crecer. Quiero crecer, explorar, vivir...

Su voz empieza a sonar muy lejana. Como si ya estuviera a muchos kilómetros de distancia de nuestra pequeña y confortable vida, en otro país, en otro planeta.

—¿Adónde quieres ir? —me oigo preguntarle, y las dos sabemos que me he rendido sin luchar. No voy a oponerme a una determinación tan firme. Solo conseguiría enjaular al pájaro libre.

—Indonesia, Tailandia, Bali, Malasia, Camboya, Filipinas...

—Gabriela, hija, parece que estás recitando una lección de geografía. ¿Seguro que sabes dónde están esos sitios?

—¡Ay, mamá! Claro que lo sé. Hay agencias que organizan viajes muy baratos para gente joven. No te creas que me voy a la guerra. Solo me voy a «Interasia».

Toma ya. No les bastaba con el angustioso Interrail con el que cientos de manadas descontroladas de chavales recién graduados recorrían Europa, sino que ahora han ido un paso más lejos.

«Interasia». Lo mismo, pero a decenas de miles de kilómetros de su casa.

—¿Seguro que no estás un poquito enamorada de Rodrigo? —insisto. Pero solo consigo que Gabriela interrumpa su relato de selvas, horizontes, animales exóticos y ciudades secretas, y me mire con una tristeza tan profunda que me doy pena a mí misma.

—No es eso —trata de explicarme—. Rodrigo sería un novio estupendo, un marido perfecto, el padre ideal para mis hijos, pero entonces yo tendría que ser novia, esposa y madre. —Asiento, encantada—. Y no sé si eso es lo que quiero. ¿Entiendes? —Evidentemente, no. Estoy confusa. Ella me aclara—: Con Rodrigo veo mi futuro dentro de una bola de cristal. Todo es tan previsible como en una película romántica. Nada se sale del guion. Acabamos en un fundido a negro, convertidos en dos viejecitos, dando largos paseos por el Retiro. Y luego, aparecen las letras: *«The End»*, se apagan las luces y cae el telón.

—Bueno —la contradigo—, también está el «felices para siempre».

Pero me temo que Gabriela está decidida a abandonar la seguridad de su casa, y lanzarse a conquistar el mundo. No hay nada que yo pueda hacer para impedírselo. Es su vida.

Me quedo un largo rato reflexionando sobre lo que acabo de entender. No es fácil de explicar. Creo que, hasta este momento, yo consideraba que la existencia de mis hijas formaba parte de la mía. Lo que les ocurría a ellas, en realidad, me estaba ocurriendo a mí, eran cosas que sucedían dentro de mi vida. De la misma manera que cuando eran niñas, ahora que son mayores, yo sigo apropiándome de sus pensamientos, sus sentimientos, sus inseguridades y sus ilusiones, como si no les pertenecieran a ellas, sino a mí. Desde mi punto de vista, que Margarita se haya ido a París es una desgracia que me ha tocado a mí. Que Gabriela no se conforme con la comodidad de nuestra existencia y necesite echarse a volar, ponerse en peligro, alejarse de casa, es otro infortunio que voy a tener que asumir yo sola, tarde o temprano.

La cuestión, entonces, es comprender, de una vez por todas, que sus vidas no son ni serán la mía. Que mis hijas no forman parte del universo que me envuelve a mí, sino a otro diferente en el que flotan ellas. Que, en el relato de su historia, yo soy necesaria, pero no suficiente, igual que lo fue mi madre cuando, a su edad, yo me embarqué en mi particular astronave y me lancé a la conquista del espacio.

Y este hilo argumental me conduce indefectiblemente a la siguiente conclusión: tampoco la vida de mi madre me pertenece a mí. Ella es la única dueña de su relato. Poco importa lo que yo opine. ¿Qué tiene que ver conmigo?

Alguien ha encendido una luz dentro de mi cabeza. O tal vez he sido yo misma la que, después de vivir tanto tiempo encerrada en una cueva, he salido a la calle y me he deslumbrado con el brillo del sol.

Y justo, ese momento de clarividencia es precisamente el que la providencia escoge para que alguien, a varias calles de distancia de la mía, decida marcar el número de mi móvil.

—Hola —me saluda una voz desconocida de mujer, algo alterada—. Todavía no nos conocemos. Me llamo Natalia Garcés y soy hija de Carlos, el novio de tu madre.

Me quedo de piedra, pero, como acabo de descubrir el sentido de la vida, me lo tomo con serenidad.

—Ah, hola —respondo igual que lo haría el monje más templado de un santuario zen que estuviera despertándose de la siesta.

—¿Te parece bien que nos veamos para hablar de todo esto?

—Por supuesto —le aseguro—. Buena idea.

—Entonces, mañana a las cinco en el Balbisiana de Génova —me cita, y me da la sensación de que acabo de aceptar batirme en duelo con el villano del pueblo.

28

A Margarita le ha vuelto a escribir Alexandre. Esta vez para invitarla a tomar algo en un club de jazz que no conoce nadie; un local clandestino cerca de la place des Vosgues. Abren a las siete de la tarde, y se le ha ocurrido que, ya que están en Le Marais, podrían visitar antes la *maison* de Victor Hugo, aquel célebre escritor que...

—El autor de *Los miserables* —aplaude Margarita, emocionada.

Alexandre la recoge a las cinco de la tarde, esta vez abrigado con una cazadora de cuero y piel. Margarita, que ya conoce los caprichos del gélido invierno parisino, se ha puesto el gorro de lana roja, la bufanda y los guantes, su abrigo verde y las botas forradas de piel de oveja. Al entrar en el coche, siente lo mismo que frente a la chimenea de un pub inglés, y el beso de Alexandre le sabe a trago de vino caliente con azúcar y canela. No es un beso de verdad. Solo la presión de los labios del muchacho contra la mejilla de mi niña, pero ya se va acercando a la boca, poquito a poco, como un ratón de campo entre los arbustos, tímido y asustadizo, que sabe cuánto peligra su vida, y la arriesga de todas formas.

Suben al segundo piso del hotel de Rohan-Guémené y entran en el apartamento donde, hace casi doscientos años, vivió el poeta junto a su mujer y sus cinco hijos. Las paredes verdes están cubiertas de cuadros, libros, vajillas de loza, fotografías, documentos. Es un hogar, pero también un museo.

A veces, la vida se convierte en una colección de recuerdos, dice Alexandre. Y a Margarita le parece una reflexión triste. Alexandre estudió la biografía de Victor Hugo en el liceo, reconoce,

pero sospecho que antes de encontrarse con mi hija ha desempolvado los libros de texto para impresionarla.

Le habla, sobre todo, de las mujeres que moldearon al hombre. Su joven esposa, sus numerosas amantes, sus cartas eróticas cruelmente difundidas, el drama de sus cuatro hijos muertos, la locura de su única descendiente viva, encerrada de por vida en un sanatorio mental. Las ganas de tirarse al Sena, donde se ahogó la pobre Leopoldine, con solo diecinueve años, el arrebato de lujuria y deseo hacia la actriz Juliette, la muerte en vida de su esposa Adèle. Su venganza.

Han recorrido la casa y las angustias de Victor Hugo y han continuado charlando en un pequeño café donde han compartido una cena temprana de pan con bechamel, queso fundido y embutidos de la Alsacia.

Sin que Margarita se haya percatado, Alexandre le ha comprado un libro en la tienda del museo. Se lo entrega envuelto en papel de seda, para que guarde un bonito recuerdo de esta tarde tan fría, que permanecerá hogareña y cálida en la memoria de los dos.

Margarita se siente en deuda. No tiene nada que regalar a Alexandre.

—¿Un beso? —propone él.

Y los labios de mi hija avanzan dos o tres centímetros más en el arriesgado camino hacia su boca.

Recorren de la mano, guante contra guante, los metros que les separan de su próximo destino, un diminuto salón de jazz oculto en el sótano de una casa elegante, al que se accede por una puerta trasera, la de la antigua vivienda de la portera. Ella es una mujer disparatada, de pelo teñido de rojo y gruesas gafas de pasta. Una madame de las de los burdeles de antes, con las medias sujetas por unas pinzas de metal. Las paredes del local están cubiertas de un material aislante burdamente pintado de negro, las mesas, polvorientas, cojean sobre la alfombra roja. Margarita se imagina atrapada en un cuadro de Toulouse-Lautrec, a punto de contagiarse de tuberculosis.

El escenario es una tarima con una pianola, un escabel, tres músicos y una solista de labios carnosos y curvas sensuales.

La mano izquierda de Alexandre se posa en la pierna derecha de Margarita. De vez en cuando, los dedos tamborilean sobre su piel que arde, acompañando el ritmo del piano, pero ni una sola vez se gira a mirar a mi niña. No parpadea. La música le inunda por dentro, casi no respira.

Piden una copa. Se la sirven aguada, sin hielo, sin ilusión. Y les invitan a cacahuetes rancios. A las diez de la noche, la portera los despide envuelta en una nube de perfume amargo. Salen a la superficie. Está helando.

Alexandre abraza a Margarita. Le dice: «Estás temblando». Y ella sabe que no es de frío.

El abrazo dura más de lo esperado. Un minuto entero, tal vez dos.

Alexandre toma la cabeza de Margarita entre sus manos, la mira, por fin, intensamente a los ojos. La besa. Sin pedirle permiso.

Caminan de la mano de vuelta al coche. Conducen en silencio hasta la rue du Temple.

—¿Subes? —pregunta tímidamente mi niña.

—Te acompaño hasta el portal —responde Alexandre.

Y no sube. Vuelve a besarla, bajo el dintel de la puerta, le acaricia la frente, las mejillas, el pelo. Se despide con un susurro de buenas noches. Espera hasta que la puerta se cierra y, entonces, regresa al coche donde todavía flota un resto de canela.

El librito de Victor Hugo se ha quedado atrapado entre las costuras del asiento. Duda si llevárselo a Margarita. Toma dos veces la misma decisión. Mejor no.

Ella remonta las escaleras a la carrera. Abre la puerta de un empujón, cruza el diminuto salón en dos zancadas y llega justo a tiempo de asomarse al ventanuco para ver alejarse el coche de Alexandre por el final de la calle.

Entre los geranios, qué lástima, descubre a la gata francesa hecha un ovillo. Se deja abrazar, no opone resistencia al calor de

Margarita. Por primera vez, le lame las manos con su lengua de papel de lija. Retorna a su rincón junto al radiador y devora una lata entera de atún en aceite.

«Te has olvidado el recuerdo», le escribe Alexandre antes de irse a dormir.

«Eso es imposible», responde Margarita. Y busca entre los emoticonos de su teléfono un redondel amarillo que guiña un ojo.

29

Natalia Garcés es exactamente como la imaginaba. Delgada por genética, tal y como sostienen todas las mujeres enjutas de mediana edad que se dejan llevar por los nervios, alta, tensa, fría.

Pide una infusión que huele a medicina. Se echa para atrás en su silla de terciopelo azul turquesa. Me mira por encima de la taza, arrugando el entrecejo, y disimula que se ha abrasado la lengua con la tisana, para no parecer vulnerable ante de mí.

—¿Me explicas qué es lo que queréis de mi padre? —me escupe con desprecio.

Flipo. Parpadeo.

—No sé de qué me hablas —replico, abriendo los ojos de par en par.

—Si es dinero, lo lleváis claro —continúa como si no me hubiera oído.

Esto empieza a parecerse a una desagradable vista ante un juez. Carraspeo, como suelo hacer, antes de dirigirme a su señoría. Levanto mi tazón de chocolate con leche y me lo termino de un solo trago. Supongo que se me queda un reborde marrón alrededor de los labios, así que me limpio la boca con la manga de mi jersey de cachemira, como si no me importara en absoluto que algo tan caro se estropee para siempre.

—Creo que no es cuestión de dinero, sino de sexo —le suelto.

Y solemne, me levanto de la mesa, le ordeno a la camarera que apunte las consumiciones en mi cuenta, y salgo del salón de té con la dignidad por bandera.

No tengo cuenta en el Balbisiana de Génova, no creo que nadie la tenga; no es uno de esos sitios donde se dejan las meriendas a deber, así que imagino que Natalia Garcés se habrá visto obligada a pagar la factura y se habrá reafirmado en su opinión de que mi madre, mis hijas y yo somos unas mezquinas cazafortunas.

Antes de llegar a casa, recibo un mensaje de texto en el teléfono: «Dime qué cantidad barajáis. Tal vez podamos llegar a un acuerdo».

Bloqueo a mi futura hermanastra en el móvil. No es un gran comienzo que digamos. No sé cómo ha conseguido mi número, ni si sabe dónde vivo, o dónde está mi despacho o cuál es la dirección del obrador. Se me pasa por la cabeza una imagen inquietante, en la que mi hija Valentina le lanza una de sus tartas a la cabeza.

Estoy furiosa. Avanzo a zancadas por la acera mientras se encienden las farolas. Y a pesar de que la cuestión del romance de mi madre me revuelve el estómago, en este momento asumo la firme e inamovible decisión de tomar partido por ella. Sin condiciones.

Me desvío por una calle estrecha que conduce a su portal. Subo sin llamar. Me abre Romi, con cara de circunstancias.

—Está en su cuarto, arreglándose para salir con ese señor —me advierte.

Llego a su habitación. Ella está al otro lado de la pared, canturreando ensimismada. No oye mi toquido. Apoyo la oreja en la puerta y reconozco la canción. Se trata de una vieja melodía que solía tararear cuando estaba contenta, cuando los niños éramos niños y ella joven, y mi padre, feliz.

Me siento en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Durante un buen rato escucho su ir y venir en silencio. Después recibo una bocanada de aire impregnado en su perfume a través de la cerradura. Tengo nueve años. La estoy esperando para ir juntas a tomar un helado, como solemos hacer muchas tardes de verano. Ella abre la puerta, me da la mano, tira de mí hasta que me levanta del suelo de un brinco. Es la madre más elegante, la más sofisticada, la

más divertida. Presumo de ella delante de mis amigas. Estoy tan orgullosa que trato de imitar su manera de taconear entre los adoquines, y cuando veo pasar una estrella fugaz, cierro los ojos, me concentro y pido el deseo de ser como ella.

Llaman al timbre sin timidez, tal y como solía hacer mi padre, tamborileando con las uñas en la madera mientras alguien acude a abrirle. Le hago un gesto a Romi que significa tranquila, ya le recibo yo.

Carlos Garcés se sorprende al verme, pero logra dibujar una gran sonrisa en su rostro. Abre los brazos y me envuelve en ellos. Resulta reconfortante este abrazo de oso. Me da tiempo a identificar el olor de su espuma de afeitar. Él también ha preparado con esmero este encuentro con mi madre. Parece un chaval tembloroso, tímido y entusiasmado a partes iguales. Nos sentamos rodilla con rodilla en los sofás del salón. No quiere tomar nada, gracias. Se alegra de verme.

No le hablo de mi reciente encuentro con su hija. Hago como si hubiera venido a visitar a mi madre por casualidad y no supiera que él estuviera a punto de llegar, y aprovecho para preguntarle algunas cosas que me intrigan, como, por ejemplo, cómo se conocieron.

Se le ilumina la cara, igual que si reviviera aquella mañana de agosto, en el supermercado del puerto, cuando la vio entrar con su bamboleo de mujer coqueta. Pidió el *¡Hola!* y una crema para el sol. Después, con disimulo, él la siguió por el paseo marítimo hasta la playa y desde la cafetería que queda en alto, sobre las rocas, la vigiló durante horas. Ella se tumbó al sol, se refrescó en el mar, charló con algunas amigas y Carlos asegura que hasta sus oídos llegó el sonido de su risa, mezclado con el de las olas que estallaban en la arena. Le pareció que escuchaba campanitas, que veía chispas. Volvió caminando al supermercado y preguntó por ella. Le dijeron su nombre, Esperanza, su estado civil, largamente viuda, el número de hijos que había traído al mundo, tres, y también le revelaron mi nombre y el de mis niñas. Le contaron que tenemos una casa cerca de la avenida, un velero al que la gente ha bautizado «el barco de

las trillizas», y la costumbre de acercarnos, todos los miércoles, al supermercado para comprar el *¡Hola!*

Durante los cuatro o cinco días que siguieron a aquel en que coincidieron por primera vez, Carlos se hizo el encontradizo, como el lobo de Caperucita, en un recodo del camino que baja a la playa. Mi madre lo saludaba con educación, solamente un «buenos días» al pasar a su lado. Pero él empezó a observar que cada mañana se ponía más guapa, desfilaba delante del arbolito donde él la aguardaba, con pamela, alpargatas de tacón, abalorios, abanicos y pareos de alegres colores. Y el martes, antes de girar en la esquina, ella se volvió a mirarle y él se llevó la mano al sombrero.

—Por fin llegó el miércoles —me contó—. Me aposté a la sombra, en una mesa del café de la placita, para verla pasar de camino al supermercado. Y ella, sin saberlo, acudió puntual a nuestra cita. Le dije: «Pareces una guayabita de guapa que estás». Y ella se puso tan colorada que tuvo que sentarse a mi lado, para abanicarse. Pedimos agua fría, café con leche, mollete con aceite, tomate y jamón. Fueron pasando las horas. Volvimos caminando despacito, ella apoyada en mí porque le costaba mantener el equilibrio con las sandalias que llevaba puestas. Luego me confesó que se las había comprado pensando en mí. Que ese día quería impresionarme con su vestido nuevo y sus tacones altos.

Acordaron ocultar el secreto de su amor incipiente. Carlos había perdido a su mujer un año antes. Las hijas todavía no habían asimilado la orfandad, todo era demasiado reciente.

—Le dije que, a nuestra edad, no hay tiempo que perder. Pero ella, más sensata, me aconsejó paciencia y discreción.

Así que habían vivido un romance clandestino, a los ochenta, como adolescentes que escapan al control de unos padres demasiado autoritarios. Que se buscan en lo prohibido, se añoran, fingen, aguardan, anhelan.

—Pero, en nuestro caso, la vejez está a la vuelta de la esquina —se lamenta—. No sabemos cuánto tiempo nos queda. ¿Cinco años, diez a lo sumo?

Aprieto su mano de nudo y pellejo. Él me devuelve el gesto. Una corriente de simpatía nos recorre a los dos y viaja por nuestras venas, hasta la cavidad donde late la vida.

—Seguro que vivís cien años —le tranquilizo—. Y no te preocupes por la vejez, eso se lleva por dentro. Mi madre nunca será vieja.

Entonces entra ella en el salón, perfumada y vestida como para un bautizo. Se sorprende al verme. Al vernos. Su mirada se clava en nuestras manos entrelazadas. Carlos se pone en pie. La contempla como si en lugar de una señora mayor, mi madre fuera una niña disfrazada de mujer. Yo también puedo verla por debajo de su piel. Una adolescente rebelde y pícara, las trenzas deshechas, sierras en los dientes, colorete en las mejillas, el corazón desbocado y toda la vida por delante.

30

Ahora es Valentina la que viene a explicarme que necesita unos días de descanso. Es verdad que lleva varios meses trabajando sin parar en el obrador. Le recomiendo que busque a alguien que la ayude; está soportando demasiada presión y eso no es bueno. Le advierto que existe algo llamado *burnout*, que acaba de un plumazo con todo el esfuerzo y la ilusión, porque no somos máquinas, sino seres humanos, imperfectos, vulnerables y físicamente limitados. Me escucha muy atenta, asintiendo como un autómata a todas mis afirmaciones. Está agotada, se le cierran los ojos.

La semana pasada nos levantamos a las cuatro de la mañana para acompañar a Gabriela al aeropuerto. Me empiezo a cansar de tanto ir y venir a ese lugar gélido de largos pasillos y escaleras mecánicas, con sus corrientes de aire, sus niños soñolientos, sus cafeterías de bandeja y bollo reseco, sus avisos por megafonía, sus pantallas luminosas y la sensación de vacío que siento en el coche, al regresar a casa con una hija menos, otra a punto de echarse a llorar de pena y el estómago revuelto. No me acostumbro. El sentimiento es idéntico al del primer día en que Margarita se fue a París.

—Mira lo que te digo —pronuncio en voz alta, sin darme cuenta —. No pienso seguir trayendo y llevando niñas al aeropuerto, que parezco el puente aéreo.

Valentina baja la vista. Se mira las botas. De niña, yo también odiaba que la regañina se la llevara el que se portaba bien. En el colegio, en casa, los reproches siempre eran para el puntual, el

responsable, el que nunca faltaba a clase y volvía de fiesta a la hora acordada.

—Vale —se queja—, pero no la tomes conmigo. Yo no me he movido de Madrid desde septiembre.

Tiene razón. Me disculpo. Pero intuyo que algo se ha enredado en su cabeza y no va a dejarla en paz hasta que logre descubrir de qué se trata. Una idea es como un bulto.

Desde que Gabriela decidió marcharse de viaje, nuestro único tema de conversación ha sido el contenido de su mochila. Hemos comprado mil utensilios absurdos, que al final ella ha dejado atrás, consciente de que, en realidad, lo único que necesita es el pasaporte, el teléfono y la tarjeta de crédito. Sobre su cama revuelta, han quedado la navaja, los prismáticos, el saco de dormir, las chanclas de goma, las gafas de sol, la crema protectora, el insecticida, los antibióticos, el botiquín...

Dice Valentina que lo va a revender todo por internet. Que podremos comprarnos algo bonito con todo el dinero que vamos a recuperar.

Ya me estoy viendo otra vez en las tiendas *vintage* del centro, probándome ropa de segunda mano que después volveremos a poner a la venta, cuando comprobemos que lleva todo el invierno sin salir del armario, y que alguien adquirirá con gran ilusión para almacenarlo en el fondo de su ropero. En mi vida hay un ir y venir de cosas y personas que empieza a preocuparme.

—Pues si tú también te vas, yo también me voy —decido sobre la marcha, cuando Valentina me habla de sus planes de viaje.

—Me parece genial —responde un poco confusa—, pero por tu lado, ¿no?

Me mira temerosa. Cree que quiero acompañarla a dondequiera que sea que haya decidido fugarse.

—Es que pensaba ir a pasar unos días a París, con Margarita, y en su casa no hay mucho sitio...

Entiendo. Han hablado entre ellas y ya lo tienen todo listo para su escapada. Al menos, en esta ocasión no les ha preocupado

dejarme sola en casa como la última vez. Vamos avanzando.

—No, qué va, si yo ya estoy harta de tanto París —invento, y noto un casi imperceptible gesto de alivio en su expresión facial—. Yo me voy una semana a la casa de la playa.

—¿Con Pichu?

—No. Sin nadie.

Le explico que yo también necesito reencontrarme con la persona que era a los veinte años, la que imaginaba el futuro como un campo de amapolas, la que a estas alturas de la vida debería ser dueña de su destino, estandarte de alguna causa, líder mundial. Tomo un puñado de tierra de Tara y le juro que jamás volveré a pasar hambre.

Me llama mi madre.

—Me han dicho las niñas que te vas a la playa. ¿Quieres que te acompañemos Carlos y yo?

—No, mamá, prefiero ir sola.

—No puede ser —replica con su lógica decimonónica—. ¿Cómo vas a preferir estar sola, en pleno invierno, en esa casa tan fría, sin las niñas y sin mí?

—Es que necesito reencontrarme conmigo misma.

Qué ironía. Cuando me enfrento con la incomprensión de mi madre, me convierto en mis tres hijas a la vez. Me temo que llevo veintitrés años en un profundo letargo, que el bosque ha devorado las paredes de mi castillo, que ya nadie se acuerda de la chica que se pinchó el dedo con la aguja de una rueca, y que es muy poco probable que un príncipe azul me bese mientras duermo, porque, hoy en día, tal conducta sería muy reprobable. Podría meterse en un buen lío el tipo al que se le ocurriera hacerle algo así a una mujer inconsciente. Afortunadamente.

—¡Qué idea tan ridícula! ¿No estarás entrando en la crisis de los cincuenta? —se le ocurre a mi madre.

—Tengo cuarenta y ocho —protesto.

Piensa en silencio durante unos segundos. Imagino que está haciendo cuentas.

—¿Cuarenta y ocho? ¿De verdad?

El martes, Valentina cuelga el cartel de «cerrado hasta el lunes» en la puerta de la Tartería. Nos encontramos en el garaje de casa y compruebo que su maleta es diminuta comparada con la mía. Me explica que no se lleva casi nada, que su hermana le prestará toda la ropa que necesite. Antes de emprender mi largo camino por carretera, la dejo en el aeropuerto. Nos abrazamos con fuerza. Me quedo sola.

Amanezco en la casa donde paso los veranos con mis niñas, desde que mi padre tuvo la gentileza de dejármela en herencia, ante el desconcierto de mis hermanos. Nuestra madre les explicó que a papá le preocupaba mucho mi situación de madre «soltera» y que, precisamente por eso, quiso hacer testamento para evitar mi más que probable ruina.

—Fijaos en la fecha de la firma —les dijo delante de mí, sin importarle lo más mínimo mi dignidad herida—. Coincide exactamente, con el día en que su marido la abandonó.

De todas formas, ellos no eran muy partidarios del sur. Hacía muchos años que viajaban al extranjero en verano, o a Baleares. Nuestras vacaciones de sol y *pescaíto* frito les parecían tediosas y, además, les resultaba muy conveniente que a mí me divirtiera tanto convivir con nuestra madre en agosto. Se conformaron con su parte de la herencia, y de propina, me regalaron el velero, que nunca usaban y que no les reportaba más que gastos.

Lo primero que hago esta mañana de sol y frío es deambular por el pantalán donde dicho velero pasa todo el invierno amarrado y solo, igual que un perro guardián que ladra en su caseta y mueve la cola cuando me ve venir. Subo a bordo sin ninguna intención de salir a navegar, pero, de repente, me encuentro girando la llave en el bombín de arranque y soltando amarras, y dando marcha atrás.

La sensación de libertad es muy placentera. El mío es uno de los pocos barcos que surcan la bahía este miércoles de febrero. Veo dos o tres pesqueros meciéndose cerca del puente y sigo con la mirada la estela del viejo vapor, que después de setenta años, continúa

cumpliendo con su deber con pundonor, pero lo hace renqueando, como quejándose de dolor de espalda. Ya solo lo utilizan los turistas y los nostálgicos, y es fácil distinguir a los unos de los otros, por el brillo de sus ojos.

En mitad de la bahía, apago el motor y me quedo flotando a la deriva, sin molestarme en echar el ancla. Escucho girar la ruedecilla de la veleta que hay en lo alto del palo. Su flecha siempre señala el lugar de donde procede el viento. Así, sin gobierno, mi barco tiende a enfrentarse a su soplido como si le gustara recibir en la cara, igual que a mí, su caricia de agua y sal. Yo cierro los ojos. Imagino que él también.

Al cabo de un rato, se me hace evidente que no voy a volver a casa.

La he dejado atrás y, de manera inconsciente, antes de salir, he apagado todas las luces y he atrancado todas las puertas y contraventanas. Había creído que solo permanecería unos minutos contemplando mi velero desde el espigón, pero ahora entiendo que voy a alojarme en su barriga durante todos los días que dure esta terapia de autoconocimiento y supervivencia.

Como no hay ninguna otra embarcación a la vista, lo amarro al noray de la gasolinera y me acerco al supermercado para comprar agua, pan de molde, fiambres, queso, chocolate, algo de fruta, unos tomates y varias latas de atún en aceite de oliva. Vuelvo cargadísima. Suelto las amarras de mi velero, mi cascarón amigo, enciendo el pequeño calefactor que enseguida caldea toda la cabina, encuentro un vetusto saco de dormir en el fondo del armarito del camarote de proa, un impermeable, un gorro para la lluvia, una linterna y una novela de páginas abombadas.

Me preparo un sándwich de queso a media mañana, y las cortezas se las tiro a los peces y a las gaviotas. Me siento como una de esas intrépidas lobas de mar que atraviesan el Atlántico en solitario, aunque soy consciente de que lo único que voy a surcar es el agua dócil de mi confortable y segura bahía en la que nunca ocurre ninguna desgracia, y que voy a pasar la noche a pocos

metros de la playa, en esa ensenada sin olas donde los domingos de agosto nos juntamos a comer arroz con marisco, abarloados tres o cuatro barcos llenos de niños y abuelos.

Las horas de luz se agotan enseguida. Enciendo las bombillitas del interior y leo un buen rato.

Entonces llama mi madre.

—¡Qué loca! —se ríe—. ¿Vas a dormir en el barco?

Recuerda que solo hemos pasado la noche a bordo en una ocasión, cuando hace diez o doce años, a Gabriela se le ocurrió la grandiosa idea de acampar todas juntas y dormir en la cubierta, bajo las estrellas, y despertar al amanecer, y lanzarnos al agua desde la proa.

—Fue divertido —suspiro.

—E incómodo —puntualiza.

Le pregunto por Carlos, me lo agradece.

—Por cierto —le digo—, he pasado por delante de su casa, la he reconocido perfectamente por las contraventanas azules. ¿Sabías que está en venta?

—¡No! —se sorprende—. No me ha dicho nada.

Resulta que están los dos juntos en su casa. Él está calentando la cena y ella poniendo la mesa. Como dos recién casados.

—¡Carlos! —la oigo gritar, a pesar de que tapa el auricular del teléfono con la palma de la mano.

La conversación que tiene lugar a continuación y que son solo murmullos al principio, al cabo de un rato se transforma en una tormenta monumental. Decido colgar antes de que mi madre se dé cuenta de que estoy asistiendo, sin querer, a su primera pelea de enamorados.

No. Tampoco Carlos estaba al tanto de la decisión de sus hijas de vender la casa que acababan de heredar de su difunta madre.

Supone el viudo que el derecho de usufructo se reduce a la primera vivienda, qué va a saber él. Se lleva las manos a la cabeza. Derrama unas lágrimas de desesperación. Llama a sus hijas.

—Natalia, hija —le tiembla la voz—. ¿Es verdad que habéis puesto la casa de la playa en venta?

—Pues sí, papá —contesta la bruja—. No tiene ningún sentido que la conservemos ahora que ya no está mamá. Era su capricho, ¿te acuerdas?

—Era el regalo que quiso hacerles a sus nietos, cuando supo que estaba enferma —protesta Carlos.

—En ese caso, debería haberlo especificado en el testamento —replica la hija.

Así que esa es la razón de la venta. Mi madre se siente tremendamente culpable del desmoronamiento del titán. Lo consuela como puede, tratando de tomarse a risa la situación. Pero a Carlos no le hace ninguna gracia. Siente, y no lo verbaliza, que está obligado a elegir entre mi madre y sus hijas. Entre mi madre y sus nietos. Entre mi madre y sus amigos, su reputación, su vida.

Mientras tanto, yo me balanceo en el vientre de esta ballena donde me cuesta tanto conciliar el sueño. Echo de menos a mis niñas. Estoy tan sola que ni siquiera escucho la cháchara de mi garrapata. Es posible que se haya ahogado en el océano, o que haya estallado de gorda, la peluda y grosera parásita que me chupa la sangre. No la oigo.

En su lugar, imagino la pequeña buhardilla de Margarita, donde a estas horas estará durmiendo con Valentina junto a la gata mendiga. Y la tienda de campaña rodeada de peligros en la que estará temblando de miedo Gabriela.

He recibido una fotografía en el móvil de un fascinante lugar llamado el Nido, que consiste en tres protuberancias verdes flotando en un espejo de color esmeralda. Está en Filipinas, es increíble que nunca haya oído hablar de semejante paraíso.

Tal vez me equivoque. Quizá Gabriela no sienta miedo, sino sobrecogimiento, y el techo que la proteja no sea de lona, sino de estrellas.

31

Mi niña, mi Gabriela valiente, está tomando fotos subida a un bloque de hormigón desde el que, con un solo golpe de vista, se abarca todo el contorno del vertedero de Phnom Penh. Entre los montones de basura, el humo que provocan los gases tóxicos, la peste y las ratas, revolotea una nube de moscas, que en realidad son niños pequeños, ennegrecidos por la mugre, cargados con pesados sacos llenos de chatarra. El caminillo de hormigas conduce directamente a un poblado de chabolas, que es otro vertedero, más sucio, más maloliente y pobre que el primero. Aquí dan a luz las mujeres, se alimentan los hijos, se desincrusta la roña de las manos y los pies. Al caer la noche, se encienden los braseros donde se cuece el arroz. Se come haciendo pinza con los dedos, a veces con trozos de pollo, a veces solo con agua, a veces agua sin arroz.

Algo más allá —lo descubre Gabriela desde ese atolón que sirve para contener los montones de plástico—, hay un recinto de hierba verde, rodeado por una pared de cemento. En su interior, unos pequeños juegan al fútbol descalzos, y cuando meten un gol se abrazan como lo hacen los profesionales, arrastrándose de rodillas sobre la hierba y haciendo piruetas. Hay niñas también, pero ellas están sentadas a la sombra, tejiendo trenzas en el pelo.

Gabriela rodea el vertedero. Es tan inmenso que se diría que está dando la vuelta a un pequeño planeta donde nunca se ve el sol, solo la nube blanca que lo recubre. Por fin encuentra el sendero que ha visto desde arriba, y lo toma, convirtiéndose también ella en una de esas hormigas obreras. El resto de las personas que caminan por

allí van cargadas con enormes bultos que contienen porquerías: plásticos, ropa vieja, latas, cristales. Se detiene al descubrir a una niña que sangra y llora, porque se ha clavado un vidrio en el pie. Se agacha a su lado, saca una botella de aluminio de su mochila y un paño, pero cuando está a punto de lavarle la herida, la pequeña agarra la botella y se bebe el agua de un trago. Deja de llorar.

Mi hija no tiene con qué limpiar la sangre, le han advertido que en Camboya hay muchas enfermedades, que no se fíe de nadie. Pero esta criatura no puede seguir avanzando con semejante corte. Encuentra una muestra de colonia entre la ropa interior. Se la aplica a la niña con cuidado en el corte, lo cubre con el paño, hace un nudo con uno de los cordones polvorientos de sus deportivas y le explica, por señas, que se suba encima de la mochila, con los bracitos rodeando su cuello.

El refugio está a dos kilómetros. Llega cuando ya se ha hecho de noche, con la niña adormilada y la espalda dolorida.

Le abre la puerta un occidental que tiene la piel cuarteada, la ropa descolorida y la sonrisa más limpia que ha visto en su vida.

Hablan en francés. Lo poco que aprendió Gabriela en el colegio se mezcla con las tres o cuatro palabras nuevas que memorizó en el París de Margarita. Es suficiente: niña, dolor, ayuda.

El hombre la acompaña al interior del edificio. Consta de dos pisos de hormigón. Arriba hay habitaciones, voces infantiles, risas. Abajo, despachos, aulas, una capilla y una enfermería donde, por fin, atienden la herida en condiciones. A Gabriela le late el corazón con fuerza. Nunca un bote de agua oxigenada le había parecido tan valioso. La niña no volverá esta noche a su casa. Está exhausta. Ha perdido su saco de basura y por eso ahora llora desconsolada. Tiene hambre, devora un plato de arroz con bolas amarillas.

Gabriela se queda a dormir en un rincón, sobre el suelo de arena apelmazada de un aula donde todavía no han borrado la tiza de la pizarra.

Me llama al día siguiente.

—Mamá —me dice—. No voy a volver a casa.

Escucho, por segunda vez en mi vida, la misma frase y la misma razón que enarboló su padre cuando nos dejó atrás. La humanidad es un desagüe que succiona. A los sensibles, a los inocentes, a los congruentes, a los que se pasean por la vida con el alma desnuda, a los que se dejan ir.

Me llevo las manos a la cabeza. Ahora sí. Lloro.

32

Esta sí es una verdadera crisis. De repente, la perspectiva cambia y el orden de prioridades gira como un reloj de arena que se vacía, se da la vuelta y comienza a medir el tiempo de nuevo.

Las dos niñas han venido desde París en cuanto han recibido mi señal de alarma. Mi madre y Pichu se han presentado en casa sin que nadie las haya llamado, pálidas, ojerosas, como si Gabriela hubiera muerto y ya no pudiéramos hacer nada para traerla de regreso al reino de los vivos.

Pero no es eso lo que ha ocurrido. Su cara sonrosada y su preciosa sonrisa asoman por enésima vez en el cuadradito donde está atrapada. Nos pide que nos tranquilicemos, nos asegura que está perfectamente, que nunca ha sido tan feliz. Nos invita a conocer el orfanato, aunque sea virtualmente, y con la cámara de su teléfono, nos organiza una visita guiada por las aulas, los dormitorios, la cocina y el jardín. Nos presenta a los niños. Algunos han aprendido a saludar en español y se amontonan al otro lado de la pantalla, con sus camisetas de colores, sus mellas en los dientes y su alegría contagiosa.

He sonreído. A pesar de todo, he sentido una caricia en ese lugar que no es físico, que se llama alma. Me la imagino, a mi alma, como una bola del tamaño de una nuez, que algunas veces se encoge y otras se esponja, y crece tanto que ocupa toda la cavidad torácica. No me deja respirar. Ha conquistado mis pulmones, mi garganta.

—¿Sabes por qué te sientes así, mamá? —me explica—. Porque no se te ha ocurrido a ti.

No entiendo a qué se refiere.

—Estás asustada, tienes miedo. Pero si todo esto hubiera sido idea tuya, estarías tan contenta como yo —intenta explicarme sin mucho éxito—. Tienes que cambiar el foco.

—Mi vida —replico—, es que se me han roto los esquemas. Yo solo quiero que seas feliz.

—Lo soy.

—... Y que estés a salvo, protegida de cualquier peligro, de cualquier enfermedad, que no te falte nada, que crezcas, aprendas, vivas, que te enamores, formes una familia, seas madre...

—Seré todo eso cuando llegue el momento. Pero ahora, mi sitio está aquí. Lo he encontrado. ¿No te alegras por mí?

—Es que tienes veintitrés años.

—Exacto.

Ponemos una fecha límite. Un año. Ella asiente. Sé que me está dando la razón como a los tontos, que no tiene la menor intención de cumplir su palabra. Pero, al menos, me brinda la oportunidad de creerme mi propia mentira; de responder al que me pregunte que mi hija Gabriela se ha tomado un año sabático y está en Camboya, ayudando en un pequeño orfanato a las afueras de la capital. Que regresará más madura, más centrada, después de esta experiencia transformadora. Que le será más fácil enfrentarse a las dificultades cotidianas, con este bagaje humano a sus espaldas.

Todo esto podré decir, pero será falso. Gabriela no volverá.

—Ven a verme —me propone—. Te quedarás más tranquila.

Pero sigo enfadada. No con ella, sino con la voluntad de Dios, con la vida, con el mundo. Mi madre y Pichu callan. Margarita y Valentina me abrazan, cada una desde un lado del sofá. En esta casa ha ocurrido una desgracia, el lazo se ha roto, el globo se ha escapado y ya no podemos verlo porque nos deslumbra el sol.

—Oye —protesta Gabriela al otro lado de la línea—. ¡Que no me he muerto!

Sus hermanas, más prácticas, consultan en internet cuál es la vía más rápida para llegar a Phnom Penh. Encuentran un vuelo que tarda quince horas. Pero no es directo; hay que hacer escala. Multiplican el precio por tres. Mi madre se apunta. Pichu también. Ya somos cinco.

—¡Esperad un poco! —suplica Gabriela—. Acabo de llegar. No me ha dado tiempo a instalarme. ¿Y si al final me arrepiento?

Ojalá, dice mi reloj de arena, y no sabe si darse otra vez la vuelta, ante esta perspectiva tan prometedora.

—¡Yo os invito al viaje! —exclama mi madre, desde su butaca, como si nos estuviera proponiendo unas vacaciones, en lugar de un rescate—. Por vuestro cumpleaños. Dentro de cuatro meses.

Cuando colgamos lloramos todas. Los dos plazos se nos hacen eternos: cuatro meses si Gabriela no cambia de idea, doce si cumple su palabra. En cualquier caso, acabamos de entrar en el túnel y no vemos ninguna luz. Tal vez no la haya. Puede ser que este túnel conduzca al centro de la Tierra, a la oscuridad infinita, a otra dimensión. Es como el agujero por el que se precipitó Alicia, golpeándose con las paredes, cayendo a plomo, perdiendo el contacto con la realidad, dejando de ver, de respirar, de sentir.

—Menuda egoísta —va y se le ocurre decir a Pichu, entre dientes, en medio de nuestra desazón. Solo la oigo yo, y asiento en silencio.

Es irónico. Mi hija quiere dedicar su vida a trabajar como voluntaria en un orfanato, y a nosotras nos parece que tal decisión es un acto ególatra y cruel. Hay algo que no funciona bien en nuestra concepción de la generosidad. Tendrá que pasar algún tiempo hasta que nuestros ojos se acostumbren a la penumbra, y después a la luz del nuevo amanecer.

En cualquier caso, sospecho que a Pichu le duele algo íntimo, además de la ausencia de mi hija. Está tensa, como si contuviera una rabia inconfesable, se enciende un cigarrillo y sale a fumar a la terraza.

La sigo.

—¿Qué te pasa?

—No te lo puedo decir.

Soy una gran adivinadora de malestares. Lo hago con mis hijas continuamente. La táctica consiste en formular las preguntas correctas y manejar bien los silencios.

—Tiene que ver con Gabriela, ¿verdad? —disparo y espero.

—¿Para qué me preguntas si ya lo sabes todo?

Aguardo. Me concentro. Ella se traga el humo.

A pesar de que estoy conmocionada, y que no soy capaz de pensar con claridad, trato de unir los hilos de este misterio. Entonces, como si se abrieran las nubes y un rayo de sol me iluminara desde el cielo, doy con la explicación.

—¿Es por Rodrigo?

Pichu tira la colilla al suelo de mi terraza y la pisotea como si fuera un escarabajo. Como es muy dramática, habla mirando al infinito, pero, en este caso, el infinito termina en la fachada del edificio de enfrente, en un árbol sin hojas cuyas ramas alcanzan la altura de la ventana, en un semáforo que ahora está en rojo y en una farola que ya está encendida. Me cuenta que Rodrigo quiere dejar las oposiciones. Tirarlo todo por la borda.

—Está enamorado de Gabriela desde hace años —me confía sin sospechar que yo ya lo sabía—. No se lo ha dicho a nadie. Aunque ya da lo mismo.

Ese amor adolescente que ha ido fortaleciéndose con el paso de los años ha sido la razón de su existir, el motor de todos sus esfuerzos por aprobar la carrera primero, las oposiciones después, con la ilusión de ganar lo suficiente como para poder comprar una casa y pedirle a Gabriela que se case con él. Pero ella lo ha echado todo a perder.

Entiendo su enfado. Resulta que Rodrigo lleva varios días sin salir de su cuarto, tirado en la cama, mirando al techo.

—Tiene una crisis existencial —resume Pichu.

Se sienta en una incómoda butaca de ratán sin cojines. Entro en casa y vuelvo con una manta para cada una. Ella enciende un

segundo cigarrillo y se estremece.

—Gabriela no sabe lo que quiere —le digo—. Está confusa, perdida. Cuando me contó que se iba de viaje, me explicó que le da mucha angustia pensar en el futuro. No se trata de Rodrigo. De hecho, creo que siente algo por él que no sabe identificar. Y ese algo es amor, Pichu, un amor profundo, intenso y evidente. Pero tiene miedo a verse atrapada en una vida convencional.

Es difícil para nosotras comprender a nuestros hijos. Prefieren enfrentarse a lo desconocido antes que lograr lo que, a su edad, era nuestro único objetivo: un trabajo estable, una casa, unos niños, una vida sin sobresaltos.

—¿Y qué es lo que quieren? —me pregunta, retóricamente, creo. No respondo, claro—. Que me digas qué es lo que quieren —insiste.

No era retórico.

—No lo sé —le confieso—. Tal vez ser diferentes a sus padres.

El vecino de enfrente ha salido a tomar el aire a su balcón. Está en su derecho, pero nos incomoda. Nuestra conversación, que iba por buen camino, termina abruptamente. Entramos en casa y volvemos a nuestros puestos en el sofá de las plañideras. Mi madre les está contando a las niñas que, una vez, hace muchísimos años, viajó a la India con el abuelo. No sé si lo hace para consolarlas o para distraerlas. No se da cuenta de que no es lo mismo alojarse en un hotel de lujo que cobijarse en un edificio de hormigón con goteras, que sus recuerdos de elefantes enjoyados y templos de marfil no tienen nada que ver con el asunto que nos ocupa. Empiezo a pensar que le hace ilusión viajar a Camboya, vivir una aventura, y me temo que de un momento a otro vaya a preguntarnos si nos parecería bien que nos acompañase Carlos.

—¿Os parece bien que nos acompañe Carlos? —dice por fin—. Así estaremos protegidas por un hombre, que, en esos países del tercer mundo, a las mujeres se nos desprecia una barbaridad. Si vamos las cinco solas, podríamos ponernos en peligro.

Me muerdo el puño con disimulo. Las niñas dicen que les da igual, que, al fin y al cabo, ella es la que invita.

—Pero no os preocupéis, que dormiremos en habitaciones separadas —nos tranquiliza.

Miro a Pichu. Nos da un ataque de risa histérica.

33

Así que solo me queda Valentina, y me temo que no por mucho tiempo. Se pasa el día entre la universidad y el obrador, incluidos los fines de semana. Encuentra recetas en viejos libros de repostería, las pone en práctica, inventa sabores nuevos, juega con los ingredientes y mezcla, por ejemplo, la sopa de remolacha con el helado de vainilla. Yo soy su conejillo de indias porque dice que tengo el estómago a prueba de bombas.

Pero se siente muy sola en la Tartería, sin Gabriela y sin Rodrigo. Y también un poco desbordada.

—Lo de las tartas está bien —me explica—, pero creo que necesito aprender más, ampliar mis horizontes.

—¿En qué estás pensando?

—No sé —responde con vaguedad—, tal vez en unas prácticas o en un curso de cocina en el extranjero.

Su ilusión es abrir su propio restaurante, ganar una estrella, o dos o tres, que alguien la llame «chef» y que vengan los críticos gastronómicos a probar sus platos.

—Pero no te preocupes, que por ahora no me voy.

Qué alivio. Empezaba a sospechar que Valentina y Margarita estaban tramando algo a mis espaldas.

—Menos mal, por un momento pensé que me ibas a decir que te quedabas a vivir en París con tu hermana —la sondeo.

—¿Y qué haríamos con Alexandre? —se le escapa.

Se da cuenta de que ha dicho lo que no debía. Se calla de golpe.

Pero yo logro sonsacarle que el muchacho llama a Margarita a todas horas, que se presenta de improviso, que mi niña está loca de amor, que flota. Imagino que, tarde o temprano, Alexandre conquistará la buhardilla y ya no habrá sitio para nadie más, ni siquiera para la gata francesa.

Ella también se ha enamorado. Pasa muchas noches en la calle y vuelve agotada, hambrienta, sucia. Devora su plato de comida y después se echa a dormir en cualquier rincón. A veces en la tierra de los geranios, si encuentra la ventana cerrada. Pero no maúlla. Eso solo lo hacen los gatos domésticos, para doblegarse ante sus amos. Nuestra gata es demasiado soberbia. Prefiere pasar frío que suplicar piedad. Así le va. Tiene el cuerpo cuajado de cicatrices, una pata herida y mordiscos en las orejas, pero si el atún se ha quedado seco, lo desprecia con una altivez asombrosa. Empiezo a pensar que es la reencarnación de Coco Chanel.

A Alexandre le hace mucha gracia la personalidad de la gata mendiga. Dice que, en algunas cosas, le recuerda a Margarita. En su fortaleza, su independencia, su nobleza. Se toleran con respeto. Se saludan al llegar, se ignoran el resto del tiempo y se despiden con indiferencia.

Ahora es él quien ocupa el sofá casi todas las tardes. La gata se ha replegado a la cama. Y creo que solo es cuestión de días que cambien las tornas.

Flora me escribe desde París para contarme que viene a Madrid por un asunto de trabajo. No tiene mucho tiempo, porque es un viaje relámpago, de ida y vuelta en el mismo día. Pero me dice que tal vez podríamos almorzar juntas, en alguna terraza del centro, croquetas, patatas bravas y torreznos. Es la típica turista que se sienta a una mesa al sol, en la plaza Mayor, y pide pulpo y sidra. Le recuerdo que le debo una comida en casa y preparo una mesa para dos, con los manteles que compré en Portugal, la vajilla de Vejer, los vasos de Venecia, las tartas de Valentina, el pastel de berenjenas de Romi y el primer gazpacho del año. Estamos en marzo. Acaba de brotar el único almendro de mi calle.

Flora entra en mi casa precedida por una ráfaga de perfume de nardos. Se ha cortado el pelo a la francesa y viste con colores alegres, pero discretos, porque viene de visitar la nueva tienda que la Maison quiere abrir en una galería comercial de lujo cerca del centro que, según me cuenta, va a ser tan importante como la de Vittorio Emanuele II, en Milán. Han alquilado un montón de metros cuadrados a precio de oro, y ahora van a necesitar a alguien que la dirija, que la atienda, que la promocione...

—En fin —suspira—, que va a haber mucho baile de sillas en la casa.

Le sirvo un vino blanco muy frío que guardaba para ocasiones especiales. Ella alza la copa, propone un brindis.

—Por las oportunidades.

No entiendo muy bien a qué se refiere, pero la acompaño en su deseo y bebo con ella.

—He pensado mucho en Margarita —dice al fin, mirándome fijamente—. Me gustaría que se quedara en la empresa. Tiene talento, energía, ilusión...

Se me ilumina la cara. Después se me apaga. En una centésima de segundo he imaginado a mi niña trabajando de verdad en París, no como becaria, sino como una auténtica profesional. Progresando, creciendo, teniendo éxito. Pero, inmediatamente después, me he dado cuenta de que dicha realidad llevaría aparejada su marcha definitiva. Me he asomado al futuro con gafas de ver de cerca: Margarita se convierte en Flora, vive como ella, habla como ella y se corta el pelo a la francesa.

—Flora —le pregunto a bocajarro—, ¿tú eres feliz?

La desconcierto, claro.

—Bastante, sí —me responde, sincera.

Qué lista es Flora. Ha leído mi pensamiento. Se ha figurado a su hijo Alexandre viviendo en Dubái, o en Nueva York, siendo muy feliz lejos de su madre. Me ha comprendido en menos de treinta segundos.

—También podría conseguirle a Margarita un trabajo en Madrid —barrunta—. Puedo proponer que le hagan un contrato fijo, la trasladen desde París y se una al proyecto de la nueva tienda.

Parece una perspectiva maravillosa, pero en lugar de entusiasmarnos con la idea, las dos nos echamos para atrás en nuestras sillas y nos quedamos pensativas. Ambas tenemos el mismo nombre en la cabeza: Alexandre, y las dos nos encontramos en el mismo laberinto. Si Margarita vuelve a Madrid, arrastrará con ella al hijo de Flora, su único antídoto contra la soledad. Si no vuelve, la que se quedará sin su niña seré yo.

Paso la noche en vela previendo el futuro de Margarita. Siento la tentación de levantar el auricular del teléfono y despertarla. En lugar de llamarla, le escribo un mensaje: «Ven a Madrid, que quiero verte». Pero ella me responde que ahora no puede faltar a su trabajo, que en la Maison la necesitan más que nunca.

Nada más leer su mensaje, llamo a Flora.

—Quisiera pedirte un favor personal —le suplico—. Plantéale a Margarita las dos posibilidades: la de quedarse en París y la de volver a Madrid. No le digas que me lo has contado primero a mí. No quiero influir en su decisión.

34

A las ocho de la tarde, mi madre viene a verme sin avisar, y me encuentra en pijama. Es el mismo que les regalé a las niñas en Navidad, suave, caliente y de cuadraditos escoceses. Ese que consiguió tantos *likes*. El que nos ponemos a juego, siempre que coincidimos las cuatro en casa.

Que mi madre me pille en pijama es peor que si me descubre con un hombre en la cama. Noto su desolación al verme, y pienso que esto no se termina nunca; que por muy mayores que sean nuestras hijas, a las madres siempre nos ilusionará la idea de que hagan realidad nuestros sueños, sin entender que lo que nos hace felices a nosotras tal vez a ellas no.

—¡Me he comprado la casa de Carlos! —lanza al espacio sideral, como si enviara un cohete a la luna.

No me puedo creer lo que acabo de oír. Se me atraganta el té de caramelo y vainilla que me estaba tomando tan a gusto.

—¿¡Que has hecho qué!? —balbuceo, incrédula.

—Ha sido facilísimo —me explica—. La he comprado de incógnito, a través de una inmobiliaria, sin decir mi nombre ni nada.

Me llevo las manos a la cabeza. La cantidad de dinero que mi madre maneja es un misterio para mis hermanos y para mí. En principio, no debería ser dueña de una gran fortuna, ya que mi padre era ingeniero y no millonario. Me aterroriza la idea de que haya hipotecado su piso de Madrid para poder quedarse con la casa de la playa de su novio.

—No, no —me tranquiliza—. No he tenido que hipotecar ni que vender nada. He echado mano de mis ahorros.

¡Pero qué ahorros!, me pregunto. De dónde saca mi madre tanto dinero. Ella sonríe misteriosa y no suelta prenda. Las teorías del atraco a mano armada, la del secuestro y la del tráfico de drogas cobran nueva fuerza.

—Guárdame el secreto, ¿eh? —me pide—. Que Carlos no lo sabe todavía. Tiene un disgusto, el pobre, con esto de la venta de la casa... Verás qué alegría se lleva cuando le diga que la he comprado yo. Para nosotros. Para sus nietos. Para los míos.

Repaso mentalmente las consecuencias de esta acción temeraria. Le pregunto si ha pensado en las hijas de Carlos, en su más que probable indignación. ¿De verdad cree que irán a visitarles? ¿No se da cuenta de que es posible que Carlos no vuelva a verlas jamás, ni a ellas ni a sus nietos?

—Hija mía, en esta vida todo es cuestión de tiempo —sentencia.

—No, mamá. No lo es.

—Tú no digas nada hasta que las aguas vuelvan a su cauce. Cuando llegue el momento, le damos la sorpresa.

Le brillan los ojos. Está eufórica. Me pregunto si tengo derecho a arrebatarle esta emoción adolescente. Me repito una y otra vez que se trata de su vida, no de la mía, que es su dinero, su ilusión, su proyecto.

Mi madre viaja sola en tren, en misión secreta. Le ha dicho a Carlos que está en Trujillo, en casa de Marichu, la excusa de siempre. Pero, en realidad, se ha levantado temprano y se ha marchado a la estación, se ha comprado un billete y ha visto pasar los campos y los pueblos a la velocidad del rayo. Después, ha dejado sus cosas en nuestra casa de la playa, ha encendido la calefacción y se ha encaminado, pasito a paso, a visitar la casa de Carlos.

Ya tiene la llave. La ha colocado en un llavero rojo, con forma de corazón. Con ella abre la puerta de su nueva propiedad.

Le impacta constatar que de allí nadie se ha llevado nada. Ni los muebles, ni los cuadros, ni los adornos, ni los marcos de fotos.

Pasea por los recuerdos de otra mujer y otras hijas. Nota el corazón pesado, las piernas flojas. Se sienta en un sofá frío y húmedo, y mira a su alrededor.

Carlos la contempla desde un retrato enmarcado en plata sobre la chimenea, celebrando su ochenta cumpleaños, rodeado de nietos. Lleva en la cabeza una gorra de capitán de navío, en la boca una pipa, en la mano, la de su mujer, que tiene aspecto enfermizo y cansado, pero sonríe con ternura y abraza a los suyos. El resto de esa mujer está repartido por toda la casa. Mi madre la descubre dentro de cada armario, de cada cajón. En el dormitorio principal aún cuelgan algunos de sus vestidos de verano. Sobre la mesa de noche, sigue cerrada la novela que no llegó a terminar de leer. Junto a su perfume de rosas, hay un frasco de la colonia de lavanda que usa Carlos.

También él está presente en todas partes. Su sombrero de Panamá, el que se levantaba elegantemente cuando veía pasar a mi madre por delante de su casa, cuelga del perchero de la entrada. Y en el salón, sobre una balda, reposan el catalejo, las caracolas, la vieja cámara y la pipa de la foto.

Mi madre encuentra una manta de lana que huele a humedad, dentro de un arcón de madera. Se abriga con ella y recorre, metro a metro, el resto de la casa. Pero no consigue sacudirse el frío. Se le ha instalado dentro de los huesos, dentro de los pulmones. Esa noche le sube la fiebre. Trata de dormir en su cama de siempre, pero termina acurrucada en el sofá del salón, con una tisana caliente y una incontrolable tiritona.

Ella, que jamás ha acusado la ausencia de mi padre, esta noche le llama, le añora, le necesita más que nunca. Recuerda sus caricias de manos anchas, sus andares torpes y sus besos dulces. Busca en nuestra casa la foto en la que estamos todos: las trillizas recién nacidas, mis hermanos, mis sobrinos, el padre de mis niñas y yo, al borde de la piscina. Después, mira por la ventana y ve la misma piscina, vacía, sucia, sola.

Todavía ni siquiera es primavera. ¿Qué esperaba?

35

Lo de Gabriela me está provocando una auténtica crisis de ansiedad. Ojalá pudiera ser diferente; serena y confiada como mis amigas, a las que les he contado lo que está sucediendo en mi familia. Me felicitan por tener una hija tan buena, con tantos valores. Pero, claro, sus hijos están a salvo, en sus hogares del primer mundo, y ellas duermen tranquilas, mientras yo me desvelo imaginando todos los peligros y los horrores que le pueden estar sucediendo a Gabriela al otro lado del planeta.

La única que me comprende es Pichu. Ella tampoco es capaz de conciliar el sueño. Nos encontramos las dos mal dormidas y ojerosas, delante de la máquina de café del despacho, y no necesitamos hablar; solo con cruzar nuestras miradas de perro apaleado, nos entendemos a la perfección. A ella le preocupa Rodrigo, su crisis existencial, su voluntad perdida. Me cuenta que pasa las horas echado en la cama, mirando al techo, sin abrir los libros. Que come mal, se ducha poco, no dice una palabra.

Valentina y yo tampoco mantenemos grandes conversaciones. Nos limitamos al mínimo intercambio de frases hechas.

¡Qué incertidumbre!, exclamaría mi bisabuela. Pobrecita. Su hijo pequeño, con dieciséis años, se alistó al ejército y murió en la guerra a los diecinueve. No pegó ojo en tres años, mi bisabuela.

Lo mío no se puede comparar con eso, lo entiendo. Pero la recuerdo mucho estos días, con su permanente luto, sus sobresaltos y sus desmayos. Nos daba la risa, a los niños, cuando se ponía

dramática y suspiraba, y exclamaba eso de la incertidumbre, que entonces no entendíamos.

Ahora sí, sé perfectamente a lo que se refería. A veces me quedo adormilada en el sofá, y de repente me despierto de un brinco, sin saber muy bien dónde estoy, como si volviera de un lugar muy lejano, o muy antiguo, en el que el cielo es de color vainilla y no existen la guerra ni la muerte, y me pregunto si ese limbo es el mismo en el que se mueven los niños antes de nacer, las madres de los soldados que están en el frente, y las bisabuelas que dormitan en cualquier rincón, tratando de encontrar algo de paz en ese otro mundo inexistente.

Gabriela cumple feliz con la rutina del desorden, de la que hablábamos hace unos meses, las dos sentadas en el tronco de un árbol, sin imaginar todavía la magnitud del caos que se nos venía encima. Me lo relata divertida al caer la noche en Camboya, que son, más o menos, las cinco de la tarde en España. Yo la veo en la pantalla del ordenador del despacho y quisiera abrazarla, besuquearla, limpiarle la suciedad de la cara, peinarle el pelo revuelto, alimentarla, mecerla, consolarla. Algunos días se emociona al hablarme de sus niños. Ellos son ahora los que la reconfortan. Me dice que no hay nada más dulce que el sonido de sus risas. Pero conoce su historia de pobreza, hambre y abusos, así que no puede evitar sufrir por ellos, aunque sean los seres más alegres de la Tierra. Tal vez se sienten a salvo entre sus brazos, creyendo, equivocadamente, que mi hija tiene el poder de cambiar la realidad del orfanato, y transformarlo en un jardín de infancia.

Esta mañana ha bajado al ambulatorio para atender a un chiquitín que ha llegado con las dos piernas rotas. Al parecer, le ha arrollado uno de los camiones que descargan basura en el vertedero. Ni siquiera se ha detenido para prestarle auxilio. Lo han traído sus hermanos mayores, en volandas, y una vez en el refugio, lo han abandonado a su suerte y han regresado corriendo al trabajo. Nadie sabe cómo se llama, ni cuántos años tiene, ni cuándo fue la última vez que comió algo que no estuviera podrido.

Gabriela se ha ocupado de lavarlo, antes de que el médico le diagnosticara sida y malnutrición. Lo de la fractura de sus huesos es lo menos grave de todo. Lo han vendado y ahora está profundamente dormido por el efecto de los analgésicos. Mi hija está sentada a su lado, esperando a que se espabile, con un plato rebosante de papilla en equilibrio sobre las rodillas. De vez en cuando le acaricia el pelo ralo, los párpados, las mejillas. Pero el niño se ha escapado a ese limbo de cielos color vainilla. Mejor que no lo despierten.

Hay una puerta pintada de verde esperanza, cuatro camas en fila, un lavabo y un armario donde se guardan algunos medicamentos. Esa puerta ha permanecido cerrada durante toda la mañana. El niño sin nombre es el único paciente de la sala. Por la ventana abierta, se cuelan las voces de los que juegan en el jardín, y Gabriela se imagina que, dentro de unos días, cuando se le hayan soldado los huesos, este pequeño será uno de ellos, y podrá dar patadas al balón o parar goles.

En ese instante, sin hacer mucho ruido, alguien entra en el ambulatorio.

A contraluz, Gabriela reconoce el cuerpo amigo, el que ha crecido con ella y la ha protegido siempre, como un hermano mayor, como uno de los árboles gigantes de Angkor cuyas raíces se aferran al granito, lo trepan, lo abrazan. Es Rodrigo.

La mira y sonríe. Avanza por el pasillo estrecho que queda entre las dos ventanas y las cuatro camas. Encoge los hombros, le muestra las palmas de las manos, indicándole que viene en son de paz, sin ninguna pretensión, ningún plan.

Gabriela nota que el plato de papilla tiembla sobre sus rodillas. No sabe lo que siente. Es una mezcla de alivio, indignación, alegría, rabia, cansancio y amor incondicional. Pero lo estrecha entre sus brazos, lo respira, y el latido de sus corazones se acompasa. Por fin se besan. Hace tanto tiempo que lo deseaban que el tiempo se detiene en el momento exacto en el que se conocieron. Gabriela tenía tres años. Rodrigo, cinco.

—Tienes razón —le dice él al oído—. La vida hay que vivirla.

—Estás loco —responde ella—. Aquí no se viene al rescate, Rodrigo.

—No he venido a eso —miente él, sin soltarse del abrazo más cálido que ha sentido en su vida—. He venido a darles clase de derecho mercantil a estos sinvergüenzas. Y a traerte a ti una caja de acuarelas, de las buenas, de las que te olvidaste en la Tartería.

Se aproxima a la cama del niño sin nombre. Sonríe, se arrodilla a su lado. Ha dejado tirada su mochila en un rincón del patio y ha llegado a zancadas hasta el lugar en el que le han dicho que podía encontrar a Gabriela. En realidad, no sabe qué está haciendo aquí, cómo ha sido capaz de reunir el valor para cruzar el mundo, qué pretende, qué espera.

El niño abre los ojos. Se echa a llorar.

Gabriela también llora, y a Rodrigo le caen unas lágrimas redondas, pesadas y calientes por el surco de sus ojeras.

36

Valentina ha vuelto a su habitación de una sola cama, a pesar de que el otro dormitorio es mucho más grande y tiene dos armarios. Se niega a aceptar que ninguna de sus hermanas vaya a volver a casa en los próximos meses, y no quiere invadir su espacio deshabitado, por mucho que yo la animo a instalarse allí, a cuerpo de reina. De vez en cuando, tanto ella como yo entramos en ese cuarto, permanecemos un momento quietas bajo el dintel de la puerta, levantamos las persianas, nos sentamos a los pies de las camas, y dejamos que el color naranja del atardecer se pasee por sus paredes, como una presencia traslúcida que recorre cada uno de sus rincones, ilumina el baile de motas de polvo en suspensión y se acuesta a dormir entre las sábanas blancas, al final del arcoíris.

Flora habló con Margarita sobre su futuro en la Maison. Le expuso los dos posibles escenarios y le recomendó que no tomara su decisión a la ligera, sino que lo pensara despacio, examinara los pros y los contras y calculara sus consecuencias. Pero el enamoramiento, a los veintitrés años, es una fuerza de la naturaleza que arrasa con todo, lo desertiza, lo anega, lo cubre de lava. Margarita respondió en ese mismo instante:

—Me quedo en París.

Esa tarde, al llegar a casa, siente removerse algo en su interior. La pequeña buhardilla sobre la rue du Temple la recibe con una alegría inusual. Todavía es de día al otro lado de las dos ventanitas, los geranios subrayan de verde y rojo el estrecho alféizar y las láminas de pizarra reflejan el atardecer del cielo invisible, que se

precipita desde los tejados, al final de la calle. Lleva casi ocho meses viviendo en ese diminuto refugio alquilado, y nunca, hasta ahora, se había sentido en casa. Si le hubieran preguntado dónde vivía, habría respondido que, en Madrid, con su madre y sus hermanas, en un piso elegante, acogedor y luminoso, no muy lejos del parque del Retiro. Sin embargo, tras aceptar el trabajo que acaba de ofrecerle Flora, su perspectiva ha cambiado. El dormitorio de su infancia, de paredes color rosa, aparece borroso y lejano, constreñido entre el techo y el suelo. Y al mismo tiempo, las vigas inclinadas de su nuevo hogar crecen y se ensanchan, igual que plantas trepadoras que buscan el aire y la luz.

En un rincón en penumbra, la gata francesa maúlla en susurros, como si tuviera un secreto que contarle. Margarita se aproxima despacio, teme que esté enferma, o herida. Últimamente se ha comportado de un modo algo errático, despreciando la comida y desapareciendo durante noches enteras en el París de los peligros. Tal vez su actitud tenga algo que ver con Alexandre: el olor de su espuma de afeitar, sus pies descalzos sobre el suelo de madera, su omnipresencia en el sofá, y su voz de seda, su risa profunda y sus manos suaves, que ignoran a la gata callejera, ocupadas en arrullar a Margarita, arroparla, mecerla y acariciarla.

Es una gata doblemente abandonada.

Lo piensa y se encoge, mi niña, apiadándose del animalillo flaco que convive con ella, hasta que se da cuenta de que la mendiga está acurrucada sobre el jersey de Alexandre. Lo ha arrastrado desde los pies de la cama, donde lo dejó doblado esta mañana, y se ha construido un nido con él. Un colchón cálido en el que parir a tres gatitas, las tres negras, ciegas, desorientadas, escondidas debajo de sus tetillas, a las que se agarran con uñas y dientes, conscientes de que ella es su única posibilidad de sobrevivir.

Margarita se arrodilla a su lado, le acaricia la cabeza, le pide permiso para sostener a las pequeñas y llevárselas a la nariz, a la boca, cubrirlas de besos, y volver a dejarlas junto a ella, encima del jersey de Alexandre. Cuando le llame por teléfono para contarle lo

que ha ocurrido, le dirá que la elección de la gata tiene un significado tierno, que no se disguste por el estropicio de su jersey, que ella le comprará uno nuevo con su primer sueldo. Le asegurará que, de no estar también la gata enamorada de él, no habría escogido, precisamente, esa prenda impregnada de su olor, el de su piel, el de su pelo, el de su colonia. Coloca un cuenco de agua y otro de comida cerca de la camada que se retuerce y maúlla. Sabe que las próximas noches serán ruidosas.

Entonces me llama. Antes que a Alexandre, me llama a mí. Y me encuentra sentada a los pies de su cama, mirando la misma luz naranja del atardecer que está viendo ella, esa que toma cuerpo y se acuesta a dormir entre sus sábanas vacías.

—Mami —me dice—, Flora me ha ofrecido un trabajo en la Maison. Uno de verdad, con contrato fijo. ¿No es un sueño?

—Sí que lo es —respondo, abrazada a uno de sus almohadones —. Es la mejor noticia del mundo. Sabía que lo conseguirías.

—Pero, mamá —suspira—. Esto significa que tendré que quedarme a vivir aquí, en París.

—Obvio.

—Te prometo que iré a verte todo el tiempo —se apresura a añadir—, y tú podrás venir aquí siempre que quieras, y haremos planes, disfrutaremos juntas de la ciudad...

—Por supuesto, cielo, eso haremos.

—Nos veremos más que cuando vivía en casa.

Me pide que no se lo cuente todavía a sus hermanas. Quiere ser ella quien lo haga, a su manera, con cuidado. Entiende que es una decisión importante, y le gustaría explicárselo cuando estén las tres juntas, aunque tengan que pasar dos meses hasta que vayamos a visitar a Gabriela a Camboya.

—Pero necesitaba compartirlo contigo —se emociona—. Además, hoy ha ocurrido algo inesperado. La gata ha parido trillizas. Me las he encontrado en un rincón, recién nacidas, y me he acordado de nosotras. De ti. De cuánto nos has cuidado y protegido.

—Seguro que son preciosas —suspiro—. Tan indefensas.

—No sabes cómo buscan a su madre, con los ojitos cerrados y muertas de hambre.

—Los recién nacidos son maravillosos. Es tanto el amor que se siente...

Continuamos intercambiando frases como estas durante un buen rato. Ambas sabemos que no nos referimos ya a las gatas, sino a mis tres niñas que, como el agua, se me escurren entre los dedos de las manos.

Cuando colgamos, ya es de noche.

Valentina no vendrá a cenar. Me lo ha avisado hace un rato.

Encuentro una vieja cajita de acuarelas de Gabriela, y unos pinceles que ya no usaba, y unos cuadernos garabateados, dentro del cajón de su mesa de trabajo. Los coloco sobre la superficie manchada de pintura, donde mi niña suele pasar horas dibujando. Enciendo la luz, traigo un vaso de agua de la cocina y dejo que mi mano se deslice por el lienzo blanco, poroso.

La mano se mueve sola. Mi pensamiento se ha escapado volando, y ahora está flotando en el limbo de cielos color vainilla. Ante mi asombro, sobre el papel, veo aparecer los tres rostros de mis hijas. Están sonriendo, charlando, sin darse cuenta de que las voy a encerrar para siempre en este lienzo, y no las voy a dejar escapar jamás.

He mojado los pinceles en el agua de mis lágrimas. Ahí se queda mi llanto, teñido de azul, rosa, amarillo y púrpura, en los rostros de mis hijas, sus manos, sus vestidos y sus piernas largas, su piel blanca, su pelo negro, sus vidas de colores.

Cuando llega Valentina, pasada la medianoche, todavía estoy en trance, recostada sobre la mesa. He pintado seis cuadros en tres horas. Me duelen la espalda, las manos, los ojos y el alma. Estoy exhausta.

Valentina parpadea, incrédula. Recoge los seis dibujos del suelo, donde los encuentra tirados de cualquier manera.

—¿Esto lo has hecho tú? —pregunta con los ojos como platos.

—Sois vosotras —acierto a decir antes de caer rendida, de bruces sobre la mesa, atrapada en un sueño profundo.

Mi hija me acuesta en la cama de su hermana. Me quita los zapatos, me tapa con las sábanas. Y yo noto, perfectamente, el cuerpo del arcoíris acurrucado a mi lado.

37

Me llama mi madre para invitarme a celebrar el cumpleaños de Carlos.

—Una cena en mi casa, contigo y las niñas —me dice—. Muy informal, muy familiar.

—Las niñas no están. Solo Valentina —le recuerdo—. Va a ser un poco raro, ¿no?, los cuatro solos...

—Ya. Es que sus hijas no quieren venir. Y tampoco quieren ver a su padre, aunque sea sin mí. En fin.

Trato de desbaratar sus planes. Le aseguro que a Carlos, probablemente, le apetecerá más cenar con ella a solas, pero me rebate la idea; se anima a medida que hablamos y decide convidar también a Pichu.

—Pobrecita —me recuerda—, menudo disgusto tiene con lo de Rodrigo.

Trago saliva. Por mi memoria atraviesan escenas sobrecogedoras: Pichu aporreando la puerta de mi casa y gritándome desde el descansillo, acusándome de ser la instigadora de la marcha de Rodrigo a Camboya. Yo, sin entender una palabra, encogida al otro lado de la pared, pidiéndole que se tranquilice, por Dios bendito, que no sé de qué me está hablando, que baje la voz, que va a despertar a los vecinos. Al final, consigo hacerle entrar en razón, le preparo una tila, la arropo con una manta y espero a que se fume dos cigarrillos seguidos, antes de enfrentarme, por fin, a su disgusto. Cuando se serena lo suficiente como para articular un discurso inteligible, me cuenta que acaba de recibir un mensaje de

Rodrigo. Dos escuetas frases que más parecen el telegrama de Marte que una explicación moderna a su súbita desaparición: «Estoy en Camboya. Estoy bien». Reconoce que lleva dos días esperando alguna noticia de su hijo. Que después de su encierro, su silencio y su crisis existencial, Rodrigo metió dos o tres camisetas en una mochila y se marchó, con un saco de dormir, una estera y unas botas «a acampar y pensar». Que apagó el móvil y no ha vuelto a saber nada de él desde entonces.

—Me imaginé que se habría ido a Tarifa o a algún sitio de esos, de *hippies* —recuerda, temblorosa—. Hacía varios días que no se afeitaba, y tenía el pelo largo, la piel pálida, los brazos caídos. Parecía un náufrago.

Llamamos juntas a los chicos.

Rodrigo se disculpa con su madre; le explica que la decisión de irse a Camboya, con Gabriela, ha sido únicamente suya, que yo no he tenido nada que ver, y que, si no se lo había contado antes, era porque la conoce bien y sabe lo dramática que es.

—¿Yo, dramática? —se indigna Pichu, como si ese calificativo no la representara en absoluto.

La cuestión es que ha quedado probada mi inocencia, y otra vez hemos vuelto a ser amigas. De hecho, la causa común nos ha unido todavía más. Ahora nos llamamos a todas horas y damos largos paseos por calles que nunca antes habíamos transitado, porque nos echamos a andar, a maldecir, a lamentar, se nos va el santo al cielo, y luego no sabemos cómo hemos llegado hasta allí, ni como regresar al punto de partida.

Pero hay algo que, aunque preferimos apartar de nuestros pensamientos, nos está sucediendo a las dos. A veces nos quedamos calladas, sentadas en algún banco de algún parque desconocido, con los ojos vidriosos y la mirada perdida, e imaginamos a los chicos viviendo su aventura en Camboya.

Rodrigo juega al fútbol con un niño subido en los hombros, marca un gol, lo celebra dando saltos. Los demás pequeños lo rodean y lo abrazan. No conocen otro padre, ni otro hermano mayor.

Él se está convirtiendo en su referente de amor incondicional. Gabriela es la capitana del otro equipo, organiza rápidamente una *mélange* de chiquillos amontonados en la que consuela y anima, y explica que hay que esforzarse más, ayudarse unos a otros. Después de la charla, chocan las manitas sucias, las rodillas con costras, las sonrisas sin los dientes que se llevó el ratón Pérez a cambio de unos caramelos. Cuando los niños duermen, Gabriela y Rodrigo se recuestan en el porche y comparten un silencio muy cómplice. Nunca han sido tan felices.

Y entonces, Pichu y yo, incómodas sobre el asiento de esta rígida pieza de mobiliario urbano, nos preguntamos si de verdad queremos para ellos otra cosa diferente a esta, si preferimos que se pasen la vida delante de un ordenador, en lo alto de una torre de hormigón y cristal, siempre angustiados por las facturas y los atascos. A lo mejor, lo que nos pasa es que se nos han roto los esquemas, y ya no le encontramos sentido a nada. Ni a los días que consumimos en el despacho, ni a los cafés que bebemos, ni a las horas extra, ni a las noches en blanco. Y nos damos cuenta de que todo este cosmos en el que nos movemos como planetas diminutos, pierde su razón de ser si nuestros hijos, en realidad, no necesitan nada de lo que, con tanto esfuerzo, les procuramos para ser felices.

Pertenecemos a una generación de supervivientes. Nos criaron unas personas cuyos padres pasaron hambre, miedo e incertidumbre, y a fuerza de trabajo y sacrificio, lograron reconstruir el mundo que se les había roto. Y esos padres nuestros, que tenían tan claro el rumbo marcado por los suyos, nos lo trasladaron a nosotros, con la certeza de que ese era el único camino que conducía al progreso, el desarrollo y la felicidad. Nosotros no tuvimos que pensar mucho. Nos bastó con cumplir con sus expectativas: unos estudios, un trabajo, un sueldo, una vida cómoda y confortable, la nevera llena, la calefacción encendida, la paz, el sosiego. Nuestro bienestar era su objetivo cumplido.

Pero nosotros no hemos pasado hambre, nuestros hijos tampoco, y el mundo ya no es un lugar hostil, sino un paraíso

inexplorado. Estos niños son como potros salvajes, como pájaros libres. No le temen a nada. Solo al sistema que construyeron sus abuelos, que perpetuaron sus padres y al que ellos no quieren pertenecer.

—Ya —suspira Pichu, como si me leyera el pensamiento—. Pero no se puede vivir sin trabajar. No se puede formar una familia, mantener un hogar, labrarse un futuro.

Me temo que nos espera una vejez de sobresaltos. Porque se nos está acabando el camino conocido y no sabemos por dónde continuar. Nuestros padres ya no están. Nuestros hijos han tomado un rumbo nuevo, y nosotras nos hemos quedado a oscuras, con mucha vida por delante y sin un mapa de carreteras como los de antes, de grandes hojas llenas de líneas y curvas, y un índice al final, con sus dobleces, sus cuadrículas y sus explicaciones, sus ciudades, sus pueblos, sus autopistas. Sin un origen y un destino claramente marcados con un rotulador sobre el papel.

—Entonces, cuento con vosotras, ¿verdad? —Mi madre me saca de golpe de mis cavilaciones.

—Sí, no te preocupes. Llevaremos una tarta.

Y cumpliendo nuestra promesa, nos presentamos las tres, a las nueve y media de la noche del jueves, en casa de mi madre. Hemos comprado un jersey para Carlos, unas flores para ella y unos bombones para Romi, que es la verdadera artífice de la deliciosa cena que nos aguarda en el horno.

Mi madre ha adornado la casa con globos, como si celebrara una fiesta infantil, y ha puesto un mantel alegre, copas de champán y platos de porcelana. Suspira satisfecha.

—Al final, Carlos viene con su amigo Ángel —nos avisa—. Dice que os va a encantar conocerlo. Sobre todo, a ti, chinita.

—¿A mí? —se extraña Valentina, que no entiende qué puede tener ella en común con un octogenario desconocido.

—¡Ah, no! —aclara mi madre—. Ángel es de vuestra edad, debe andar por los cuarenta y tantos o cincuenta.

A Pichu se le ilumina la cara. Ella es así, como un felino en la sabana, siempre alerta y muerta de hambre.

El misterio de la improbable conexión del invitado con mi hija Valentina se resuelve un minuto después, con un timbrazo, un recibimiento caluroso por parte de mi madre, y la aparición en el salón de Carlos y su amigo Ángel. Mi niña palidece al descubrir en el cincuentón prometido a uno de los chefs más famosos del mundo, su mundo.

Pichu y yo permanecemos impasibles; ni el señor es particularmente atractivo, ni tenemos la más remota idea de que nos encontramos ante una eminencia gastronómica, pero Valentina lo reconoce al instante. Me aprieta la mano con una fuerza inexplicable, y cuando le llega el turno de saludarlo con un beso en cada mejilla, está a punto de hacerle una reverencia.

A pesar de que celebramos el cumpleaños de Carlos, Ángel se convierte en el centro de atención. Nos habla de su trayectoria profesional, de su aprendizaje en Sevilla y Burdeos y de la idea descabellada de abrir un restaurante en un polígono industrial a las afueras de El Puerto de Santa María, para experimentar con los productos del mar.

—Carlos atendió a Ángel en aquel famoso accidente en el náutico, cuando se tropezó en un pantalán y se destrozó la pierna —nos relata mi madre sin poder disimular su orgullo—. La relación médico-paciente es de las que más unen a dos personas en esta vida.

Cuando llega el momento de soplar las velas, Valentina entra en el comedor portando su famosa tarta de fresas, chantilly y merengue, sobre una bandeja que tiembla visiblemente. Ángel la sigue con la mirada. Entiende, porque él también ha conocido ese balcón de la admiración y el deslumbramiento, lo que pasa por la mente de mi hija, y le dedica un guiño de complicidad antes de hundir la cuchara en el postre.

—Carlos me había hablado muchísimo de tus tartas —le dice después de saborearla y relamerse de gusto—. Y yo no le echaba

cuentas... hasta ahora. ¿Te gustaría hacer prácticas en mi restaurante? Siempre tenemos a diez o doce chavales aprendiendo con nosotros. Están un año, a veces dos. No pagamos mucho y se trabaja muy duro, pero la experiencia es muy buena.

Valentina no puede creer lo que está oyendo. Parece estar atrapada en un hechizo, aparta la mirada del famoso chef y la dirige hacia mí. Sin palabras, me está pidiendo permiso para aceptar esta propuesta, que para ella es lo mismo que un milagro.

—Pero, entonces, tendrás que cerrar la Tartería —se me ocurre objetar—. Con todo lo que te has esforzado, y todos los clientes que tienes, y esa página web tan bonita, y todo ese... —Pero interrumpo mi discurso al notar la luz que emana de su cuerpecito casi adolescente—. Por supuesto que vas a aceptar —me desdigo, y mi madre se pone a aplaudir como si formara parte del público de un programa de televisión de los años sesenta.

Descorcha una botella de champán. Brinda con Carlos, por los nuevos comienzos, por las sorpresas que nos depara la vida, por la felicidad inesperada. Y él, amable como es y educado, responde a su entusiasmo con alegría contenida, pero no se contagia de su emoción. Se deja besar y achuchar por ella, algo cohibido por nuestra presencia y la de su amigo Ángel, que baja la vista por respeto y pide otra porción de esa deliciosa tarta de fresa.

38

Carlos está en una encrucijada. Puedo hacerme una idea de lo que siente, porque yo también he estado en ese cruce de caminos. Cuando, a los trece años, las niñas llegaron a la edad de las inseguridades y la rebeldía, tuve un romance secreto con un hombre bueno, delicado y tierno, padre de dos hijos. Nos veíamos a escondidas, como si nuestro amor estuviera prohibido, a pesar de que los dos éramos, oficialmente, libres. Nos hacía gracia volver a vivir lo mismo que de adolescentes: el miedo a ser descubiertos, no ya por nuestros padres, sino por nuestros hijos, la emoción de nuestros encuentros clandestinos, las torpes mentiras y las explicaciones improvisadas.

Aquello duró seis meses. Lo terminé yo con el corazón roto.

Después de un tiempo viviendo peligrosa y apasionadamente, los dos empezamos a plantearnos la posibilidad de construir un futuro en común. Unas veces, imaginábamos una casa grande, rodeada por un bonito jardín, donde albergar a nuestros cinco hijos; otras, fantaseábamos con la idea de fugarnos a una isla desierta, y otras, protagonizábamos una vieja película en blanco y negro, en la que nos dábamos cita, una vez al año, en un enclave remoto, en lo alto de un acantilado o a la orilla de un lejano mar, y nos amábamos durante veinticuatro horas, ininterrumpidamente. Acto seguido, nos despedíamos saciados y envenenados y no volvíamos a vernos hasta el año siguiente. Así hacíamos durante décadas, mientras la vida pasaba, el pelo se nos teñía de gris y la cara se nos llenaba de arrugas. Nuestros hijos descubrían nuestro romance, cuando ambos

moríamos en un accidente de coche, y al reconocer nuestros restos calcinados, nos encontraban tomados de la mano.

Era bonito, pero no era verdad. Lo entendí el día en que, de una manera sobrenatural, comprendí que mi misión en la vida consistía en amar, cuidar y proteger a mis tres hijas adolescentes.

Cuando nacieron, comprobé que el amor no se divide, sino que se multiplica; que se expande con el mismo misterio con que lo hace el universo. Para mí, esa es la mejor explicación de la existencia de Dios. Si mi amor humano, multiplicado por tres, es infinito para cada una de mis hijas, el de Dios lo es para toda su creación, todas sus criaturas, todos los hombres que nacieron y nacerán en este planeta y en todos los planetas habitados. El suyo es exponencial, absoluto. El mío se reduce a tres. Tres niñas que absorben toda mi capacidad de amar. En esta ecuación, me dije, no hay sitio para nadie más, porque nunca podré dividir el amor que se multiplica.

Se lo expuse así al hombre que me prometía amor eterno. No entendió una sola palabra. La opción de encontrarnos una vez al año en la cumbre de una montaña recóndita no le pareció suficiente. Y rompimos aquel amor incipiente, antes de que se hiciera demasiado profundo para ser capaces de renunciar a él sin morirnos de pena.

Carlos, en el comedor de la casa de mi madre, rodeado de globos de color celeste, sopla las velas de su ochenta y cuatro cumpleaños ante un puñado de desconocidos. Sus hijas y sus nietos están tan ausentes como la mujer con la que compartió su vida. Se pregunta quién es él exactamente y qué hace en esta casa, con esta gente. Echa de menos la algarabía de su familia. Que le envuelvan los bracitos flacos de los más pequeños y le besen los labios pringados de tarta de las personas a las que verdaderamente ama. No se puede tener todo en esta vida, piensa, por muy injusta que sea esta verdad. Algunas veces, es necesario escoger, renunciar y continuar por el camino ancho, sin desviarse ni tomar atajos.

Cuando se quede a solas con mi madre, le explicará el motivo por el que deben dejar de amarse. A ella se le vendrá el mundo

encima. También tiene hijos, y nietos, protestará, no es verdad que sea imposible quererse, solo es una cuestión de tiempo y paciencia.

Pero Carlos, que ha guardado en el bolsillo de su chaqueta las velas del ocho y del cuatro, le hará entender que ya no hay tiempo. La vida se le acaba.

Nos vamos todos a la vez. Pichu, Valentina, Ángel y yo, en un ascensor atestado y somnoliento. Mi madre y Carlos cierran la puerta a sus espaldas y se acomodan en el sofá del salón.

Carlos trata de reunir el valor suficiente para enfrentarse a la desilusión de mi madre. Busca las palabras apropiadas porque no quiere herirla, pero no sabe cómo hacerlo.

En ese preciso instante, mi madre le toma de la mano. Se gira hacia sus ojos húmedos y le dice:

—Carlos, he comprado tu casa de El Puerto.

Carlos se ahoga. Siente arder lava volcánica en su esófago.

—Te la regalo —continúa mi madre—. Para ti, para nosotros.

Pero nota que algo no va bien. Carlos no salta de alegría, no la abraza, no se levanta ni baila con ella.

Suelta su mano, que quema.

—¿Qué te pasa? ¿No te alegras?

Y el hombre maduro, la roca, se echa a llorar como un niño. Ella trata de calmarlo, intenta acercarse al rincón al que se ha replegado. Él se lo impide. Le ruega que le deje solo, hasta que se recomponga.

Me da pena mi madre. Voy a consolarla porque me llama Romi y me describe la escena que se ha encontrado al llegar a casa esta mañana.

La descubro sorbiendo unos mocos inexistentes, aún sentada en el sofá de anoche, agarrada con tal fuerza a un cojín que no soy capaz de arrebatárselo. Por fin consigo intercambiarme por el saco de plumas y acariciarla con una ternura que no sabía que poseía. La cubro de besos, le repito mil veces que la quiero muchísimo y que, ni a ella ni a mí, nos hace falta un novio para ser felices. Así pasamos el día entero. En el despacho he dicho que estoy enferma. Lo estoy, en cierto modo. Y de repente, la responsabilidad de cuidar

de mi madre cae sobre mí como una fina lluvia cálida y dulce. Un orvallo que sabe a resina y a helechos. Un sirimiri que cala, empapa y se mete en los huesos. Un calabobos que encoge la ropa, riza el pelo y gotea.

Mi madre es un saco de huesos temblorosos. Se ha quitado los zapatos y veo sus pies deformados de tanto usar tacones. Rodeo sus muñecas con mis dedos y noto que le cuelgan las pulseras.

Me devuelve el abrazo. Me susurra al oído: «No me dejes sola».

Y sé que no se refiere únicamente a esta mañana, sino a la vida entera, al tiempo y la paciencia que nos queda, que, por muy breve que sea, serán infinitos.

39

—Poco se habla del pobre hombre aquel al que destrozaste la vida —me chincha mi garrapata, columpiándose en un hilo que se ha desflecado del visillo.

—¿Ahora me vienes con esas, después de siete años?

—A lo mejor ya la ha palmado —me desafía.

—Entonces —le respondo—, me estará esperando en lo alto de la escalera del Titanic, tal y como me prometió. Y cuando me muera yo, bicho cruel, subiré de uno en uno esos escalones alfombrados, vestida con el palabra de honor de nuestro último baile, y él me ofrecerá su mano y su amor eterno.

—A estas alturas, se habrá olvidado de ti y de esa cursilada del Titanic —insiste—. A lo mejor se ha casado con otra. ¿También la estará esperando a ella en lo alto de la escalera?

—No sé, garrapata, si el amor celestial es infinito, a diferencia de este sucedáneo del que nos nutrimos en la Tierra, y allí sí es posible repartirse y multiplicarse al mismo tiempo. O estallar como una supernova que nos envuelva a todos, en un abrazo cósmico, universal.

—Tú desvarías, idiota. Déjame columpiarme tranquila sobre los pájaros de tu cabeza. Voy a chuparte un poquito de sangre, si no te importa, que me está entrando hambre con tanta cháchara.

—Te advierto que estoy seca, como un manantial que ha dejado de brotar, no sé si me queda alguna gota que darte, eres tan voraz.

—En ese caso, me beberé tus lágrimas, amargas, saladas, sucias de barro. Menos da una piedra.

40

Estoy adoptando la costumbre de dar largos paseos cerca del río, a su paso por El Pardo, cargada con la vieja mochila donde transporto la cajita de acuarelas de Gabriela, sus cuadernos y sus pinceles, y sentarme en el tronco del viejo árbol caído a dibujar. Esta actividad solitaria me llena de paz. He descubierto que tengo un don para la pintura. Es curioso que nunca antes haya sido consciente de este talento oculto. Mi madre no recuerda que de niña destacara por esta cuestión, ni por ninguna otra, en realidad. Dice que era responsable y buena, alegre, divertida y muy sociable. Pero torpe para la gimnasia, bajita para el baloncesto, distraída para las matemáticas y un auténtico desastre para la pretecnología. A ella le sorprende tanto como a mí este hallazgo tardío, y me admira, me jalea y les cuenta a sus amigas que soy una artista.

Cuando salgo al claro donde está el árbol muerto, los pájaros se callan de repente, como si en lugar de una mujer inofensiva, yo fuera una amenaza o una catástrofe natural. Al cabo de un rato vuelven a trinar, revolotean sobre mi cabeza y continúan con su frenética obsesión de construir el nido. Yo los observo y los pinto, los atrapo, me los llevo.

Aquí solo trazo bocetos de largas pinceladas, pero escojo los colores mezclando pigmentos y capturo movimientos difíciles de recordar. Luego, en casa, me valgo de la memoria para darles forma, utilizo las brochas diminutas para los pequeños detalles, y doy golpecitos, caricias y pellizcos al lienzo. Estoy completando una serie

de botánica y ornitología. Tengo ya ocho obras terminadas, cuatro inacabadas.

Valentina se incorporará a sus prácticas, en el restaurante de Ángel, dentro de dos semanas. Hemos desmantelado juntas el obrador, con nostalgia de meses. Nos hemos traído a casa los manteles y las servilletas, los cacharros de cocina, los moldes, las cazuelas. Lo hemos amontonado todo en la habitación que dejará vacía cuando se traslade a El Puerto y lo coloque en su nueva ubicación. Hemos almacenado en el trastero los electrodomésticos, que piensa volver a utilizar en el futuro. Hemos colgado un aviso en la puerta del local que certifica su cierre, y hemos explicado en su página web y sus redes sociales que las tartas de la Tartería volverán pronto, con nuevos sabores y recetas mejoradas.

Pero nuestro cartel no permanece mucho tiempo columpiándose en el manubrio. Un par de días después de desalojar el local, alguien lo transforma en un gimnasio. Instala un tatami en el lugar donde solía estar la mesa, espejos en las paredes, una barra de ballet y pesas. Como soy una sentimental, procuro pasar por delante al volver del despacho. En pie, frente al ventanal, asisto como público a las clases de yoga.

Lo mismo hago en casa. Recorro las habitaciones como si estuviera despidiéndome de ellas. Solo la mía conserva su aspecto de siempre, los visillos traslúcidos y la moqueta beige, el espejo antiguo, la cómoda donde guardo, dobladas, las sábanas y los manteles. La estantería llena de libros, la mecedora en la que columpiaba a las niñas cuando tenían pesadillas, y mi propia persona, deambulando como un recuerdo, por sus rincones y sus esquinas.

Valentina pasa muy poco tiempo en casa, ocupada como está en reunirse a todas horas con sus amigos. Ha entregado ya el trabajo de fin de grado: un estudio sobre el funcionamiento de su pequeño negocio, con cifras y resultados reales. Sus profesores la han felicitado, le han pedido que haga su disertación en el aula

magna, ante el resto de los alumnos de su facultad, y ella me ha invitado a asistir, discretamente, en la última fila y sin aplaudir.

Así la he admirado en silencio, a la sombra. Una madre llorosa que desentona en este entorno de gente recién salida del horno, tierna y dulce, y con ganas de comerse el mundo.

Le dedican una ovación a mi niña. Ella me busca con la mirada y me encuentra en el fondo del aula, adonde ella misma me exilió. Me dedica una reverencia casi imperceptible y me lanza un beso que impulsa con la mano y me llega igual que una ráfaga de viento, me despeina y me estremece.

A Gabriela y Margarita las llamamos por la noche, para contagiarles la emoción, y ellas azuzan a su hermana, la llevan en volandas, se enredan con ella y brindan, cada una con lo que tiene a mano: Margarita una copa de cristal de Bohemia, Gabriela un vaso de plástico.

Solo queda un mes para volver a reunirnos las cuatro, pero los días pasan tan lentos que me da la sensación de que estamos dando vueltas en un embudo y no acabamos de caer al fondo.

A menudo me levanto a medianoche y salgo a respirar a la terraza. Albergo pensamientos aterradores. Me asomo al abismo. Siento que se está abriendo una sima bajo mis pies y que, si no hago nada al respecto, terminará por succionarme.

Algunas veces desearía haber aprendido a fumar. Ahora encendería un cigarrillo y me lo llevaría a los labios, aspiraría el humo, la nicotina y el alquitrán. Imaginaría una muerte horrible de pulmones ennegrecidos y garganta en carne viva, y me daría lo mismo. Lo consumiría con placer y confiaría en sus poderes hipnóticos para quedarme dormida de pie.

Pero no. Aquí seguimos, mi garrapata y yo, desveladas y alerta, dando sorbitos a una taza de leche con miel, mientras amanece un nuevo día y nos recuerda que ya casi nada tiene sentido.

Así estoy, tirada de cualquier manera en la butaca de ratán, cuando me espabila la voz de Valentina en el alféizar de la puerta-ventana. Vuelve alborotada de su última noche de fiesta en Madrid.

Trae una fotografía que le han regalado sus amigos y me la enseña sin preguntarme qué hago despatarrada en la terraza a las cinco de la madrugada. Lo sabe perfectamente; al fin y al cabo, ella venía a ocupar, con su insomnio, esta misma butaca.

En la fotografía se amontonan los ocho chavales junto a los que ha crecido desde el jardín de infancia. Los conozco a todos, porque la mitad del tiempo la han pasado en esta casa y muchas veces he sido su confidente y su paño de lágrimas.

Repasamos juntas sus nombres, mientras los señalamos deslizando el dedo sobre el cristal. Todos ellos también son amigos de mis otras niñas. No me extrañaría que se sintieran tan desamparados como yo y vinieran alguna tarde de visita, me trajeran una caja de pastas o unos bombones, y buscaran la parte de mis hijas que contiene esta casa y esta madre. Yo también trataré de encontrar a las trillizas en el vacío, y no las hallaré, ni ellos tampoco.

—Tengo miedo —me confiesa Valentina, depositando el marco, con cuidado, sobre la mesa de centro.

En su habitación, junto a la cama, aguardan dos maletas inmensas a que se haga de día. Dentro ha logrado encajar la mayor parte de su ropa de verano, sus libros de recetas, sus objetos más queridos. No quiero entrar en ese dormitorio donde parece que se ha cometido un robo.

—Yo también —susurro—. Poquito a poco, me estoy quedando sola en esta casa, no voy a saber qué hacer sin vosotras tres.

Nada más pronunciar estas palabras, me arrepiento. Valentina me abraza y tiembla. Ella no había pensado en mí; su miedo se debía únicamente al vértigo de echarse a volar en solitario, y ahora, por mi torpeza, un nuevo desasosiego anida en su alma.

—Tendrás tres casas —me consuela—. Podrás venir a vernos siempre que quieras.

Pero ambas sabemos que no me moveré de aquí, por muy huérfana que me sienta, y que las echaré de menos a todas horas. Este será mi sitio, el nido vacío al que ellas solo volverán de visita. El

que recordarán con melancolía y apartarán de su pensamiento cuando su evocación les resulte insoportable. Será la primera vez que se sientan culpables por la sencilla razón de vivir su vida.

—No se puede estar en más de un sitio a la vez —le explico—. A partir de ahora, ya lo verás, te preguntarás continuamente si estás donde debes estar, o si, por el contrario, tu lugar es otro: junto a tus hijas, junto a tu madre, en tu trabajo, en tu descanso, y sufrirás por no poder hacerte presente en todas partes, a todas horas, a pesar de entender lo imposible que es físicamente dividirse por tres, por cuatro, por cien.

—¿A ti te pasa eso?

—Desde hace más de veinte años, sí. Cuando os dejaba en la guardería y me iba al despacho, cuando quedaba con mis amigas, cuando salía de viaje... Algunas veces os engañaba diciéndoos que había visto vuestras tres funciones a la vez: danza, teatro y coro, y vosotras no dudabais de mis poderes de traslocación.

—Pero, mamá —me responde muy asombrada—, si tú nunca estabas en casa. —La miro sin entender—. A ver —dice—, no es por agobiarte, pero la verdad es que, de pequeñas, estábamos siempre con la abuela, o con la canguro. Tú nos dejabas solas todo el tiempo. ¿No te acuerdas?

Ahí la abandono, como ella dice: sola, desamparada, con una madre ausente y desentendida, en esta terraza donde amanece despacio, sobre una realidad que no reconozco.

Entro arrastrándome en mi habitación. Me dejo caer en la cama deshecha y hago memoria. No encuentro por ninguna parte la realidad de la que habla Valentina. Por mucho que busco en mi disco duro, solo veo a una madre desbordada que intenta repartir su tiempo, equilibrar su vida, mantenerse a flote, y fracasa.

41

Me he tomado una semana de vacaciones para ayudar a mi hija a instalarse en su nueva vida, en la casa de la playa, y mi madre se ha apuntado al plan con la promesa de convivir en paz sin invadir el espacio de nadie, con la voluntad de facilitar el aterrizaje a Valentina.

Y contra todo pronóstico, esto marcha.

Desayunamos las tres a las ocho en punto de la mañana, nos despedimos agitadas, como si nos esperara una jornada trepidante, y después, cada una a lo suyo: la niña, al restaurante; mi madre, a sus labores; y yo, a pintar. Ese era el trato.

Valentina nos cuenta que, en la cocina de Ángel, se trabaja contrarreloj, con gritos y nervios. Son tantos aprendices en el mismo espacio que hay codazos y roces, malas palabras, peleas continuas. Pero también momentos para pedir perdón y tomárselo a risa. Ángel pone paz. A veces guerra. Lo importante es no dejarse vencer por el agotamiento. No dormirse de pie ni perder los estribos. Mi hija tiene una fiebre en el cuerpo que es como la caldera del tren de los hermanos Marx. Espero que no se consuma tablón a tablón y se quede en el chasis.

Mi madre recoge el desayuno y compone el menú del día. Después baja paseando hasta el supermercado y compra lo que necesita. Ha vuelto a sus caftanes y sus pamelas, sus alpargatas de esparto y su cesto de paja. En él transporta el pan y los tomates, la carne mechada, las latas de atún. Consigue que la casa huela a nardos, y que siempre haya flores en los jarrones. Se lleva unas

tijeras de podar y roba las buganvillas, las glicinias y los jazmines que se descuelgan de las tapias de los vecinos. Evita tomar el camino que pasa por delante de la casa de Carlos. Logró revenderla en menos de un mes. Ganó varios miles de euros con la transacción, y se compró un anillo de brillantes para celebrarlo. Esa noche fuimos a cenar al restaurante de Ángel, y juro que ha sido la primera y última vez que probaré el plancton en mi vida. En un rincón apartado, le pregunté al chef por su amigo Carlos. Bajó la vista. Me habló de la sombra del hombre que fue. Resentido con sus hijas por impedirle ser feliz. Abatido y solo. Un anciano prematuro. Al final, nadie se ha salido con la suya. Este verano no vendrá por aquí, porque tampoco vendrán sus hijas, ni sus nietos. Ahora que han heredado, prefieren pasar las vacaciones en Bali, sin su padre, claro. ¿Quién soporta su amargura?

En cuanto a mí, tengo que confesar que le estoy encontrando el gusto a la aventura de explorar las salinas en bicicleta. Rescaté una muy vieja que tenía guardada en el garaje, y tuve que cambiarle la cadena porque estaba tan oxidada que no había manera de arreglarla. Es más bien de abuela, mi bici, con su asiento acolchado y su pata de cabra. He atornillado una cesta de metal al manillar, y ahí llevo la mochila de las pinturas, la botella de agua y la toalla.

Todas las mañanas salgo temprano vestida con ropa ligera, bajo por la carretera que lleva al puerto, y suelo pararme en un alto a tomarle el pulso a la bahía. Veo partir los barcos de pesca, veo cruzar al vapor, veo las velas diminutas de los cascarones en los que los niños aprenden a navegar y, al fondo, diviso los cargueros, los cruceros y algunas veces los buques que recalan en el puerto de Cádiz.

Cuando me aburro de tanta belleza, cruzo los pinares y las avenidas de palmeras, me interno en un bosque de alcornoques que he descubierto al otro lado de la carretera, y bajo por un camino de arena hasta una marisma donde encuentro flamencos, cigüeñuelas, chorlitejos y varias especies de gaviotas, que inmortalizo con mis pinceles y mis acuarelas. Aunque sigo pintando pájaros, ahora me

interesan también algunas plantas y moluscos. Hay, en este humedal, unos cangrejos muy feos, que tienen una pinza inmensa y otra pequeñita y que avanzan de medio lado, como si les pesara más una parte del cuerpo que otra.

Podría acostumbrarme a una vida como esta: sencilla, sin sobresaltos. Pero sé que es un espejismo. Yo soy esa mujer de mediana edad, madre de tres hijas veinteañeras, que habita en una gran ciudad, trabaja en un prestigioso despacho de abogados y gruñe cuando los coches la salpican con el agua sucia de los charcos. No soy una *hippie* bohemia de pelo largo y faldas vaporosas, que se pasea por la escollera como la mujer del teniente francés. Y cuando vuelvo a casa, al caer la tarde, me recompongo, me limpio las manchas de pintura, me lavo el pelo, me maquillo un poquito y espero junto a mi madre, en duermevela, a que mi hija vuelva de su trabajo, pasadas las dos de la madrugada, para darle un beso de buenas noches y calentarle un cuenco de sopa.

42

Estos días en los que me dedico a Valentina en exclusiva, estoy descubriendo que mis hijas han crecido llenas de carencias e inseguridades. Cuando estamos a punto de quedarnos dormidas, las dos en el sofá, Valentina, vencida por el cansancio, exhausta y desconocedora de la confusión que puede causar algunas veces la falta de sueño, me hace una confidencia asombrosa.

—Siempre he sabido que a mí me quieres menos que a mis hermanas. Sobre todo, menos que a Margarita, que es tu favorita —afirma rotunda.

—¿Qué dices? —protesto—. Eso no es verdad.

—No pasa nada —insiste—, supongo que es normal. No se puede querer a tres personas exactamente igual.

—¡Sí se puede! —respondo, y me temo que va a ser una noche larga.

Estamos agotadas, no es buen momento para discutir. Abrazo a mi niña, le aparto el pelo de la cara, le digo que en mi corazón no hay preferencias, que a todas las quiero al máximo, que es un milagro ser capaz de amar así, de manera exponencial.

—Yo también te quiero así —responde—. Pero es que tú eres mi única madre. Y a mí me encantaría haber sido tu única hija.

Sonrío mientras trato de recordar en qué momento le he dado la sensación de que la quiero menos que a sus hermanas, e intensifico el abrazo, con un poco de cargo de conciencia. Entonces, Valentina cierra los ojos y pronuncia, entre dientes, las palabras que, aunque ella no lo sepa, más pueden herirme.

—Si al menos hubiera conocido a mi padre... —suspira.

Sin poder evitarlo, la aparto de un empujón, como si quemara.

Algo caliente y viscoso me sube trepando por el esófago. Me arden las entrañas. De repente, los últimos veintitrés años de mi vida se me echan encima y me asfixian. Tengo ganas de gritar que sí tuvo un padre, que nos abandonó, que no nos quiso. Pero me contengo. ¿Qué efecto tendrían esas palabras en su autoestima? A mis niñas les he contado una verdad a medias: que era un idealista y que su pasión lo apartó de nosotras.

—Quiero decir —se corrige—, si hubiera tenido un padre que me quisiera.

Y los ojos se le humedecen, vuelve a tener tres meses, a entender que estamos solas, las cuatro. Y yo, frente a mi niña pequeña, lloro también, porque me siento profundamente frágil.

Jamás me permito pensar en el padre de mis hijas. Es la única manera de evitar volverme tan loca como el día en que me abandonó. A punto estuve de morir aplastada contra el asfalto, de precipitarme al vacío desde la ventana de nuestra casa de entonces. Pero los llantos de las niñas me sacaron del trance. Me salvaron la vida. En lugar de tirarme yo, arrojé las flores a la calle, y fue como ver caer una lluvia de pétalos de rosas sobre una novia vestida de blanco. Después busqué un escondrijo siniestro en lo más profundo de mi memoria. Recordé el viejo cobertizo de la huerta de mis abuelos, con sus enredaderas rojas y verdes, que tanto miedo me daba de niña. Supe que jamás entraría de nuevo en ese tenebroso lugar, y ahí, figuradamente, enjaulé mi dolor para siempre. En un dobladillo de mi cerebro.

Pero esta noche, Valentina me ha obligado a volver a él. Y estoy delante del viejo cobertizo, temblando de miedo. Tal vez sea peligroso abrir la puerta herrumbrosa y cubierta de maleza. Puede que, durante estos años de fingido olvido, los sapos y las culebras se hayan adueñado de sus agujeros, las arañas de sus esquinas y las avispas hayan construido sus nidos en los aleros del tejado. Quizá me encuentre con el fantasma de la mujer joven que era yo en

aquel momento, y compruebe que ya no tiene pestañas, ni uñas, y lleva la ropa hecha jirones. Ahí la abandoné, en este chamizo que ahora amenaza ruina, donde el jardinero de mi niñez solía almacenar cebollas y patatas, junto a las azadillas y las palas.

Sigue ahí, como me temía. Sentada en un banco de madera, sosteniendo la cabeza entre las manos. De tan inmóvil, le han anidado orugas en el pelo y en los dedos de los pies le han crecido raíces, que se hunden en el suelo, en busca de agua, o alivio.

Empujo y entro. Tomo asiento a su lado.

Las dos tenemos el corazón roto en pedazos. Pero el suyo sangra, y el mío hace tiempo que se volvió de piedra. Y las piedras no sienten, ruedan.

La compadezco. Recuerdo el sonido de su llanto porque es este mismo que me brota ahora. Las niñas dormían a salvo, al otro lado de la pared, y a este lado estábamos solas ella y yo, igual que hoy.

—Ahí te quedas —le dije—, sentada con las manos sujetando la cabeza. El dolor es todo tuyo.

Ella me miró, como si el fantasma fuera yo, y simplemente, asintió.

—Entiendes que no tengo otra opción que cargarte a ti con este peso, ¿verdad?

Y salí del cobertizo, donde olía tanto a cebolla, y la encerré dentro.

—¿A qué vienes? —me recrimina al verme, como si ya no me reconociera, después de más de veinte años en esta celda de aislamiento. Ella no ha envejecido. Solo se ha podrido, como las patatas, y le han salido esos tubérculos horribles, que parecen gusanos.

—Ha sido Valentina —me disculpo—. Me ha empujado hasta aquí y ahora no tengo más remedio que recordar aquel día, el de los tres ramos de flores.

—El día en que el amor se despeñó por el barranco.

—¿Debería habérselo impedido? —le pregunto—. ¿Debería haber salido corriendo detrás de él, en lugar de quedarme en casa

dándoles la papilla a las niñas? ¿Debería haberle suplicado, arañado, gritado? ¿Me debería haber arrastrado y dejado pisotear por él?

—Sí —responde ella—. Así, ahora tus hijas tendrían un padre.

Trata de retenerme enredando sus ramas en mis pies, pero yo los aparto instintivamente. La compadezco, pero me niego a dejarme atrapar por ella.

Salgo del cobertizo caminando hacia atrás y cierro la puerta a mis espaldas. Puede que algún día, esta mujer que soy yo misma me alcance en algún recodo del camino, si me descuido o me hago vieja, o alguna de mis hijas me pregunta cómo era su padre, a qué sabían sus besos, y cómo era el mundo que ellas, sin proponérselo, hicieron saltar por los aires.

Regreso de mi ensoñación y desde mi dormitorio escucho susurros en el salón. Aunque es muy tarde, mi madre y Valentina están charlando en voz baja, cosa chocante, ya que normalmente lo hacen a todo volumen, sin respetar el descanso de los demás, es decir, el mío.

Bajo de puntillas por la escalera y me escondo detrás de la pared, para poder oír lo que dicen sin ser vista.

Valentina se ha quedado atrapada en el bucle de la tristeza. No es frecuente, pero de vez en cuando sucede, que alguna de las niñas se acuerda de que una vez, hace mucho tiempo, en un lugar muy lejano, hubo una familia de cinco, con un padre al frente, una madre deslumbrada y tres recién nacidas durmiendo inocentemente en su cuna.

Valentina pregunta, y su abuela se ocupa de desbaratarle el cuento.

—No era para tanto —le dice—, era más bien flacucho y con muchos pájaros en la cabeza. Pero tu madre se enamoró de él desde que lo vio por primera vez en no sé qué fiesta de la universidad, y nos lo trajo a casa como si hubiera encontrado el tesoro de Tutankamón. Tu abuelo, entre nosotros, lo llamaba el Lenguado, o a veces, el Besugo, porque decía que tenía ojos de pez. Yo creo que terminó la carrera gracias a que tu madre lo espabilaba, y también

estoy segura de que fue ella la que le convenció de que se casaran, antes de irse juntos al Congo. Cuando venía a comer, no abría la boca. Se ponía esos pantalones vaqueros que le colgaban entre las piernas, llenos de rotos y de parches, en fin... A sus padres, tus otros abuelos, los conocimos el día de la boda. Vivían en Alicante. Eran buenas personas, pero me da la sensación de que se avergonzaban un poco de su criatura. Cuando él desapareció, ellos también lo hicieron, por las mismas razones, supongo: angustia, miedo, flojera... Se murieron hace años, no mucho tiempo después de aquello. Eran gente de pocas luces, chinita, menos mal que las tres salisteis a vuestra madre. Tu abuelo lo veía venir. Me daba mucho la lata por las noches. Le costaba conciliar el sueño. Se preguntaba por dónde iba a salir el Lenguado. Y mira qué razón tenía. Cuando tu padre se esfumó, me contó su secreto.

—¿El abuelo tenía un secreto? —oigo que susurra Valentina.

—Todavía lo tiene —responde mi madre—. En Suiza. Tres millones de euros de tu bisabuelo, el que hizo las Américas. Tú no vayas a decir nada a nadie, no nos metan en la cárcel.

—Pero, abuela —se asusta Valentina—, eso es un delito. Lo sabes, ¿no?

—Ya, hija, pero es que a estas alturas ya no puedo declararlo, lo único que puedo hacer es gastarlo. ¿Sabes cuando le digo a tu madre que me voy a casa de Marichu a Trujillo? Pues, en realidad, adonde voy es a Ginebra, con un bolsito muy mono, que tiene un doble fondo. Pongo cara de inocente y lo traigo lleno de billetes.

—Abuela, por Dios santo —se espanta Valentina—. ¡Eres una delincuente! como te pillen, te van a condenar.

—¡Que no! —se empeña en contradecirla mi madre—. Las cosas materiales no son pecado ni nada de eso. Además, ese dinero, al fin y al cabo, nunca ha estado en España, boba. Lo ganó tu bisabuelo en el Perú, lo metió directamente en un banco suizo, y como te digo, cuando tu madre se quedó sola, tu abuelo me pidió que, si él faltaba algún día, yo lo guardara para ella.

—Pero te lo estás gastando —la acusa.

—¡No! —protesta—. Solo saco del banco los intereses. Lo gordo no lo toco. Es para tu madre. Lo que pasa es que, de momento, no le ha hecho falta, así que todavía no le he dicho nada.

Vuelvo sin hacer ruido a mi habitación. Me cuesta cerrar la boca porque la mandíbula se me ha desencajado. Me siento a los pies de la cama, me tomo el pulso. Mi madre acaba de canjear a mi marido por dinero, y la verdad, como ella dice, no creo que ciertos fraudes fiscales, por muy gordos que sean, cuenten como pecado.

43

No hay quien duerma en la buhardilla parisina de Margarita. La gata francesa está desbordada desde que sus hijas abrieron los ojos y aprendieron a maullar. Ella, tan silenciosa y arisca, no entiende a estas tres criaturas díscolas, que lo ensucian todo, lo arañan todo, lo rompen todo. Al menos ahora ya se alimentan solas; beben leche y comen atún con sus lenguas de lija, y después se relamen y se cuelgan de las cortinas. Ella añora sus noches de libertad, la luna llena. Con precaución desmedida, hace un par de días salió al tejado con sus hijas. Se acomodaron las cuatro, muy juntas, entre los geranios de las macetas y no se movieron de allí hasta que empezó a caer una fina lluvia de primavera, que las obligó a volver a su refugio en el jersey de Alexandre.

Al chico le hace gracia esta predilección de las gatas por su ropa. Las encuentra enroscadas en su camisa o en su pijama, como si su olor les recordara al nido en el que nacieron, y sintieran su protección de padre, de varón, ya que el responsable de su concepción jamás ha asomado el hocico por esta buhardilla, ni parece probable que lo haga jamás. Lo más seguro es que no sea consciente de la existencia de esta descendencia múltiple, o que haya perdido la cuenta de las camadas mestizas, callejeras, pulgosas, que ha engendrado y que viven repartidas por los tejados y los contenedores de basura de París.

El caso es que las tres criaturas indefensas reciben a Alexandre con entusiasmo felino, se enredan en sus calcetines, le muerden los tobillos, se duermen en su regazo y le dedican amorosos ronroneos.

Margarita siente celos de estas ingratas a las que cuida con tanto mimo, y lo prefieren a él que, en lugar de educarlas, las consiente y las engatusa con gotitas de miel en la yema de los dedos.

Y ocurre que, después de un fin de semana en Cancale, al volver a casa, el domingo por la tarde, y abrir la puerta de la buhardilla, el jersey está arrugado en un rincón, y la gata francesa no aparece, ni esa noche, ni la siguiente, y cuando por fin asoma sus bigotes por el ventanuco, viene sola, sin sus hijas. Rechaza la comida, no quiere más que dormir, y olvidar, y añorar. Pero se repone antes que mi niña. Vuelve a sus viejas costumbres de trotamundos, a los tejados, a las basuras, a la lluvia y al tráfico.

Durante días, Margarita espera que regresen las gatitas. Esconde trozos de atún entre los geranios, y coloca un cuenco lleno de caldo debajo de la ventana. Se acuerda de mí. Se le parte en corazón. Por un momento sabe lo que duele.

Y por fin, sin previo aviso ni motivo aparente, un día cualquiera vienen de visita. Entran las tres por el ventanuco, se comen el atún, se enroscan en el jersey, que sigue esperándolas en el rincón de siempre, lamen las manos de Margarita y muerden los tobillos de Alexandre, pasan el día arañando las cortinas y, al caer la noche, se marchan por donde han venido. Las baña la luz de la luna llena. La gata francesa, haciendo un exceso, se frota cariñosa contra la pierna de mi hija.

44

Me dice Pichu, en el avión que nos lleva a Camboya, que ya está bien de ser un mero testigo de la vida de los demás. Me lo recrimina, igual que yo la regaño a ella por fumar demasiado.

—Es hora de empezar a vivir, amiga —sentencia antes de quedarse dormida a mi lado, en este vuelo que ya dura una eternidad y todavía no ha hecho más que empezar.

Tiene razón. En esta película mía, las actrices son ellas y el público yo. Ellas viven y yo relato.

Mi madre y Valentina están charlando al otro lado del pasillo. De las dos, la que se queja de mal de amores es la octogenaria; la otra, la veinteañera, la consuela como puede, a pesar de no tener la menor experiencia en asuntos del corazón.

Cuando aterricemos, nos encontraremos con Gabriela, Margarita y Rodrigo en el aeropuerto. Nos trasladaremos a un precioso resort de playa y allí celebraremos el cumpleaños de las cuatro, con una cena bajo las estrellas. La visita al refugio la dejaremos para el último día. Dicen las niñas que, si empezamos por ahí, luego no van a querer tumbarse al sol, como si el mundo fuera un lugar justo, y las oportunidades fueran las mismas para todos.

Llevamos unas maletas enormes, repletas de medicinas, juguetes y material escolar. La ropa no es un bien de primera necesidad en el tercer mundo; en el vertedero se amontonan gigantescas balas de plástico llenas de prendas de vestir. Algunas marcas, nos explica Margarita, creen que hacen una obra de caridad enviando sus excedentes a los países pobres, y, en realidad, no

consiguen más que contribuir a que crezca la montaña de basura. En fin.

Nos reciben saltando de alegría. Gabriela y Rodrigo se han puesto ropa limpia y bien planchada, pero tienen el pelo largo, la piel tostada y sus mochilas horribles colgando de la espalda. Margarita, en comparación con ellos, parece una porcelana china: blanca como el papel de arroz y elegante, con su bolso y sus tacones, como si en lugar de moverse por este caótico aeropuerto, paseara por los Campos Elíseos.

Estas tres niñas que nacieron a la vez y crecieron juntas ya no se parecen tanto entre sí como hace unos meses. La única que sigue igual soy yo: el mismo peinado, la misma ropa, el mismo cuerpo menudo y el mismo maquillaje con el que disimulo las primeras arrugas y cubro las ojeras. Hace veintitrés años que no cambio lo más mínimo. La gente con la que me encuentro, a la que dejé de ver al terminar la universidad, dice que es increíble, que he hecho un pacto con el demonio, que no envejezco. Y tienen razón.

Ha anochecido. Estoy lista para celebrar que hoy salto la valla de los cuarenta y ocho. Ya estoy más cerca de los cincuenta. Nunca seré más joven que esta noche estrellada, en este verano permanente, al borde del océano Índico, donde la vida me ha traído a consolarme.

La mesa está preparada en una terraza iluminada con cientos de farolillos blancos. Desde la barandilla que se asoma al gran azul, vemos pasar enormes y bellas manta rayas, y pequeños tiburones inofensivos, aunque amenazantes.

Nos sentamos alrededor de un centro de flores, velas y caracolas.

Pedimos una botella de champán para brindar por nuestro cumpleaños compartido, pero en cuanto levantamos las copas, Rodrigo y Gabriela, iridiscentes, dicen que tienen algo que anunciarnos.

—Pues que sí, que estamos juntos —tartamudea Gabriela—, que Rodrigo y yo...

—¡Que sois novios! —resume mi madre a un volumen indescriptible.

Instintivamente giro la cabeza hacia el lugar en el que está sentada Pichu, junto a su hijo, y me encuentro de frente con sus ojos brillantes y su sonrisa, ancha, feliz, desbordada. Parece el espejo de la mía. Qué cosas, nos abrazamos nosotras dos antes de felicitar a nuestros niños.

La noticia es vieja. Un periódico desfasado. Pero no por eso atendemos, sin perder detalle, al relato del amor adolescente que prendió en Rodrigo hace años, y a la delicadeza con la que, durante todo este tiempo, ha procurado ocultar sus sentimientos, para no asustar a Gabriela, mi niña ermitaña, mi alma libre.

—En la Tartería se os notaba mazo —apunta Valentina—, algunas veces sentía que sobraba. Me iba a casa antes de cerrar, fingía que estaba agotada, pero es que, menudo pastelón, guapos.

Y Gabriela nos cuenta que ya no entiende la vida sin su fiel escudero. Su ángel de la guarda. Lo comprendió al poco tiempo de llegar al orfanato, cuando añoraba la mano amiga, la confidencia. Nunca se había sentido más llena de amor y más necesitada al mismo tiempo.

Nos habla de la puerta verde de la enfermería. No nos describe la escena del beso. Esa imagen es solo de ellos dos, para poder volver a ese lugar, en lo más íntimo de su memoria, y que no haya nadie mirando.

Soplamos las velas, apagamos los satélites y los planetas, y las estrellas de Camboya. De una manera extraña, siento que una pieza más, de este puzle imposible, está en su sitio. Como si Dios me hubiera permitido echar un vistazo al telar desde su perspectiva, y en lugar del amasijo de hebras de lana, enredado y sin sentido, que veo desde mi lado del bastidor, hubiera podido contemplar, por un instante, el delicado tapiz que él, puntada a puntada, está componiendo amorosamente para nosotros.

45

Al amanecer, doy interminables paseos por la playa blanca antes de que se levanten los demás. Hay algo en mi interior que se está despertando y no sé lo que es. Solo soy capaz de visualizar el futuro próximo: el regreso a mi casa vacía, los días en el despacho y las noches en el sofá.

Veo venir a mi garrapata sonriente, arrastrándose por la arena, con la intención aviesa de agarrarse a mi garganta. Me recuesto en el tronco de un árbol y cierro los ojos.

Cuando los vuelvo a abrir hay un hombre sentado a mi lado. Parece nativo, por el color de su piel y las facciones de su cara. Pero es occidental. Me sonríe con una bondad asombrosa. Le faltan dos dientes, las arrugas le surcan el rostro, su ropa ha perdido el color y está descalzo.

—Buenos días —me dice en francés.

Agradezco las lecciones de *madame* Sylvie, aunque a los diecinueve años me aburrían mortalmente. Gracias a mi profesora y a los libros que sigo leyendo en la lengua de Saint-Exupéry, soy capaz de intercambiar algunas frases con este náufrago. Le cuento que estoy de vacaciones, que he venido a visitar a una de mis hijas, que vivo en Madrid...

—Yo soy de Burdeos —me dice, sonriendo algo nostálgico—. Pero hace muchos años que vivo en Camboya. Ya no me acuerdo bien de nada.

—¿Nunca ha vuelto por allí?

—No.

—¿Por algún problema con la justicia? —bromeo.

Él deja escapar una carcajada antes de responderme.

—Podríamos decir que sí. Pero con la justicia divina, no con la humana.

Le pasó lo mismo que a Gabriela. Vino de joven, a conocer mundo, y encontró aquí su destino.

—Mi madre también lloró mucho al principio —me confiesa—, pero después se fue acostumbrando. Este es mi sitio. Ella lo entiende y lo respeta. Y eso que soy hijo único. Y ella, viuda.

—¿A qué se dedica su madre?

—Al vino, como todos en Burdeos.

Le cuento a grandes rasgos mi inquietud. No quiero volver a casa.

—Esa casa ya no te sirve —me dice—. Construye otra.

—Tanto tiempo vagabundeando por esta playa, le ha afectado al cerebro —bromeo—. En donde yo vivo, las cosas no son tan fáciles.

—Yo construí aquí mi casa con mis propias manos —afirma—, y después formé una familia muy grande.

—¿Tiene muchos hijos? —le pregunto.

—Un montón —asiente riéndose mientras se levanta, y se marcha arrastrando un poco los pies descalzos por la arena blanca.

Lo imagino tumbado en una hamaca, mientras su mujer atiende a los fogones y los hijos se pelean en el patio. Seguro que bebe mucho. Seguro que, cada trago que le da al vino amargo de esta tierra le acerca un poco más a su añorado Burdeos. Pero está atrapado en la vida que escogió de joven; igual que yo, pero al revés. Él no puede irse, y yo no puedo quedarme.

Al rato aparecen las niñas. Las trillizas preciosas. Se tumban a mi lado, me besan, me abrazan, me obligan a revolcarme con ellas por la arena. Me insisten para que vaya a darme un chapuzón, pero les digo que no llevo puesto el traje de baño, que prefiero verlas desde aquí.

Y las acompaño con la mirada, mientras ellas van dando brincos hasta la orilla, y después se zambullen en el agua azul del mar.

Entonces, me quito el vestido y me lanzo en plancha a su lado.

—¡Mentirosa! —gritan—. ¡Sí que llevabas puesto el traje de baño!

Los días pasan apacibles en este rincón privilegiado de Camboya. Al final, mi madre tenía razón cuando imaginaba nuestro viaje como unas vacaciones de lujo. Hacemos excursiones a selvas frondosas y visitas a templos bellísimos. Comemos cosas raras, animadas por Gabriela y Rodrigo, que ya son expertos en la gastronomía local. Exploramos pueblos y granjas, navegamos por lagunas de agua cristalina, nos bañamos en lugares ignotos, ponemos en peligro nuestras vidas. Y por la tarde, regresamos a la seguridad de nuestro hotel, cenamos a la luz de las velas, conversamos, reímos, cantamos o permanecemos en silencio, hasta que nos vence el sueño.

La última noche le digo a mi madre que me da mucha angustia la idea de volver a España. Me responde: «No lo pienses», y se da la vuelta en la cama. Tal vez a ella le pasa lo mismo. Y no lo piensa.

Por fin llega el momento de visitar el refugio, junto al vertedero. Es el último día de nuestra estancia aquí. Rodrigo y Gabriela se despedirán de nosotros cuando oscurezca, y los demás tomaremos el avión que nos devolverá a casa. Noto a Pichu bastante taciturna. Mi madre, en cambio, no deja de parlotear durante todo el camino.

Al cabo de un rato, aparece frente a nosotros la montaña animada.

Es alta como un pico nevado, y está en perpetuo movimiento. Hay una nube de gas blanco que lo cubre todo, camiones cargados con contenedores de basura y cientos de personas que esperan, como las amigas de la novia al ramo, a que se abran las tripas del mecano y caiga su contenido al suelo. Entonces, todos los desharrapados se lanzan de rodillas a la tierra y escarban, escarban, se llevan cualquier sustancia comestible a la boca y recolectan latas, plásticos y metales. Estoy segura de que, desde lo más alto de la montaña de basura, se puede ver la playa en la que nos hemos asoleado durante estos días.

Entramos en el refugio por una puerta lateral que nos abre una mujer menuda, a la que Rodrigo y Gabriela saludan con simpatía. Nos presentan. Hablamos por señas.

—¡Y ahora, ante todos ustedes —anuncia Rodrigo con la voz engolada—, la maravillosa exposición de murales de la mejor artista del mundo! ¡La señorita Gabriela, aquí presente!

Ante nuestros asombrados ojos descubrimos un mundo mágico, lleno de luz y color. Hay hadas y animalillos del bosque, paisajes infantiles, selvas tropicales, fondos marinos donde nadan peces arcoíris, pájaros exóticos, niños felices que juegan y ríen, hay soles y estrellas y nubes de algodón. Hay cielos de color vainilla.

Mi pequeña, delicada y tierna Gabriela ha puesto su alma de artista al servicio de estos chiquitos que antes no tenían nada y ahora son dueños de un universo entero, solo para ellos. Veo cómo algunos acarician las paredes, o simplemente las contemplan, este horizonte inmenso, esta esperanza dibujada, donde si le das un lametazo a una piruleta gigante, puedes sentir el sabor a fresa, y si acaricias con cuidado al rebaño de ovejas, notas la suavidad de su lana.

Qué orgullosa estoy de esta niña que es mía, y ya no lo es, y lo sigue siendo, y es de papel de plata, de rayos de luna llena.

Recorremos las estancias del pequeño edificio de hormigón y visitamos las aulas, el ambulatorio, el patio, la huerta, y algunas de las habitaciones de estos niños sonrientes, que se nos cuelgan de los brazos, o de la ropa, como si fuéramos superhéroes.

Mi madre, en contra de la recomendación de Gabriela, les reparte caramelos a puñados, y los niños pelean por conseguir el mayor número de golosinas. Por este tipo de lucha, a manotazos y patadas, fue por lo que prohibí las piñatas en las fiestas infantiles de mis hijas. Mi madre no aprende.

Nos han preparado una merienda en el porche, bajo una palapa destartalada. Nos invitan a un refresco, que compartimos con estos pequeños desobedientes. Entonces sale a saludarnos el fundador del centro.

Es un hombre frágil, arrugado, achicharrado por el sol. Viene vestido con la ropa descolorida que reconozco al instante, y los pies descalzos en los que me fijé aquel día, en la playa.

—Yo te conozco —me sonríe.

—¡Así que esta es la casa que construiste con tus manos! —le digo.

Él asiente y me abraza, como si fuéramos amigos de toda la vida.

Su presencia es imponente. Cada paso que da es un paso en firme.

Ahora entiendo a su madre.

El resto de la familia nos contempla asombrada. Pero nosotros mantenemos el secreto del origen de nuestra amistad y nos reímos muchísimo de las caras que se les han puesto a todos.

—¿De qué conoces a Chef? —me pregunta Gabriela, incrédula.

—Es una historia muy larga —miento, y emprendo el camino que me muestra este «Chef» al que confundí con un vagabundo bebedor.

De su mano, la segunda visita al refugio es emocionante. Cada rincón tiene su historia; cada ventana, su horizonte. Chef me habla de los comienzos, de los primeros niños, de la vocación.

—¿Cuál es tu vocación? —me pregunta.

—No lo sé. Creo que cuidar de mis hijas.

—Pero ellas ya son mayores. Tienes que dejarlas ir.

Me brota una lágrima, que me hace cosquillas en el ojo. Me la seco con la manga de la camisa.

—A ver. —Ladea la cabeza—. ¿Qué cosas te gusta hacer?

—Pintar pájaros y flores.

—Bien.

—Leer, contemplar la naturaleza... y quisiera tener un trabajo del que pudiera sentirme orgullosa.

—Pues piensa qué vas a hacer con todo eso. Cómo le vas a dar una utilidad. Construye.

Ese día no entiendo bien a qué se refiere este hombre. Me limito a asentir. Me giro sobre los talones y veo a mi madre, a las niñas, a Pichu y a Rodrigo, alrededor de una mesa, rodeados por todos los hijos de Chef. Es algún tiempo después, de vuelta en casa, una mañana tonta de un domingo solitario, cuando lo entiendo todo.

46

Pichu no soporta el verano, igual que yo no aguanto el invierno. Nos complementamos bien, porque cuando una está mohína, apalancada en algún sofá, la otra la levanta sin contemplaciones. Si no fuera por ella, me autoproclamaría animal que hiberna, y me pasaría tres meses durmiendo en el fondo de una cueva.

Dice que el calor la aplatana, la aplasta. Que por las mañanas siente el peso de una apisonadora sobre su pecho. Es fácil imaginarla al despertar, en su casa del centro, deslumbrada por un rayo de luz inmisericorde que se cuela por una rendija de la persiana y se le clava entre ceja y ceja. Busca a tientas los cigarrillos en la mesa de noche, donde abandonó una colilla a medio consumir. La enciende con los ojos entrecerrados, y hasta que no da una larga calada al veneno que la está matando poco a poco, no encuentra las fuerzas necesarias para abandonar la cama. Las noches son infernales, el aire acondicionado le enferma la garganta, duerme sobre un charco de sudor.

Esta mañana, mientras espera a que hierva el agua, nota una presencia incorpórea a su espalda. No se gira porque sabe que no es visible esta sombra que la acompaña desde hace meses. Es bicéfala y tiene dos nombres: Juan y Rodrigo.

Ninguno de los dos ocupa ahora su espacio en la casa. Su ropa sigue colgada en los armarios. Rodrigo, en el orfanato, no necesita más que las tres camisetas que metió en la mochila, y el contenido de la bolsa grande que Pichu le llevó a Camboya, con algunos pantalones cortos y un par de sudaderas. Juan está terminando un

doble grado en empresariales y derecho. Es buen estudiante, responsable y cariñoso, pero hace tiempo que abandonó el nido sin que su madre se diera cuenta, y se instaló en un diminuto apartamento con su novia, a la que no conocemos todavía, pero intuimos, por ciertos comentarios de mis niñas. Ellas no sueltan prenda. Solo sabemos que son compañeros de clase, que pagan el alquiler a medias.

—Aunque no quieras reconocerlo, tu niño ya no vive contigo, Pichu querida —le diría, si no temiera hacerle demasiado daño.

Juan viene de vez en cuando, abre la nevera y devora lo primero que le salta a la vista. Se sienta en el sofá con su madre, le da un beso en la mejilla y se queda a su lado hasta que termina la serie. Después, se levanta y se marcha. Su madre se queja de lo mismo que solía quejarse la suya: «Esta casa parece una pensión», pero en secreto sabe de sobra lo que sucede. Parece una niña de doce años fingiendo que todavía cree en los Reyes Magos. Este domingo, Juan no se despierta en su cama. Tampoco se acostó en ella anoche. Y Pichu sufre como si, en lugar de madre, fuera esposa despechada.

No es sano. Lo sabe. Ha encallado en este charco y no es capaz de salir a flote. De lunes a viernes no lo piensa. Actúa por costumbre: la ducha, el desayuno, el coche, el despacho. Vuelve cansada y satisfecha. El trabajo es un bálsamo para su desazón. Pero el fin de semana se le viene encima, como una estantería mal atornillada.

Culpa al verano, al calor que la entierra. Algunos días vamos juntas a la piscina del club. Otros, va ella sola. Su piel empieza a volverse del color del cuero viejo. Sigue usando bikini y aunque está muy delgada, ya nada es lo mismo: el pecho le cuelga un poquito y la tripa se le arruga al levantarse de la hamaca. Tiene un ombligo saltón, en el que nadie se fija. Pichu se angustia pensando en el día en el que la obliguen a jubilarse. Ya no le queda mucho tiempo. Antes, cuando su casa era un caos, le gustaba barrer; decía que la

relajaba. Pero ahora que cada cosa está en su sitio, la escoba le provoca una angustia rarísima y ampollas entre el pulgar y el índice.

Mi madre se levanta cantando. Parece un mirlo insoportable de esos que despiertan a los vecinos a las cinco de la mañana. A las ocho está en la calle, sin nada que hacer. Desayuna en una cafetería del barrio donde la llaman por su nombre y le colocan delante el café con hielo y la tostada, sin que ella necesite pedirlos. Después, entra y sale de las tiendas más variopintas. Ejerce esta actividad como si fuera un trabajo remunerado. Vuelve a casa con dos servilleteros, un colador y una revista que lee durante más de una hora, en la butaca del salón, con la ventana abierta. Le da conversación a Romi, que ya no tiene hijos a su cargo, ni marido al que atender. Envidia un poco su habilidad para la cocina, la limpieza y el orden. Hace años que delegó en ella esas tareas domésticas y ahora no sabría cómo planchar una camisa, ni cómo asar un pollo.

Juega a las cartas. Va a misa. Visita a alguna de sus amigas; las que todavía están bien de salud y no la confunden con sus madres, ni le cambian el nombre, ni le formulan mil veces la misma pregunta.

Recibe la llamada de sus hijos. Se asoman los nietos y la biznieta a la pantalla del teléfono. Le prometen que irán a visitarla pronto.

Y al caer la tarde, en estos domingos que para ella podrían ser martes, aparece en mi casa haciéndose la atareada. Me dice que está agotada de tanto ajetreo, que sus amigas están mayores, que mis hermanos nunca vienen a verla, que no ponen nada interesante en la tele, que vámonos a algún hotel de lujo a pasar una temporada.

Y yo le recuerdo que tengo tres hijas, un trabajo, muchas responsabilidades y pocas vacaciones. Luego, cuando se marcha después de cenar y me quedo sola en casa, me doy cuenta de que estoy tan perdida como ella. Llamo a las niñas, hablamos unos minutos. Me alegro de que mañana sea lunes y de que empiece una nueva semana de trabajo.

47

Hace un calor brutal en este Madrid de principios de verano. Por eso procuro levantarme al amanecer, meto las pinturas en la bolsa, los prismáticos y el botellín de agua, y conduzco hasta la zona de El Pardo, donde, si quiero bosque, tengo grandes extensiones de encinas; si quiero río, me escondo en mi playa secreta de arena suave, y si quiero pájaros, los observo desde mi tronco seco.

Hoy me han salido al encuentro un ruiseñor y su señora. Los dibujo a los dos trasteando en su nido a ras de tierra. Me da la sensación de que los pollos ya han volado y los han dejado solos otra vez, como al principio. Y ellos disfrutan de la paz y el descanso. Son como dos jubilados en un piso de Benidorm. Así los pinto, me permito la licencia de colocar un mar a lo lejos, un horizonte de arrecifes y una alfombra de helechos.

Me pierdo en ese azul imaginario. Invento caracolas de espuma, brillos de luz en las pequeñas olas y un cielo blanco, que en el lienzo se confunde con el infinito.

Sé que volveré a casa a media mañana, acalorada y sofocada, y conectaré el aire acondicionado. Llamaré a las niñas, veré sus caras encerradas en el prisma en el que vagan por el firmamento, me aseguraré de que mi madre esté sana y salva, y me engañaré, tratando de convencerme a mí misma de que no hay nada mejor que otro domingo tranquilo para poder leer en silencio. Pero sé que avanzará el día, me quedaré dormida con la boca abierta y el libro cerrado, y al despertar, encenderé la televisión para no sentirme sola.

Me levanto del tronco del árbol muerto. Guardo mis colores en su estuche, respiro hondo y, de repente, aparece en mi memoria la cara cuarteada de Chef y su consejo: «Construye».

Doy vueltas a esta idea mientras vuelvo a casa. Me temo que, si quiero construir, antes debo destruir. Tengo que sacudirme los moluscos que me cubren el cuerpo como a Davy Jones en *Piratas del Caribe*, desprenderme de los lastres que remolco y pesan tanto. Vaciar mis armarios, mis trasteros, mis bolsillos, las guanteras de mi coche, los muebles de mi cocina. Y conservar, en cambio, aquello que me impulse hacia adelante, lo que me levante del suelo y me permita subir, subir, por encima de las nubes, y ver el mundo en perspectiva.

A mi espalda se cierra una puerta mal engrasada, que hace ruido de bisagras oxidadas, y ante mí aparece un océano infinito, un cielo de color vainilla.

En la orilla de ese océano figurado, encuentro un regalo del mar sobre la arena. Es la carcasa vacía de una ostra abandonada, como esas de las que habla Anne Morrow en el libro que leo y releo, desde hace meses. No sé qué me pasa con ese texto, estoy atrapada en un bucle. Es como una de esas olas tan ansiadas por los surferos, túneles de cristal y espuma. Yo he entrado en sus páginas de papel y no consigo salir de ellas.

Anne dice que la ostra, desigual, caótica, informe, es como el hogar de alguien como yo: una madre de mediana edad con un buen puñado de hijos. Con sus conchas de menor tamaño adheridas a su lomo encorvado: un cuarto de baño donde antes había una despensa, un altillo en el hueco del armario, una estantería llena de libros que cruza de lado a lado los últimos centímetros de la pared de mi cuarto, sobre el cabecero, de manera que, si quiero releer una novela, tengo que saltar sobre la cama para alcanzarla.

Esos ingeniosos remiendos y todos los que todavía podría añadir, en la terraza, en la cocina, en una esquina del salón o donde fuera posible construir una habitación más, una habitación propia,

han conferido a mi ostra su deformidad maravillosa. En ella han crecido tres perlas de una belleza asombrosa.

Pero ahora, a mis pies, arrancada de la roca a la que se aferraba con uñas y dientes para evitar que se la llevaran las corrientes, y sin sus perlas, ni su nido de carne salada, no es más que el caparazón inservible de algo que ya no nos representa. Ya no habitamos la ostra donde crecimos, apretujadas, pero a salvo. Somos cuatro perlas en peligro, a merced del ir y venir de las mareas.

Tengo miedo. Sé que debo abandonar mi concha, antes de que sea ella la que me expulse a mí de un escupitajo, por haberme vuelto indigesta, infectada de bacterias.

Cuando llego a mi piso vacío, le pido a Pichu que venga corriendo. A mi madre también. Preparo una ensalada y un arroz. Las siento a la mesa de mi comedor sin niñas.

—Vamos a cambiar de vida —les digo.

Y ellas, para mi sorpresa, asienten, como si también en su cabeza hubiera aparecido el océano infinito, las conchas abandonadas y el cielo color vainilla.

48

Pichu y yo nos apretamos la mano con fuerza. Estamos de pie, ante una especie de tribunal, en la sala de juntas del bufete. Los socios, el jefe de recursos humanos y alguno de nuestros compañeros más antiguos nos miran asombrados, sin pronunciar una sola palabra.

Acabamos de comunicarles que nos vamos. Que emprendemos un nuevo camino. Que abriremos un pequeño despacho en un pueblo del sur, donde lo más probable es que acabemos atendiendo casos de violencia doméstica y asuntos de menores. Se acabó el derecho tributario.

—¿Pero en plan benéfico o algo? —pregunta uno de los socios, incrédulo.

—No, no —aclaro—. Nuestros clientes tendrán que pagarnos. Aceptaremos remuneraciones en especie, eso sí.

—¿En especie?

—Aceite, vino, pescado...

—¿Os habéis vuelto locas o nos estáis tomando el pelo?

Al salir a la calle nos da un ataque de risa. Nos apoyamos en uno de esos bancos en los que, hasta hace poco tiempo, pasábamos las horas maldiciendo nuestra suerte. Sentimos una energía rara, y nos entran ganas de correr, saltar, abrazarnos, gritar. Eso es lo que hacemos. Hemos decidido que no vamos a aguantarnos las ganas nunca más.

Nuestros excompañeros nos ven pasar, a toda velocidad, por debajo de las ventanas. Me tropiezo y caigo de bruces, se me sube

la falda por encima de la cintura y se me ve la ropa interior. Pichu se atraganta de la risa. Yo estoy a punto de hacerme pis encima.

Nos apoyamos la una en la otra. Nos alejamos dando tumbos, como si estuviéramos borrachas, y esquivamos los coches, que nos pitan, y nos insultan y nos da igual.

Hemos puesto nuestras casas en venta. Las tres. Mi madre, Pichu y yo, y dentro de quince días nos mudaremos indefinidamente a la casa de la playa. No sé cómo se lo tomaría mi padre, que me auguraba un futuro desalentador. Supongo que estará dándose palmadas en la barriga, como solía hacer siempre que algo le hacía gracia. Tal vez esté orgulloso de mí: saqué adelante a mis hijas, cuidé de mi madre, fui una buena y anodina persona, no di motivo de escándalo ni de disgusto. En general, hice las cosas bien.

Con el dinero que reunamos, seremos tres ricachonas. Más aún si tomamos como referencia la renta per cápita del ciudadano medio de una pequeña ciudad de provincias. El alquiler de nuestro diminuto despacho, en una callejuela peatonal empinada, nos sale por la mitad de lo que pagábamos en Madrid por el obrador de Valentina.

Encargamos una placa de metal con nuestros nombres y la atornillamos a la puerta, encima de la mirilla. En el portal, anunciamos el negocio con una tarjeta de visita pegada en el buzón con papel celo. Repartimos el resto de las tarjetas por los barrios más humildes del pueblo y sus alrededores. Algunas personas nos confiesan que no saben leer, y tenemos que explicarles de qué se trata el asunto.

Nos miran con la cabeza ladeada, como si no comprendieran lo que les estamos contando. Les parecemos demasiado sofisticadas, o les choca nuestro acento. Pero no estamos dispuestas a cambiar ni lo uno ni lo otro. Nos haremos valer por nuestros resultados, no por nuestro aspecto.

Al caer la tarde cerramos la oficina con una doble vuelta de llave, bajamos a pie por las escaleras alicatadas de azulejos amarillos, y salimos a la calle larga. En la esquina hay una heladería artesanal, donde venden cucuruchos rellenos de chocolate y bolas

de avellana y nata. Al dependiente le gusta Pichu. La llama «Pichuchi» cuando se pone cariñoso. Pero a ella le interesa poco este caballero, porque le hacen más gracia los que se cruza en el pantalán, cuando salimos a navegar.

Un día de estos se enamorará de un holandés errante y partirá con él a surcar los mares, o será secuestrada por un pirata del Caribe, o se casará con el propietario del yate que está amarrado enfrente de nuestro velero, y pasará las noches acunada por el vaivén del mar, en el camarote de proa, entre sus brazos. Cuando llegue ese día, tendré que pensar en el nuevo rumbo que tomará mi vida. Pero ya no temeré al cambio; lo abrazaré como antes abrazaba al caos. Conviviré con él y entenderé que la energía ni se crea ni se destruye, sino que se transforma y está en constante movimiento.

Aprendo a hacer una llamada grupal. Me enseña el hijo del jardinero.

—¿Cómo están mis niñas? —les digo mientras acaricio la pantalla del móvil.

Las encuentro, a cada una, actuando sobre el escenario de su teatro particular: Gabriela velando el sueño de un pequeño con fiebre, Margarita acurrucada en el sofá junto a Alexandre, y Valentina trabajando en la cocina de Ángel.

«Misión cumplida», pienso cuando apagamos las cuatro a la vez, después del beso rápido de buenas noches.

49

No fue un drama, como me había temido, ni sintieron que su mundo se desmoronaba.

—Voy a vender la casa de Madrid y me voy a ir a vivir a El Puerto, con Valentina, la abuela y Pichu.

—Nos lo imaginábamos —dijeron—, desde que te vimos hablando con Chef en el patio de la escuelita.

—¿Y qué os parece?

—Es tu vida, mamá —replicaron.

Pero no es tan fácil. Hay que destruir, como supuse, antes de construir algo nuevo. El camión de la mudanza está aparcado en la calle desde hace un buen rato, con un operario al volante que empieza a desesperarse. A nosotras nos da igual. Estamos metiendo nuestra vida entera en cajas de cartón; eso lleva su tiempo, y sus lágrimas.

Han venido las tres niñas a vaciar la casa. Anoche cenamos por última vez en la mesa donde aprendieron a masticar, y recorrimos con el dedo las líneas que dibujamos en la madera con nuestros platos, nuestros cubiertos o los lápices de colorear. Recordamos viejas historias ocurridas en esta casa, este molusco. El fuerte, la cama grande, las pesadillas, las carreras por el pasillo, las noches de Reyes.

—¿Os dais cuenta de que ya no vivimos en Madrid? —se le ocurre apuntar a Valentina.

—Ahora somos del sur —respondo—, y quién sabe si algún día seremos del norte.

—Se me hace raro —continúa mi niña—. Me siento como si me arrancaran las raíces.

—En cambio, a mí me parece que me han trasplantado, como al rododendro que creció tanto que invadió la terraza, ¿os acordáis?

—¿Ese enorme, que está al lado de la piscina, y nunca lo vemos florecer porque no estamos en El Puerto en mayo?

—Ese.

—Esta vez sí lo veremos —sonríe Valentina—. Vamos a hacer un trato: nos reuniremos todas, en casa, el día que le broten las flores, será una tradición nueva.

Dice «en casa» y me asombra lo rápido que se ha acostumbrado a su recién inaugurada vida. A Margarita y a Gabriela les cuesta más imaginar un futuro radicalmente distinto al mundo conocido. A veces, la costumbre es una cuerda enganchada a una polea herrumbrosa.

Sus cajas son más pesadas que las de Valentina, pero, tiene gracia, lo que dejan atrás ocupa mucho más espacio que lo que conservan.

La infancia queda atrás. El presente queda atrás. Todo aquello que hace un año era imprescindible queda atrás. Ni siquiera se plantean esta vez vender sus cosas por internet. Prefieren destruirlas.

Y se llevan los recuerdos de nuestros días felices: dibujos, cuadernos, regalos sin valor material, trastos viejos. Y hacen pedorretas al despedirse de los apuntes del colegio. Se lanzan calcetines desparejados a la cabeza. Protestan cuando encuentran, en el armario de sus hermanas, el pantalón que perdieron hace años.

Yo me llevo mis acuarelas y mis libros. No necesito mucho más.

Encierro a mi garrapata, con cuidado, en una caja de cartón vacía. Ella se despide agitando sus ocho patitas asquerosas. Está famélica, vencida. La arrumbo en el rincón de las cosas para tirar.

—Lo siento —le explico—. Esta vez te quedas atrás, bicho feo.

—¡Con los buenos momentos que hemos pasado juntas! —se recochinea, la muy asquerosa—. No creo que encuentres a nadie que te conozca mejor que yo. Me vas a echar de menos —amenaza.

—Ni lo sueñes —le respondo mientras aseguro la caja con cinta adhesiva.

Antes de cerrar la puerta de este lugar sagrado, nos abrazamos las cuatro y bailamos una danza tribal inventada. Después, saltamos juntas del nido.

Se queda vacío. Otro pájaro lo ocupará y lo llenará de plumas. Nosotras nos echamos a volar, alto, muy alto, hacia la luz y hacia la vida.

Es curioso que no exista un nombre para este síndrome y sí lo haya, en cambio, para los que sufren la ausencia de sus hijos sin hacer otra cosa que añorarlos, verano a verano e invierno a invierno, asomados a la ventana del nido vacío, esperando una llamada o una visita que tarda en llegar.

Nosotras vemos alejarse esa ventana, desde el coche cargado hasta el techo, con la música a todo volumen y una sensación parecida a la del doctor Livingstone el día que partió en busca de las fuentes del río Nilo. Podría llamarse así..., el síndrome Livingstone. Él descubrió las cataratas Victoria. Nosotras, tal vez una cordillera, o un tsunami, o un amor para toda la vida.

Cuando llegamos a la casa de la playa, nos esperan mi madre y Romi, que sin pensárselo dos veces, se subió al tren con su jefa, y nos instalamos, igual que si fuera el primer día de las vacaciones de verano, en el hogar que nunca más se llamará de otra manera diferente a «casa». El camión de las mudanzas llega unas horas más tarde, con el resto de nuestras cosas. Ayudamos a los transportistas a colocar cada caja en su lugar. Después, las niñas se marchan a dar un paseo y nos dejan solas. Pichu aparece justo entonces, con su hijo Juan al volante, y toda su vida contenida dentro del coche.

Juan sacude la cabeza al verme.

—Estáis fatal —me dice, y me abraza con fuerza.

Hace unos días le confesó por fin a su madre su situación vital: «Se llama Sandra, la quiero mucho».

Lo conozco; es cuestión de tiempo que él también levante el vuelo hacia climas más propicios. Dice que el mundo es un lugar demasiado grande como para quedarse siempre encerrado en el mismo cuadradito.

Los chicos nos llaman desde la playa.

—Bajad a ver la puesta de sol —nos animan.

Y nos presentamos lo más rápido que podemos, dos madres y una abuela, cargadas con jerséis y aperitivos.

Así despedimos al primer sol del resto de nuestros soles que, al ahogarse en el infinito, nos dedica un último rayo verde y después se hunde, para siempre, en la oscuridad.

Hay lágrimas, por supuesto, cuando, unos días después, los niños se marchan de vuelta a sus nuevas vidas y nos quedamos en casa las que, a partir de ahora, formamos esta familia remendada con retales de otras familias. Somos una familia de *patchwork*.

50

Salgo hacia Vejer, cargando con mis acuarelas en una bolsa de viaje. El camino es largo y empinado. Este pueblo blanco, que se asoma al mar, al campo y al infinito, tiene más galerías de arte que personas por metro cuadrado. La que ha contratado mi trabajo pertenece a un hombre muy viejo, pintor de vencejos y amaneceres, que se enamoró de una de mis acuarelas por casualidad.

Se colocó detrás de mí, en silencio, mientras yo vagaba absorta entre aves y colores, y observó durante un buen rato el nacimiento de una marina con gaviotas. Carraspeó, me saludó, me tendió una tarjeta de visita bastante anacrónica, y me ofreció un negocio irrenunciable: expondría mis obras en su galería durante los primeros quince días de agosto, puente incluido. Iríamos a medias con las ganancias.

Me hizo ilusión.

Recorro las callejuelas blancas, paso por debajo de unos arcos, me asomo al mirador desde el que contemplo el pueblo que despierta, los vencejos que vuelan en círculo por encima de mi cabeza, y más allá, los prados, y las vacas. Me sobresaltan las campanas de la iglesia, cruzo la plaza rodeando la fuente de azulejos, y consigo encontrar la puerta de color azul añil que está dibujada en la tarjeta de visita.

—Ya estás aquí —me saluda mi socio con un abrazo muy cariñoso y dos palmadas en la espalda.

Dentro de la sala nos esperan dos muchachos que se ocupan de colocar mis acuarelas en las paredes vacías.

Ahora el lugar ya no es blanco, sino frondoso, verde y azul. Mis pájaros salen del lienzo y anidan en las esquinas. Están mis ruiseñores conversando con las gaviotas, revoloteando sobre nuestras cabezas.

Una mujer robusta entra en la galería y se pone las lentes. Se le posa un jilguero en el hombro, pero ella no se da cuenta de que le susurra secretos al oído.

—¿Está a la venta este cuadro? —me pregunta en un español con acento nórdico.

—¿Le gusta? —le digo como toda respuesta.

—Es precioso —replica.

Siento unas absurdas ganas de llorar. Se me escapan dos lágrimas traidoras.

—Usted es la autora —comprende. Asiento haciendo pucheros —. Su cuadro quedará muy bonito en mi casa —me asegura—. Lo colgaré a la entrada, encima de un mueble antiguo, que perteneció a mi abuela. Ahí suelo poner un jarrón con flores frescas, junto a su fotografía. Era de Ronda, mi abuela, y yo conservo su hogar, sus recuerdos, los cuentos que me contaba de niña, su miedo a las alturas, los cántaros de barro...

Sonrío. Me desprendo de mi acuarela, como si se tratara del cachorro más querido de una camada muy tierna. Yo misma lo descuelgo y lo introduzco en un cilindro de cartón, lo firmo con mi nombre y se lo entrego entre risas.

—Es la primera obra que vendo —le confieso.

—La primera duele —me responde—, le enviaré una fotografía cuando la enmarque y la cuelgue.

—¿Es usted artista? —sospecho.

—También —dice—. Soy artista también. Como usted.

Después sale al resplandor del sol que ya se levanta por encima del tejado de la casa de enfrente. La acompaño hasta la puerta. La abrazo. Me juro a mí misma que la próxima vez mantendré el tipo. Que no lloraré, ni abrazaré, ni haré pucheros.

A no ser que alguien se empeñe en llevarse la única obra que no está en venta. La de mis tres hijas con las cabezas juntas.

—¿Cuánto cuesta esa acuarela? —oigo que alguien pregunta a mi espalda.

—Esa no se vende —digo, girándome sobre mis talones.

—Una pena.

Es un hombre de mi edad, con anteojos. Viste de blanco.

—Es que son mis hijas —le explico—. No podría separarme de ellas.

—¿Cómo se llaman?

—Margarita —señalo—, Gabriela y Valentina.

—Son muy guapas —sonríe comprensivo—. Enhorabuena.

—Gracias.

—La madre también lo es —añade.

Y se marcha de la galería como si le diera vergüenza volver a mirarme.

Las trillizas, desde el cuadro, se dan codazos y se burlan de mí. Yo me abanico, bebo agua, tiemblo un poco.

Cuando cae la tarde, recojo mi bolso y mis ganancias. Cierro la puerta y dejo el cartel que habla de mi trabajo en un ganchito bajo el dintel. Yo no lo sé. Tal vez no lo sepa nunca. Pero mi admirador regresa a la calle del aire y se queda un buen rato leyendo mi nombre.

No vuelvo por allí hasta que me llama mi socio, para contarme que hemos vendido todas las obras, que hay varios clientes interesados en el retrato de mis hijas, y que no se resignan a quedarse sin él. ¿Le doy permiso para ofrecerlo a alguno de los más insistentes?

—Es que no está en venta —me empeño.

—Bueno, pero a ver cuánto están dispuestos a pagar por él —insiste.

—No es cuestión de dinero —le explico.

Pero él, sin mi permiso, ya lo ha investigado por su cuenta.

—Hay un coleccionista que se ha vuelto loco —me confiesa—. Su oferta es imposible de rechazar, te lo aseguro.

Y me susurra al oído una cifra indecente.

—Me da miedo lo que quiera hacer con el cuadro —replico—, hay mucho loco suelto. ¿Y si lo quiere para, ya sabes, esas cosas raras?

—¡Por Dios bendito! —exclama—. ¡Que no estamos hablando de una fotografía pornográfica, chiquilla, sino de una obra de arte!

—Bueno, pues que te diga dónde lo va a poner.

Me vuelvo a casa con una sensación extraña. Mis cuadros están repartidos. Mis niñas me miran sonrientes desde el asiento del copiloto. Ni loca las vendo.

51

Llaman al timbre del despacho con furia, como si alguien quisiera echar la puerta abajo. Pichu se levanta de un brinco, apaga el cigarrillo que se estaba fumando apoyada en la barandilla de nuestro diminuto balcón, y mira cautelosa por la mirilla. Hay una mujer despeinada, alta y muy gruesa, vestida con unos vaqueros y una camiseta blanca de tirantes, que vuelve a pulsar el botón y lo mantiene apretado durante unos segundos de espanto. Pichu pone la misma cara que el día en el que fuimos violentadas por aquel borracho en la Tartería. Se lleva un dedo a la sien y hace el gesto de la locura. Me pregunta vocalizando sin voz: «¿Abro?».

Me levanto yo también de mi escritorio, y juntas damos la bienvenida a nuestra primera cliente.

Ella, sudorosa, entra dando zancadas, echa un vistazo a su alrededor y nos pregunta:

—¿Ustedes son las abogadas de los pobres?

—También somos abogadas de ricos —responde Pichu, algo ofendida.

La mujer desconfía. Nos mira de arriba abajo. No sabe si continuar hablando o volver por donde ha venido.

—Me ha dicho Manolo —se refiere a nuestro jardinero— que trabajan sin cobrar, para la gente como yo, que ya les aviso, no tengo nada con qué pagarles.

Tiene una manera graciosa de darle la vuelta a la situación. Parece que nos está denegando una limosna, en lugar de pedirnos un favor.

La convencemos para que se tome un vaso de agua fría, y la atendemos como si fuera la directora general de una multinacional en apuros.

—Mi Antonio, que ha robado una motillo y lo han pillado.

—¿Se refiere a su marido?

—Yo no tengo marido —nos aclara—. Es mi hijo, acaba de cumplir dieciocho años.

Estudiamos el caso con ella. Le explicamos que, al ser mayor de edad, el chico ya no está protegido por la ley del menor, y que es probable que haya que ir a juicio.

Antonio, bigotillo de pelusa, manos en los bolsillos, cadera estrecha y pantalón ajustado, entra cabizbajo en la oficina. Nos explica el problema: robó una moto. Intentó revenderla. Le pillaron *in fraganti*.

Mucha defensa no tiene, la verdad. Pero Pichu y yo nos esforzamos por encontrar una manera de arreglar las cosas.

Me encuentro con graves dificultades para comprender al policía nacional que me relata el caso. Su acento es tan cerrado que imagino que, además de su procedencia, tiene algún problema de dicción. No entiendo bien lo que dice, pero, en cambio, enseguida aprendo a leer sus gestos, y me doy cuenta de que es un hombre bueno, justo y noble. Hacemos un plan tipo poli malo, poli bueno.

A Antonio, este agente uniformado, con una pistola en el cinto y cara de pocos amigos, le da un susto del que se recuperará con dificultad. Le explica cómo se vive en una cárcel, cómo se sale de ella, lo mal que acaba el que mal empieza.

—¿Qué estudias?

—En el instituto —responde—. Me queda un año.

—Voy a ir de vez en cuando a la puerta de tu instituto a controlarte, que lo sepas. Si faltas un día, te empapelo.

Resulta que la moto robada no era de nadie. Eso me contó el oficial. Era un vehículo fantasma, con matrícula falsa y sin número de serie.

—Ha tenido suerte el zagal —me dijo—. Puedo archivar el caso, como si no hubiera ocurrido. Pero a él no le vamos a decir esto, no. Le vamos a meter el miedo en el cuerpo. Le vamos a enderezar. Usted tiene que participar, evidentemente.

—¿Yo? —Le miro sin comprender.

—Usted le llama todos los meses, le hace firmar cualquier cosa y le hace todas las preguntas que pueda. A ver cómo va la cosa.

Así que, de ahora en adelante, me voy a tener que enfrentar a la adolescencia de este Antonio, y al agradecimiento de su madre, que dijo que no podía pagarnos, y luego nos llenó el despacho de flores. Porque es florista la mujer.

Y esas flores las repartimos por nuestra casa, donde ahora huele a jazmines y jacintos, a lirios, a nardos, a paz.

Lo gracioso es que a Antonio le divierte venir a vernos. Si no fuera así, no se entendería que apareciera mañana sí, mañana también, aporreando la puerta y preguntando si hay algún papel más que firmar. No lo hay. Su caso no es caso, aunque él todavía tiembla cuando nombramos al oficial Costales, el garante de su libertad.

Convence a Pichu para que le invite a fumar un cigarrillo en el balcón, y entre calada y calada, mantienen las charlas más disparatadas que uno pueda imaginar. Sus risas se escuchan por toda la calle larga.

Yo me quedo al margen, muy formal, frente a la pantalla de mi ordenador, donde, de momento, no hay más nombres que el suyo.

Me cuesta relacionarme con Antonio, aunque siento hacia él una ternura inesperada. Él lo nota y me reta, se burla de mis gafas de ver, de mi actitud de maestra rígida. Pichu dice que lo que me pasa es que solo he tenido niñas. Ella, en cambio, ha sacado adelante a dos muchachos excelentes, sanos, responsables y buenos. Este Antonio, que no se parece en absoluto a sus vástagos, ha conectado a la perfección con su espíritu libre, sus opiniones atroces y su corazón de oro. Le ha convencido para que se saque el permiso de conducir, y como el chico insiste en que no tiene dinero para pagar

la matrícula y las clases, se ha ofrecido a enseñarle gratis, a cambio de que no vuelva a meterse en líos.

Por las tardes, cuando la fila de coches que regresa de la playa se diluye, Pichu y Antonio recorren las calles de nuestra urbanización de manera ilegal: él al volante y ella en el asiento del copiloto, con el cinturón de seguridad bien abrochado. Les advierto que lo que hacen es un delito; que podrían tener que vérselas de nuevo con Costales, pero no me hacen caso. Les parezco demasiado timorata.

Mi madre desconfía de este chico por culpa de su aspecto de delincuente. Le pido que, cuando venga a casa, se tape el tatuaje y se quite las chanclas, se peine un poco y salude con educación a las señoras.

Mi madre tiene un grupo de amigas a las que suele invitar a tomar un refresco en el jardín, debajo del toldo del porche por el que trepa la buganvilla. Ellas se hacen cruces.

Pero el día en que Antonio consigue aprobar el examen, lo celebran como si fuera su nieto, dándole palmadas cariñosas en la espalda.

Tal vez era esto. La necesidad de una familia donde las piezas encajen, precisamente, por su irregularidad.

Costales se presenta en el despacho con otro chaval aterrorizado, tan parecido a Antonio que nos tememos que sea su hermano. Pero no lo es. Este se llama Caco, empezamos mal.

—Cuéntales a las señoras por qué te traigo a verlas —le ordena, amenazante.

—Por vender alcohol a menores —responde en voz tan baja que tanto Pichu como yo le pedimos que nos repita lo que acaba de decir.

—¡Escupe el chicle! —le advierte Costales con su acento incomprensible.

El delito es sencillo. Caco se coloca, estratégicamente, cerca de la puerta del supermercado. Los chiquillos lo conocen, es de los mayores del instituto. Le dan el dinero, esperan a que salga con las bolsas del botellón. Él se queda un treinta por ciento; un robo,

opinan los imberbes clientes. Otras veces, baja, con una bolsa grande de deporte, a la playa, a esperar que anochezca. Se esconde donde las basuras, en la zona menos iluminada del paseo marítimo, y revende las botellas a precio de oro. En cuanto se queda sin existencias, se cuelga la bolsa vacía al hombro y vuelve a casa caminando por la arena. Nunca se queda a observar a los niños que vomitan o pierden el conocimiento como consecuencia de su trapicheo.

Pero esta noche la ha pasado en vela, esposado a la muñeca peluda del oficial Costales, y ha visto la ambulancia que se ha llevado a un chico inconsciente, a la madre que ha aparecido corriendo por la orilla, gritando su nombre, y al chaval que ha intentado abusar de una niña tan borracha como él.

Nos vienen a visitar después de pasar por la comisaría y rellenar el expediente. No han pegado ojo. Todavía traen arena debajo de las uñas.

—A este no hay quién le libre de la cárcel —me dice Costales, guiñándome un ojo—. Yo no le veo remedio, la verdad.

—¿No podríamos llegar a un acuerdo? —le suplico, haciéndome la desesperada.

—¿Qué tipo de acuerdo?

—Que limpie la playa, o algo —se me ocurre sobre la marcha.

Y durante los últimos quince días de agosto, a pesar de que todavía hace un calor insoportable, Caco recoge las porquerías que los bañistas tiran en la arena. Nos turnamos para vigilarle, Pichu, Costales y yo. A veces viene Antonio, y cuando cae el sol, juegan los dos un rato al fútbol.

Se les unen otros muchachos parecidos a ellos. Dice Costales que los conoce bien. Que los ha empapelado a todos. Pero así, descalzos, salpicando agua y sal, sol y arena, parecen niños perdidos, de los que habitan la isla de Nunca Jamás.

—Vamos a montar un equipo —les propone el policía a los chavales—, y vamos a ganar la liga. Sabéis cuál es el premio, ¿no?

—¡Una motillo! —responde Antonio, soltando una carcajada.

Entrenan en un campo municipal que pertenece al polideportivo donde practica la policía. Se necesita un aval y lo pongo yo, porque soy tonta, o buena, o ingenua. Chef estaría orgulloso. En menos de diez días, hemos conseguido encarrilar a un buen puñado de chicos malos.

52

Esto he aprendido.

Antes, aquellas noches de insomnio, consumida por la crueldad de mi garrapata, me aterraba enfrentarme a la segunda mitad de mi vida.

Así es, tengo cuarenta y ocho años, puedo llegar a vivir cien. Al fin y al cabo, solo he recorrido una parte del camino. Y esta mitad, ahora que la veo con perspectiva, ha consistido en unos pocos años de infancia despreocupada, otros de gran importancia, en los que creía estar jugándome el futuro, y por ello me desvelaba, aprendía idiomas, superaba exámenes, escogía la pareja que me acompañaría el resto de mi vida, forjaba amistades duraderas, me marcaba objetivos a tan largo plazo que ya conocía mi rostro de anciana, mis cabellos blancos y mis manos arrugadas.

Luego llegaron los tiempos del desmoronamiento del castillo de naipes, todas aquellas certezas que se desvanecieron cuando nacieron mis niñas, y enfoqué mis ojos en el catalejo de sus pequeñas vidas inciertas. Dejé a un lado mis planes, hice los suyos.

Y los días se fueron llenando, como un vaso debajo del grifo, desbordándose por los infinitos márgenes de la circunferencia de cristal.

Demasiada felicidad, felicidad que se sale de su cauce e inunda los campos, y anega las cosechas. Demasiadas actividades, personas, cosas. Demasiada ropa, demasiada comida, demasiado intercambio, demasiada responsabilidad.

Demasiadas decisiones irrelevantes. ¿Qué me compro, qué me pongo, qué le regalo, qué le digo, qué le escribo, qué imagen proyecto de mí, qué demuestro, dónde voy, qué asuntos resuelvo en mi trabajo?

Tengo una ristra de amigas con las que podría llenar varias veces la Tartería, pero a las que no puedo dedicar más que unos minutos de mi estructurado e insuficiente tiempo, con las que ceno y viajo, y pregunto qué tal sus hijos, sus trabajos, sus felicidades, que también son demasiadas.

Tengo más sillas que las dos o tres en las que me siento, más destinos de los que puedo abarcar.

Y tengo muchas ganas de estar sola.

No todo el día ni todos los días, por supuesto.

Quiero estar descalza.

Quiero alimentarme de comida cruda.

Quiero permanecer en silencio, escuchar cómo el aire entra y sale de mis pulmones, cómo late mi corazón, acompasado al ritmo de la mañana.

Paciencia, el arte de adaptarse a la velocidad del planeta, sin adelantar acontecimientos. Dejarse acariciar por las sorpresas, dejarse mojar la punta de los dedos con la espuma del mar.

Aprender, crear, amar, esperar, acompañar.

Sencillez. Eso quiero.

Hoy celebro un aniversario que no aparece en ningún calendario. Hoy se cumple un año desde el día en que Margarita se fue a vivir a París. Echo la vista atrás y veo la escena desde la cámara de un dron, las trillizas corriendo por el aeropuerto, empujando aquellas pesadas maletas, y yo detrás; un lastre que arrastraban sin saberlo, y que siguieron arrastrando durante meses, mientras sus vidas iban abriéndose como regalos envueltos en papel de seda. Veo el abrazo, los llantos, el temblor de almas. Lo veo desde fuera, como si yo no estuviera allí, sino en lo alto de la escalera mecánica. Y como una especie de divinidad, capaz de

abarcar en un solo golpe de vista el pasado, el presente y el futuro, repaso mentalmente cada detalle de este año decisivo.

Si pudiera asomarme a aquel aeropuerto hoy, esta mañana de principios de septiembre, serían otras las madres que acompañarían a sus hijos en su primer vuelo en solitario. Nos reconoceríamos con solo entornar los ojos o chasquear los dedos. Les diría: «Yo he estado ahí, no tengáis miedo».

Del mismo modo, es posible que hoy, en mi paseo por la playa, me cruce con madres que ya recorrieron esta misma orilla el año pasado. Ellas sonreirán cuando nuestras miradas se encuentren. Me gustaría preguntarles, ¿era este el camino? Pero me bastará con observar el ritmo de sus caderas, la fortaleza de sus piernas y la profundidad de sus pisadas.

Es demasiado temprano para, simplemente, caminar. Regresan los trasnochadores y los recién enamorados. Corren los madrugadores salpicando arena mojada con sus zapatillas blancas, esquivando a los desvelados, destemplados, sonámbulos. Hay un perro sin dueño que espanta a las gaviotas, un par de pescadores y yo.

Llevo una falda blanca, larga hasta los tobillos, un sombrero de paja y las alpargatas en la mano. Dejo que el agua me haga cosquillas en los pies y que el sol arrugue mi rostro, mi entrecejo, los pliegues de mi piel. No me importa. Me da igual envejecer como la barandilla oxidada y cubierta de moluscos del barquito al que se tragó el mar.

Dedico unos minutos a cada una de mis hijas. Las acabo de ver a las tres.

Valentina, en la habitación contigua a la mía, estaba levantándose, después de cinco horas de sueño; las únicas de las que puede disponer a diario. Allá cada cual con el uso que haga de su tiempo libre, dice Ángel —algunos prefieren salir de fiesta—, pero a las ocho en punto, de vuelta en la cocina, que hay que limpiar, recoger, pelar, preparar...

La he abrazado como hago siempre, con ansia, y le he recordado que hoy, exactamente hoy, hace un año que Margarita se marchó a París. Ella ha sonreído, algo nostálgica, y me ha dicho: «Cómo han cambiado las cosas, ¿verdad?».

Nos hemos sentado a la mesa de la cocina, mirando hacia el jardín, donde ha florecido el árbol del paraíso, que es un arbusto cubierto de un intenso color rosa, el último que brota en verano, como anunciando ya la llegada del otoño con sus amarillos estrepitosos y sus lágrimas de rocío. Nos hemos tomado un café a sorbitos, casi sin decirnos nada, casi sin tocarnos.

Hemos llamado a Gabriela. Nos ha atendido deprisa y corriendo, porque, en su casa era la hora de la comida, y tenía más de cien bocas que alimentar, con bolitas de arroz y salsa de pollo. Le ha hecho gracia la efeméride. Ha dicho: «¿Os acordáis qué triste fue aquella despedida?». Y nosotras hemos asentido, sintiendo lo de entonces, pero como con sordina.

A Margarita la hemos sorprendido cerrando una maleta enorme, encima de su cama de Cancale. Ya vuelven a París, después de pasar casi un mes, Alexandre y ella, con Flora, en el pueblecito. Lo que ve Margarita desde su ventana es un océano blanco y gris atravesado por las estelas de los barcos de pesca que vuelven de faenar. También los tejados de pizarra negra, las nubes del amanecer, el trajín de la calle donde venden ostras, cestos de paja, jabones de lavanda y servilletas bordadas.

No quieren verse atrapados en el tráfico de vuelta, la famosa *rentrée*, y por eso parten temprano, como tres ladrones, mi hija, mi amiga y su hijo, tres parisinos bien aclimatados al precioso rincón del planeta donde han escogido vivir. A Margarita la espera su gata, en el ático en el que nacieron sus crías. Ellas solo han vuelto en una ocasión este verano: una noche de rayos y truenos en la que buscaron refugio en el regazo de su madre. Me imagino que así debe ser. Las tormentas arrastran tesoros, pero también mástiles rotos y náufragos. Hay que estar preparada para recibirlos.

Desde ese día, las ha añorado maullándole a la luna. Y en su ausencia, ha recorrido los tejados de París, la gata francesa, la gata mendiga, la gata libre.

Hoy, cuando oiga el ruido de la llave en la cerradura, sentirá una excitación animal, inexplicable. No sabemos si, en su libertad, existen otros áticos como este, otras Margaritas, otros platos de comida, pero sí sabemos, que escogió parir aquí, y eso hace especial esta historia.

Alexandre ayudará esta vez a mi niña con su maleta. Ya no está sola. Y la desharán juntos, porque en su interior viajarán también algunas cosas de él: su camiseta usada, sus pantalones cortos. Se instalarán en los cuarenta metros cuadrados que ya no pago yo, sino ella, con el dinero que gana en su trabajo, y bajarán a hacer la compra, porque encontrarán la nevera vacía. Lamentarán la muerte de alguna planta, la repondrán con otra nueva que adquirirán en un puestecito de la *rive gauche*, almorzarán a la sombra de un árbol centenario en un jardín de la Île-de-France, y escupirán las pepitas de las manzanas al Sena, para que se las coman los peces que habitan sus profundidades. Volverán al nido al atardecer y la noche les caerá encima, como una colcha que se tiende, o un párpado que se cierra, o una caricia que les envuelve.

—Hoy hace justo un año que llegué aquí —susurrará mi niña al oído de Alexandre—, esta mañana me lo ha recordado mi madre.

Y al día siguiente, ya no será el año que Margarita se fue a París. Será otro diferente, con otro título y otro desgarro, y otra esperanza y otra felicidad.

Me remango la falda y me enfrento a la espuma y al sol. Siento frío en los pies. Un frío físico, no como antes, que procedía de quién sabe qué parte del cerebro o del alma, y que me estremecía cada mañana al abrir los ojos. Este es un frío sencillo, de niña, de animalillo, sin complicaciones. Así es mi vida ahora, física y simple. Fácil de entender. Tomo aire, lo expulso. Todo está en su sitio.

Y no es verdad. Que amarse a uno mismo sea egoísmo no es verdad. Que haya que vivir tres o cuatro vidas a la vez, y ser

culpable de todo lo que ocurre en cada una de ellas no es verdad. Que el futuro sea una nube negra, que amenace lluvia, que congele el alma y nos devore no es verdad. Que la soledad sea un parásito que se arrastra en la noche, trepa a la cama y se agarra al pecho no es verdad. Que este planeta cuelgue del firmamento, en un equilibrio vacilante, y que yo sea la responsable de su estabilidad, que baste con que se me suelte un nudo, o se me caiga un platillo, o me distraiga un momento, para que todo se venga abajo, no es verdad.

En esta playa inmensa, que no sé dónde empieza ni dónde termina porque, seguramente, más allá del horizonte su línea se extiende y rodea el continente, como el trazo de un rotulador negro, delimitando el mapamundi, yo solo soy un grano de arena. Y en este océano infinito, una gota de agua, una partícula de sal.

Puedo hacer con mi vida lo que me venga en gana, que ni la playa, ni el mar, ni el mundo, ni el universo se alterarán lo más mínimo. No se notará. Si un día falto, no se producirá ningún cataclismo.

Y eso, en lugar de angustiarme, me llena de paz.

Dejo que el dobladillo de la falda caiga al agua y me echo a andar por la orilla. Pero esta parte de mí, la que cuenta esta historia, se queda quieta en la playa, mirando cómo me alejo. Y me veo pequeña, como al principio, en el fondo de un catalejo del revés, y poco a poco me desenfoco, me disperso, y antes de desaparecer, me giro y sonrío a la cámara, agito en la mano un pañuelo blanco y, ahora sí, una ráfaga de viento me lleva en volandas, como una cometa que se escapa o un globo que se eleva, y asciendo en círculos, alto, muy alto, hasta donde la vista no alcanza.

AGRADECIMIENTOS

Desde el año 2020 hasta ahora no había publicado una nueva novela. Cuando me preguntaban, siempre contestaba lo mismo: en este momento no estoy escribiendo, estoy viviendo. Y la realidad era que me encontraba en el centro de un tornado, tratando de recuperar la estabilidad perdida. Por fin, después de once principios que no supe continuar, comencé este relato, inclinada sobre el teclado, como si lo abrazara. Ni siquiera se lo conté a mi amor bueno.

A mi editora, Miryam Galaz, le expliqué que estaba escribiendo una cosa que no iba a publicar. Pero ella, delicada y amiga, entre té y té, me fue devolviendo las ganas de cantar. Al final se volvió cómplice y comadrona. Nadie puede imaginar con qué pericia se encaramó a mi vientre para traer esta criatura al mundo. Así que gracias, querida mía, que fuiste el primer empujón de mi escritura, y lo sigues siendo después de tantos años. Y a Fátima Casaseca, mi lectora forense, por despertarme, agitarme y darse cuenta de todo. Qué sagaz y generosa eres.

Quiero agradecer también a mi amiga Pichu Solana, su nombre, muchas de sus maravillosas y divertidas ocurrencias, y la frase que dio pie a este relato. Cuando le pregunté si a ella no le preocupaba el síndrome del nido vacío, me contestó exactamente lo mismo que la Pichu del libro: «Bueno, mis hijos ya son mayores, no creo que me echen tanto de menos». Fue una respuesta tan desconcertante, un punto de vista tan radicalmente opuesto al mío ante lo que entonces era uno de mis mayores miedos que, por arte de magia, apareció

ante mis ojos la protagonista de esta novela, a la que me encantaría parecerme algún día.

La garrapata asquerosa, que me asedia y se me agarra al pecho con sus ocho patas peludas, pertenece a mi amiga Eva Latonda. Se llama Paty, es una gota de agua que contiene mucho bueno y también miedos y preocupaciones. Existe incluso físicamente, es una marioneta enternecedora a la que me abracé en cierta ocasión. Su papel en esta historia fue creciendo sin yo proponérmelo, y creo que es justo darle las gracias a Eva, por su ingeniosa idea del amoroso parásito.

Es verdad que cada cierto tiempo, suelo leer en bucle el libro de Anne Morrow Lindbergh, *Regalo del mar*, que recomiendo encarecidamente a todos mis lectores. A ellas para comprenderse, a ellos para comprendernos.

Confieso el robo de la atención y del tiempo que debí haber dedicado a mis hijos, en lugar de pasar tantas horas disfrutando sola de la escritura de este libro. Y de la apropiación indebida de sus palabras, sus sentimientos, sus secretos y hasta de algunos de sus rasgos físicos. Pero es que ellos son la verdad, la belleza y la bondad de mi vida.

Gracias a ti que me lees, por esperarme y regalarme tan generosamente tu tiempo, que valoro muchísimo porque sé que, en tu caso, también es un flagrante robo a los tuyos.

El año que Margarita se fue a París
Mamen Sánchez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este *ebook* estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la pintura de cubierta, Lena Rivo

© María del Carmen Sánchez Pérez, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2025

ISBN: 978-84-670-7810-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es